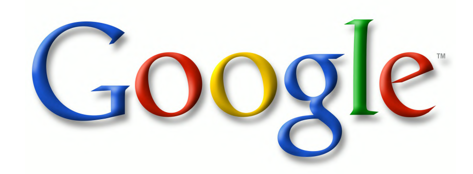










HISTORIA

DE VARIOS SUCESOS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

después de la muerte

DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

HISTORIA

DE VARIOS SUCESOS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

DESPUÉS DE LA MUERTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

POR

JOSÉ ABAURRE Y MESA

TOMO I

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1901

SENOR DIRECTOR

DEL

ASILO DE MENDICIDAD

DE SAN FERNANDO

DE LA

CIUDAD DE SEVILLA

MUY SEÑOR MÍO:

Movido por el entrañable amor que siempre he sentido por esta Ciudad, dedico, con el mayor gusto, la presente obrita á los acogidos en ese Establecimiento de Beneficencia de su digna dirección.

Sírvase aceptarla, quedándole reconocido su muy atento y S. S.,

Q. B. S. M.

José Abaurre y Mesa.

Sevilla, Noviembre de 1901.



AL LECTOR

A ninguno de los que hayan leído la historia de *Don Quijote de la Mancha* le es desconocida la duda y la vacilación que invadieron el ánimo del inmortal Cervantes al escribir el prólogo de su obra incomparable; y puesto que él mismo declara que fué auxiliado por un amigo para redactarlo, el autor de la presente manifiesta no haber logrado la suerte que aquél obtuvo, y por ello resígnese el lector á aceptarla sin precedente de ningún género.



CAPÍTULO PRIMERO

QUE TRATA DEL ENTIERRO DE DON QUIJOTE Y DE OTROS VARIOS SUCESOS

Refiere la Historia que después de haber declarado y certificado el médico del fallecimiento de Alonso Quixano *el Bueno* (que hasta entonces no se avinieron á creerlo el ama y la sobrina, confiadas en esa dulce esperanza que el verdadero cariño engendra en el humano corazón), procedieron ambas, deshechas en lágrimas y por advertencia del señor Cura, á amortajar con la mejor ropa que á mano hubieron á aquel cuerpo tan querido, aún todavía tibio y sudoroso.

Tendiéronle después de largo á

largo sobre su mismo lecho; colocaron á la cabecera un santo Crucifijo con dos velas encendidas, y pusieron entre las enlazadas manos del cadáver, las cuales besaron una y mil veces, el bendito rosario de su uso.

Toda aquella tarde y toda la noche de tan funesto día quedaron velando, siendo á ratos sustituídas, aunque á ruegos incesantes, por el Cura, otros dos eclesiásticos amigos de éste, que acaso estaban en el lugar, Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero, los cuales no extrañaban la falta de Sancho Panza en aquellos religiosos momentos, por ser conocedores del mal que sufría.

Hechas las prevenciones necesarias, condujeron el cadáver á la iglesia en las primeras horas del siguiente día para darle cristiana sepultura en uno de los patios de la misma, lo que se efectuó en sitio conveniente y con las preces del Cura y los llan-

tos y sollozos de todos los circunstantes.

No faltó Sancho Panza á esa triste ceremonia, contraviniendo á las prescripciones del médico que le asistía y desatendiendo los ruegos de su mujer; pero más les valiera á todos los acompañantes que hubiese excusado su presencia en aquel lugar; porque, renovándosele en tan solemne momento su pena y dolor por la pérdida de su señor y amo, deshecho todo en lágrimas, cayó sobre la sepultura, aún no acabada de llenar y cubrir de tierra, que de aquél lo habría de separar para siempre, sobreviniéndole un tan grande desmayo, que todos creyeron había llegado el término de su vida. Vuelto á ella de nuevo y auxiliado por sus amigos, pudo, aunque con dolor y trabajo, llegar á su casa, donde lo dejaron muy recomendado á su mujer y á Sanchica su hija para que lo cuidaran convenientemente.

Si grandes fueron los lamentos del ama y de la sobrina al ver conducir el cadáver de su señor y tío á su última morada, mayores fueron los en que prorrumpieron al regreso de los acompañantes; y parecía que con ellos les preguntaban: ¿Qué habéis hecho? ¿Dónde lo habéis dejado? ¿Por qué venís tan solos? Porque la presencia de aquellos amigos sin su amigo, les aumentaban la suma tristeza y la soledad en que se hallaban.

Despidiéronse todos de ellas, dirigiéndoles, particularmente el Cura, como el más autorizado por su estado, palabras de consuelo (si en tales casos pueden hallarse), y recomendándoles que cuidarán de sí mismas para poderle ofrecer á la memoria del difunto los recuerdos y oraciones debidos; hizo el Cura entrega á la sobrina del santo rosario que llevó el cadáver hasta la sepultura; y con esto dejáronlas solas

para que con la libertad que la soledad de suyo ofrece, desahogaran su pena y ellas á sí mismas se fueran lentamente consolando.

Pasados dos días pareció bien al Cura que era llegado el instante de llenar cumplidamente la obligación de albacea que por el testamento de D. Quijote (que así se le siguió llamando fuera de su casa) se le imponía en unión del Bachiller Sansón Carrasco; y puesto de acuerdo con éste visitaron al ama y á la sobrina para darles cuenta de que no podían, sin gravar su conciencia, retardar el cumplimiento de la última voluntad de aquél, particularmente en lo relativo á la parte piadosa, ó sea en lo de las misas y sufragios por su alma; sin desatender los demás extremos del testamento. Ofreciéronse éstas á ayudarlos en sus trabajos de inventario, dejando al buen juicio de ellos el aprecio prudencial de todo lo existente, ya fue-

sen muebles, ya alhajas, semovientes ó heredades, si bien acerca de estos últimos bienes decíale la sobrina al Cura:

—¡Ay, Sr. Pero Pérez! ¡Cuántas veces aconsejé á mi buen tío, que santa gloria haya, en aquellos tristes días de su alucinamiento, que mirara lo que hacía y no se fuera á la mano en vender y malbaratar tantas y tan buenas tierras de pan llevar, que adquiridas de sus padres, le sustentaban y ofrecían medios para su comodidad y regalo; pero tales trazas se dió, sin que ruegos ni razones bastaran á convencerle, que las convirtió en ducados para invertirlos en la compra de aquellos malhadados libros, que tal lo pusieron, y en aprovisionarse para las varias salidas en busca de sus desventuradas aventuras!

—Bien, bien—contestábale el Cura;—vamos á lo presente, sin recordar por hoy lo pasado; que no

somos nosotros los llamados á juzgar de los hechos de su señor tío: si hizo bien ó mal, ya habrá dado cuenta de sus actos á quien todo lo ve y todo lo juzga. Hija—dijo con marcada solemnidad,—no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios.

A cuyas palabras no fué dueño á contener un profundo suspiro el Bachiller Sansón Carrasco.

—Dice muy bien vuesa merced—expuso el ama, que atentamente le escuchaba.—¡Quién podrá afirmar, sin incurrir en grave pecado, que los sucesos ocurridos á mi bendito amo (porque bien sabe vuestra merced mejor que nadie que era un bendito, un santo muy cristiano y caritativo) no estuvieran ya de antemano señalados por la Providencia! ¡Ah, señor Cura, pésame en el alma, y tal salud le deseo como es verdad lo que digo; pésame todo cuanto hice y dije y maldije en contra de aque-

llos libros que condenamos á sufrir la pena del exterminio en la hoguera que en nuestro corral encendí con mis pecadoras manos! Y á vos, Sr. Carrasco, pídole perdón de las injurias y maldiciones que un día proferí contra vuesa merced por haber aconsejado á mi amo y señor que no retardara en manera alguna la nueva salida que intentaba en busca de sus aventuras, bien en contra de los ofrecimientos que me había hecho de retraerlo y sujetarlo para que no se saliera (1), como yo á vuesa merced le había dicho.

—Por perdonadas—díjole el Bachiller;—y esa confesión me impulsa más y más á la que yo debo prestar á los pies del señor Cura que aquí se halla, y que en oportuno momento haré verdaderamente contrito.

---

(1) *Don Quijote de la Mancha*, parte segunda, capítulo VII.

Miróle el Cura, como interrogándole qué era lo que quería decirle, y adivinándolo Sansón Carrasco se apresuró á expresarle:

—A su tiempo lo sabrá vuesa merced.

Volviéndose el Cura hacia el ama, dijo:

—Lo que hicimos, señora ama, con aquellos libros, puede ser objeto de muchas y grandes dudas, según la manera como se juzgue. Nuestra intención fué buena al condenar á una pena, quizá algo excesiva, á los que creímos que fueron los autores del mal; pero, bien mirado, el cuchillo que mata no es el asesino sino sólo el instrumento de que éste se vale; y aunque de muy buena fe nos asociamos todos, movidos á impulsos de un mismo sentir, creyendo, como creímos, proceder buenamente y en justicia, hoy declaro y confieso que de aquél, y quizá de otros hechos posteriores, tenga al-

gún día que dar cuenta ante el Tribunal donde todas se rinden.

—Ahí está el toque, señor Licenciado—expuso el Bachiller, como agobiado bajo el peso de un remordimiento.—Pero volvamos al objeto de nuestra venida, que no ha sido otro sino el de llenar y cumplir los deberes de nuestro cargo como albaceas, sirviéndose ama y sobrina de facilitarnos los medios para llevarlo á feliz término y con la brevedad posible.

Con muy comedidas palabras se ofrecieron éstas á mostrar los libros, apuntes y papeles que en una arquita particular guardaba su señor y tío, pudiendo desde luego procederse á lo que fuera conveniente por asociarse ambas al buen deseo del Cura, de dar cumplimiento á la parte piadosa del testamento.

—Dejemos para mañana en ese día semejante trabajo—contestóles el Cura,—puesto que nuestra visita

de hoy ha sido, tanto de información cuanto de prevención, y ya terminada, nos despedimos de vuestras mercedes para ir más tarde á casa del bueno de Sancho Panza, aún no repuesto del padecimiento que le aqueja, que, á juicio del médico, ha sido originado por tristezas y melancolías; y si en ellas persiste, pudiera muy bien sobrevenir un fatal desenlace.

—¡Aun ahí sería el diablo!—exclamó el ama, interesada por el pobre Sancho.—¡Dios quiera devolverle muy en breve la buena salud de que siempre ha gozado, y que le veamos y nos dé cuenta, á su manera, de tantas cosas por nosotros ignoradas y que vivirán fijamente en su memoria como escudero que fué de mi señor!

Despidiéronse el Cura y el Bachiller, emprendiendo lentamente su camino.



CAPÍTULO II

DEL DIÁLOGO MANTENIDO ENTRE EL CURA PERO PÉREZ Y EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO.

TRISTES y pensativos iban sin atreverse á romper el silencio que guardaban; y dejándose llevar en alas de unos mismos pensamientos y deseos, dieron una gran vuelta hasta encontrarse bajo frondosos árboles nacidos á orillas de un arroyo, inmediato al lugar, donde las lavanderas de la aldea acostumbraban á reunirse. Algo fatigados, no tanto del paseo cuanto de los muchos y varios pensamientos que les acometían, sentáronse sobre una gran piedra que parecía ser base y sustento de un gigantesco álamo,

No bien ocuparon aquel lugar, cuando Sansón Carrasco, despojando su cabeza del ancho sombrero que la cubría, rompió el profundo y sostenido silencio con semejantes razones:

—Este lugar apartado en que nos hallamos, en el que sólo triunfan las armonías de la Naturaleza, mantenidas con el blando murmurio que el viento produce al mover las blancas y verdes hojas de estos árboles, con la suave y apacible corriente de este manso arroyo que á nuestros pies se desliza, y con los delicados trinos del avecilla que presurosa regresa á su nido en esta triste hora del crepúsculo de la tarde, parece ser el más propio, amigo y señor Licenciado, para abrirle á vuesa merced mi pecho en descargo de mi conciencia, si es que logro romper de mi indecisión las fuertes trabas que la sujetan; y no será menos solemne esta confesión mía por no prestarla

bajo la bóveda del santo templo y á la presencia de una bendita efigie venerada en los altares, porque en este sitio nos cubre la bóveda del cielo, la que muy en breve se verá tachonada de esas infinitas luces encendidas por la omnipotente mano, y aun me parece que más y más se muestra la presencia de Dios en sus maravillosas obras, que en una humana representación de la misma; y esto sea dicho con la debida protesta.

—Adelante, hijo—exclamó el Cura, invistiéndose de sus facultades como ministro de la Iglesia, y dispuesto á escucharlo.

—Si el remordimiento es una pena, súfrola, señor Licenciado, como castigo de mi culpa. Le declaro y confieso haber cometido un hecho que lleva en sí el doble concepto de un crimen ante la sociedad y de un pecado mortal ante Dios.

—Todo hecho reprobado, señor

Bachiller, envuelve esa dualidad; adelante—interrumpióle el Cura.

—Y siento desfallecer mi espíritu —continuó Sansón Carrasco;—siento tan grande dolor en el alma, que veo cumplidas en mí las palabras del Señor por su Profeta Ezequiel: «el ánima que pecare morirá»; y aunque el hecho originario de mi culpa parecía reunir las condiciones de legitimidad, de justicia y de conveniencia, ¿es el individuo por sí y ante sí el único llamado á calificar tales apariencias para realizarlo?

—Según y conforme, señor Bachiller. Pero concrete vuesa merced más la cuestión que me propone. Me habláis de un remordimiento que os atormenta; pero veamos cuál sea la causa de él.

—¡Ah, señor Cura—díjole aquél bajando la voz y esparciendo la mirada en su derredor,—la causa es un crimen, teniendo en él un cómplice que me veré precisado á delatar!

—¡Un cómplice!—exclamó el Cura, algún tanto sobrecogido casi involuntariamente.

—Sí, sí—díjole Carrasco, llegándole al oído;—y ese cómplice lo es vuesa merced, señor Pero Pérez.

—¿Qué decís, señor Bachiller? ¿Estáis en vuestro juicio, ó es todo ello una alucinación de vuestra mente? ¿Yo cómplice de vuesa merced y en un hecho que calificáis de delito y grave pecado, bastantes á producir un cruel y mortificante remordimiento?

—Hablo seria y formalmente, señor Licenciado, sin padecer ofuscación alguna; y como hace ya varios días que muero en esta ansiedad en que me hallo, perseguido por un fantasma aterrador que sin cesar me amenaza, he creído llegados la hora y el momento de buscar fuera de mí quien me alivie de esta angustia de que padezco, ya que no fuese dado el acabamiento de la misma.

—Vamos derechamente al hecho —dijo impaciente el Cura, mortificado por la idea de la complicidad en que aquél lo envolvía.—Veamos en qué consiste, y si, por su naturaleza, me basto para entender en él; que de ser de gravedad notoria, atendidas sus circunstancias, ahí está no muy lejos la jurisdicción de nuestro Diocesano.

—Aún creo que ambas serán insuficientes y que tendremos que recurrir á Su Santidad—dijo Sansón Carrasco.

—¡Cáspita!—gritó el Cura.—¿Ignoráis, por ventura, señor Bachiller, que sólo se acude á la Santa Sede en casos muy graves?

—De tal califico el asunto de que se trata.

—Señor Carrasco, si es urgente el despacho en Roma, según se me trasluce por sus palabras, recuérdole las últimas noticias recibidas de nuestro Diocesano, de las que he dado

cuenta á vuesa merced, referentes á la muy grave contienda de que en Venecia entiende nuestro Santísimo Pontífice Paulo V, mantenida entre católicos y protestantes, que espera terminar con la intervención del Rey de Francia Enrique IV; y tantas serán las ocupaciones de la Santa Sede, que en muy largo tiempo no pueda obtenerse el despacho y resolución de la consulta que á ella se eleve respecto de nuestro asunto; y tal pudiera llegar á tiempo de que el Rey, el asno ó yo hubiéramos muerto. Así que calme vuesa merced su espíritu, no dando tales proporciones al caso en que se halla, y veamos, después de conocido, si merece que de él entienda nuestro Superior; y tal pudiera ser, como ya le tengo expresado, que yo solo baste y sobre para resolverlo, tranquilizar su conciencia y ponerle en vías de seguir peregrinando por este valle de lágrimas hasta que Dios

sea servido de llamarle á su santo seno.

Quedó algún tanto pensativo nuestro Bachiller ante las observaciones del Cura, y aunque fueron breves los momentos de su indecisión en contestarle, pareciéronle siglos á éste, según la ansiedad que le dominaba, y que mal pretendía disimular, por conocer el hecho de que su amigo trataba; y no pudiendo contenerse,

—¡Vamos!—exclamó, interrumpiendo la meditación en que Sansón Carrasco había quedado.—Tenga vuesa merced confianza en mí. Como amigo, le suplico; como confesor, le ordeno que se exprese lisa y llanamente y sin rodeos; que con la comunicación de las almas comienza el alivio de las penas; y si en mis manos no estuviera el hallar su remedio, de seguro encontrará en mi corazón un profundo sentimiento para llevarlas.

—Sí, ciertamente—díjole Carrasco.

Y quedó de nuevo indeciso en proseguir, lo cual visto por el Cura, siguióle hablando más dulcemente á fin de persuadirlo, diciéndole:

—Los males del alma, engendrados en la soledad, se aumentan y arraigan más y más con la soledad misma, y de prudentes es el no fiarse del propio juicio, porque la debilidad humana hace extraviar la razón cuando en completa libertad se la deja y abandona por el individuo, el cual sólo es un átomo ante Dios, á quien debe rendir amor, respeto y sumisión.

—Sí; vuesa merced dice muy bien —repuso el Bachiller, alzando su frente abatida.—La rebeldía de mi razón, el arrojarme en brazos de una libertad mal entendida y torpemente ejercitada, el alejamiento de la sociedad en que vivo, el olvido que casi puede estimarse de burla y es-

carnio de todo principio de sumisión y de respeto á los poderes, ante los cuales el individuo, ese átomo de que me habéis hablado, debe rendirse, me arrastraron á ejecutar un hecho que, meditado en la sombra, verifiqué á la luz del día, y del cual, si ante la sociedad puedo aparecer impune, no lo estoy á los ojos de Dios.

La exaltación y la vehemencia empleadas por el Bachiller, al expresarse en tales términos, inquietaron sobremanera á su compañero y amigo, hasta el punto de abrigar éste serios temores acerca del estado de la razón de Carrasco, que hasta aquel momento había venido mostrándose juicioso y razonable en todos sus discursos, si bien se le habían notado desde el fallecimiento de Don Quijote ciertos barruntos de melancolía y abatimiento que en vano cuidó de disimular.

—Basta ya de preámbulos, amigo

mío—exclamó el Cura, muy interesado por conocer de lo que se trataba.

Y después de varias observaciones que dirigió al Bachiller, encaminadas á persuadirlo para que no retardase la confesión del hecho que atormentaba su conciencia, lanzando éste un profundo suspiro y mirando al cielo, donde ya comenzaban á señalarse los destellos de las primeras estrellas anunciadoras de la noche, se decidió á expresarse del siguiente modo:

—Ya le tengo manifestado á vuesa merced, desde mi llegada al lugar, que al salir de Salamanca, en donde recibí el grado que inmerecidamente ostento.....

—No sienta bien en los labios de vuesa merced, Sr. Carrasco, tan extremada modestia—interrumpióle el Cura;—que de todos son bien conocidos su talento y su discreción; adelante.

—Ya sabéis, le repito—continuó aquél—que al emprender ese viaje al lugar de mi nacimiento, no tan sólo fuí movido por el natural deseo de visitar á mis padres, sino también por el de ver y tratar á nuestro convecino Alonso Quixano, el cual con el nombre de Don Quijote era ya conocido en casi toda nuestra España, por el raro y extravagante capricho en que había dado y persistía de resucitar en nuestro tiempo la ya olvidada caballería andante, estando tan generalizada la historia, ya impresa, de sus hazañas, que era un juicio el gusto y complacencia con que todos la acogían: ya sabéis.....

Y en este momento volvieron ambos interlocutores la vista hacia el lugar, á las voces de una mozuela que se les acercaba, la que fué á poco reconocida por éstos; y era Sanchica, la hija de Sancho Panza, que, toda anegada en lágrimas, les dijo:

—Venid luego, luego, señor Cura,

y vos, Sr. Carrasco, que padre está muy malo; padre se muere. Venid presto, que Dios os lo premiará en la tierra y en el cielo.

—Pero ¿qué es ello? Dí, muchacha, ¿qué ocurre? ¿Qué le pasa á tu padre?—exclamaron á su vez el Cura y su amigo, levantándose para emprender su vuelta al lugar.

—Venid presto, les repito—dijo la muchacha—por ser la orden que el médico, que en casa queda, me ha dado, de que inmediatamente buscara á vuesa merced, señor Cura, y á todo esto, sin dejar de decir: «malo, malo, malo».

—¡Valme, Dios!—dijo el Cura.— Y movido por igual sentimiento del que dominaba al Bachiller, apresuraron su marcha, siempre precedidos por Sanchica, que á ello les animaba, y aunque tal incidente contrariaba los deseos del Cura, supo éste resignarse cristianamente ante el imperio de sus deberes.

Decíale en su agitada marcha á Carrasco:

—Será tal vez algún recargo de la dolencia que sufre el pobre Sancho; quizá algún síncope, que siempre alarma y atemoriza.

—¡Dios sabe lo que será! Él quiera que tras la pérdida del caballero andante—manifestó el Bachiller—no tengamos que lamentar la de su escudero; que si tal aconteciera, no sé lo que sería de mí, porque, hablando á la manera del bueno de Sancho, el asno sufre la carga, pero no la sobrecarga; y Dios que me oye, sabe lo que me digo.

—Sea lo que fuere—expresó el Cura—cumpliré con mi deber, y á vuesa merced no ha de pesarle el practicar una obra de caridad.

Dicho esto, apresuraron aún más el paso, hasta llegar á la casa de Sancho, cuyo umbral atravesaron, dirigiéndose resueltamente al aposento que aquél ocupaba.

CAPÍTULO III

DE LAS TRIBULACIONES PASADAS EN LA CASA DE SANCHO PANZA CON MOTIVO DE SU ENFERMEDAD.

Ya dentro de él, presentóse ante su vista un triste cuadro, que por el momento los sobrecogió, especialmente á Carrasco; pero el Cura, más acostumbrado, á fuerza de ejercitar su ministerio, á presenciar semejantes escenas, logró más prontamente sobreponerse.

Hallábase Sancho Panza tendido sobre su lecho, el que rodeaban el médico, la familia y algunos vecinos, en tal estado de inmovilidad y de quietud, que parecía un cadáver. Su mujer Teresa y Sanchica, su hi-

ja, á duras penas podían reprimir sus lamentos y sollozos á las intimaciones que el médico les dirigía, el cual fijamente miraba al enfermo, como en espera de un desenlace ó favorable ó adverso.

Dirigiéndose á él, le dijo el Cura en voz muy baja:

—¿Qué es esto, amigo? ¿Qué ha venido á provocar la gravedad de Sancho?

—¡Silencio!—díjole aquél de palabra y de acción, sin dejar de observar al enfermo.—Espero de un momento á otro la crisis que habrá de sobrevenir, mediante Dios, y á virtud de los revulsivos que acaban de aplicársele; de lo contrario, le recomiendo á vuesa merced que se disponga á prestarle los auxilios espirituales.

El Cura y el Bachiller no pudieron menos de experimentar una dolorosa impresión al escuchar semejantes palabras; pero, pasados algu-

nos minutos, lanzó Sancho un tenue suspiro, que casi parecía un quejido, cuya señal de vida hizo serenar la frente del médico, llevando la esperanza á todos los que le rodeaban.

—¡La crisis! ¡Silencio!—dijo éste. —El delirio no tardará en sobrevenir; pero, al fin, es señal de vida. La fiebre debe de haberle afectado profundamente el cerebro.

Trató Sancho de revolverse, como para incorporarse; mas el médico le contuvo con extremada suavidad, y entreabriendo aquél los ojos, en los que mostró una mirada vaga é indecisa, con voz muy debilitada comenzó á decir:

—¡Ah, Sr. D. Quijote, amo y señor mío! ¡Quién me había de decir que sería yo el que infundiera en el siempre esforzado ánimo de vuesa merced los alientos y el valor de que necesita para conllevar la desgracia de su vencimiento; que en la playa de Barcelona quedó grabada

para eterna memoria de los venideros siglos! Deje vuesa merced de pensar en el hecho acaecido, y busquemos la causa de él; porque, ó yo soy un porro confirmado, ó anduvo en ello más la mano de la malicia humana, ó quizás el impulso de algún vengativo propósito, que las malas artes de un encantador enemigo mortal de vuesa merced.

Cerró de nuevo los ojos para volver á caer en la inmovilidad anterior.

—Recuerdos del pasado—dijo el médico al oído del Cura;—pero me parece que ha desaparecido el grave peligro en que se hallaba.

Recomendó á todos que hicieran observar al enfermo la mayor quietud, sin hablarle lo más mínimo, y se retiró para volver á la mañana siguiente.

Carrasco, triste y pensativo, no dejaba de contemplar á Sancho; el Cura no cesaba de aconsejar á Te-

resa y á Sanchica, aunque en voz muy baja, para que no turbasen la quietud del enfermo con sus exageradas muestras de cariño. Pero, pasados unos momentos, volvió Sancho á expresarse del siguiente modo:

—Sí, Sr. D. Quijote, ya irá viendo vuesa merced cuán presto marchará el tiempo de esta reclusión en que nos hallamos; que si á vuesa merced le duele por no llevar á cabo sus grandes propósitos caballerescos, á mí me mortifica por no ver prontamente realizadas mis esperanzas de llamarme Conde, puesto que ya he probado á lo que sabe ser Gobernador.

Y en esto calló, dando señales de haber caído en un sueño profundo, de lo que todos se alegraron, por creer que el sosiego y la calma le servirían de gran provecho.

Ya bien entrada la noche se retiraron el Cura y Carrasco para diri-

girse á sus respectivos hogares, y por el camino decíale éste á aquél:

—No me es dado expresar á vuesa merced cuánto he sufrido en el tiempo que hemos pasado en la casa de Sancho y á su presencia, considerando su estado y atento á sus palabras, manifestadas durante su delirio, tan concertadamente dichas, que casi me hacían dudar que fueran hijas de éste.

—Sí, es verdad,—díjole el Cura, recordando la conversación anterior habida con el Bachiller;—las impresiones sufridas por mí en la casa de Sancho habían encalmado algún tanto los deseos que poco antes abrigaba de conocer y entender del grave hecho de que vuesa merced me empezó á dar cuenta sentados al pie de aquel álamo; pero sus palabras últimas han venido á despertarlos, y le ruego que prosiga en su narración, que fué interrumpida por la llegada de Sanchica.

—No—contestóle Carrasco,—hácese tarde, y es hora más bien de recogerse que de pláticas. Mañana proseguiremos tratando de ese asunto; necesito algunas horas de descanso, si es que llego á lograrlo, y haré por coordinar las ideas para expresarlas con la mayor claridad posible.

—Bien, sea así,—expuso el Cura, resignándose á dejar aplazada la continuación de ese diálogo, que la curiosidad y el interés le movían á mantener.

Despidióse del Bachiller, dejándolo á la puerta de su casa, y fuése á la suya, dispuesto á buscar en el sueño la mayor brevedad del tiempo que habría de mediar hasta volver á la conversación suspendida.

CAPÍTULO IV

DONDE SE CONTINÚA EL DIÁLOGO MANTENIDO ENTRE EL CURA PERO PÉREZ Y EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO.

Al siguiente día, y muy de mañana, después de cumplir sus obligaciones como cura del lugar, y conocedor del estado de Sancho, bastante satisfactorio, según el parecer del médico, que lo halló en la casa del enfermo, fuése derechamente á la de Carrasco, al cual lo encontró dispuesto para salir de ella. Propuso éste, y fué aceptado por el Cura, volver al sitio donde se hallaron la tarde anterior, sin ocuparse durante el camino de

otro asunto que de la enfermedad de Sancho.

Llegados al sitio, y ya sentados sobre la misma piedra, comenzó á decir el Bachiller:

—Comprendo, señor Licenciado, la ansiedad que le domina por conocer de lo que ya le tengo indicado; pero por grande que ella sea no alcanza á la magnitud de mis deseos por descargar mi conciencia.

—¡Adelante!—expresó el Cura.

—Ya sabéis cómo ayer le decía—continuó Carrasco—cuáles fueron los motivos de mi vuelta al lugar, y que al conocer y tratar á nuestro convecino Alonso Quixano, transformado en D. Quijote, fué tan grande y dolorosa la impresión que sufrí, aunque bien la disimulaba, que concebí, y en mal hora fué ello, el hoy para mí malhadado y criminal pensamiento de procurar la curación de su enfermedad, que, como vuesa merced sabía, no era otra

cosa más que una perturbación mental, según yo también creía y aseguraba.

—Es mucha verdad—replicó el Cura,—y recuerdo que un día entramos á bureo vuesa merced y yo para ver de adoptar los medios.

—Doliame su estado—prosiguió Carrasco,—no sólo por caridad, sino también por cierto escrúpulo, que me pesa haber tenido, nacido á la sombra de lo que puedo llamar amor patrio; heríame en lo profundo del alma que sólo aquí, en la Mancha, se hubiera dado el caso singularísimo de la aparición del héroe de esa famosa historia que hoy corre de mano en mano, y que ciertamente no deja en buen lugar á los moradores de esta región, porque por ser historia, y por desgracia muy verdadera, nos habíamos de ver muy señalados de Quijotes, apelativo que, por causa de aquél, siempre tendríamos que sobrellevar. Ya sa-

béis que este desdichado bachiller, como iniciador del pensamiento de la curación de nuestro convecino, y vuesa merced como su cómplice ó aliado, sin conocer la verdadera enfermedad, y sí sólo dejado llevar de presunciones y de falsos indicios, á semejanza de un torpe médico envanecido y soberbio, que huye de la asociación y del parecer de otros más autorizados por su práctica y su ciencia, se atrevió, *velis nolis*, á aplicarle una imprudente medicina, por lo cual experimentó un terrible desengaño; y esto aconteció cuando me convertí en el Caballero del Bosque ó de los Espejos; y recordando cuán vencido, molido y quebrantado quedé de manos de aquel á quien pretendí curar, transformándose mis sentimientos, en un principio caritativos, en las venenosas víboras del odio y de la venganza, lo que he tratado de ocultar á los ojos de vuesa merced, y cuyos

perversos sentimientos me impulsaron á probar de nuevo la aplicación del medio adoptado para atraer á la razón al que hemos creído que la tenía perturbada. Convertíme, pues, en el Caballero de la Blanca Luna; pasé á Barcelona; llegué, vi, vencí. Empezó D. Quijote á cumplir la condición impuesta de permanecer un año recogido y obligado á no hacer uso de las armas durante ese tiempo, y á los muy breves días produjole la muerte aquel vencimiento. De no haber ocurrido éste, aún viviría D. Quijote. Las tristezas y melancolías que se apoderaron de su espíritu provinieron de aquel suceso, el cual nunca pudo sospechar que ocurriera. Yo—exclamaba Sansón Carrasco, acentuando sus palabras,—yo, pues, le arrebaté sus más queridas ilusiones; yo quebranté sus esperanzas, encaminadas siempre hacia el bien, como trataba de hacerlo, abatiendo la soberbia en los

gigantes, ensalzando la virtud y amparando al desvalido y menesteroso; yo he sido el causante de su muerte; yo le he privado del derecho á la vida, usando de medios violentos, como son los desafíos, condenados por nuestro último santo Concilio; yo, para decirlo de una vez, he privado al mundo de una complacencia que experimentaba por el conocimiento de los hechos de D. Quijote, los cuales jamás pudieron merecer la censura de la sociedad ni la persecución, con sus rigores, por nuestra santa Inquisición. ¡Dígame, pues, vuesa merced —prosiguió el Bachiller algún tanto más tranquilo,—dígame si es posible conllevar la vida bajo el peso abrumador de tan grande remordimiento, y si habrá remedios en el mundo para tranquilizar mi conciencia!

Vacilante, perplejo, dudoso quedóse el Licenciado en vista de las manifestaciones de Carrasco, y des-

pués de pasados algunos instantes de recogimiento y de meditación, en los que sin duda invocó al cielo para que lo iluminase, á fin de contestar á su doliente amigo, se aventuró á expresarse en la siguiente forma.

CAPÍTULO V

DE LA RESPUESTA DADA POR EL CURA AL BACHILLER SANSÓN CARRASCO, É INTERESANTE DISCUSIÓN PROMOVIDA ENTRE AMBOS.

Bien quisiera, amigo mío y estimado hijo de confesión — dijo Pero Pérez, — hallarme dotado de las condiciones de que carezco, de ilustración y de ciencia, para conseguir de momento la tranquilidad de espíritu que tanto anhela, y poder llevar á vuestro ánimo el convencimiento y la persuasión; pero, aunque humildísimo ministro de la Iglesia, ofrezco cariñosamente á vuesa merced todo lo que de mi parte estuviere, sin perjuicio de oportunas consultas, para aliviar al menos su estado de presente, pro-

metiéndome obtener por mis reflexiones lo que no puedo menos de esperar de su amistad sincera, de su claro entendimiento y de los sanos principios de moral y de filosofía que en vuesa merced resplandecen. A otro, que no á vos, hablaríale del pecado, si con él le viera estrechado y envuelto entre sus apretadas redes, y le diría cuán presto y fácilmente aparta el hombre sus ojos de Dios para fijarse en sí mismo ó en las vanidades del mundo; reprenderíale su proceder; pediríale contrición y enmienda; impondríale su penitencia y..... *laus Deo;* porque la generalidad de la gente peca en muchísimos casos sin un pleno conocimiento de sus actos, y hay que despertar la conciencia, y de aquí algunas veces mis rigores pidiéndole mucho para que ofrezca algo, y poco á poco irla encaminando por la buena senda en provecho de Dios, en el de su Iglesia y en el de la sociedad

misma; pero tratándose de vuesa merced depongo mi investidura sacerdotal para acoger entre mis brazos al buen amigo, al hijo excelente é intachable convecino, y mantener con él una apacible conversación, que á entrambos pueda ser de conveniencia y de provecho.

Tal exordio empleó intencionalmente el Cura, á fin de predisponer el ánimo de su atribulado amigo hacia la templanza, y llevarle á ella con suavidad y dulzura, estando muy reciente la exaltación de aquél, y recordando el proverbio de Salomón de que la respuesta blanda quebranta la ira, la cual se enciende más con exceso de palabras.

—Gracias doy al cielo—continuó diciendo,—porque el grave suceso que teníais que comunicarme sea el de que me habéis hablado; porque de haber sido otro, doleríame en el alma, por tratarse de vuesa merced, cuya amistad y cariño guardo en lo

más profundo de mi corazón; pero, en fin, ya que conozco el hecho tan clara y sucintamente expuesto, veamos de analizar su naturaleza y no nos dejemos llevar por la exageración, dándole, como ya tengo dicho, proporciones inconmensurables; porque la imaginación, si no se la sujeta, suele remontar el vuelo hasta donde no debe llegar, y ella es reputada muy sabiamente por la eximia reformadora del Carmelo, como la loca de la casa. Que vuesa merced se puso de acuerdo conmigo para ver de atraer á la razón á nuestro convecino Alonso Quixano, que á juicio de todo el mundo la tenía perturbada, es un hecho innegable, y yo protesto ante Dios y mi conciencia que fuí llevado y movido por un buen deseo, que lo fué el de hacer un bien, como yo á todos mis feligreses aconsejo y predico; y como el tal deseo estaba en un todo conforme con la más santa doctrina,

no me pesa, señor Bachiller, de haberlo sentido y de haber aconsejado á vuesa merced que persistiera en él y que procurásemos valernos de los convenientes medios para realizarlo.

—En el medio empleado es en lo que claudica ese buen deseo—interrumpióle Carrasco;—porque proponiéndonos hacer un bien, hemos obtenido y causado un horrendo mal, de todo punto irreparable.

—Poco á poco, señor mío—contestóle el Licenciado;—si sólo consideráis las cosas desde el punto de vista de lo material, tal vez tengáis razón, aunque algún tanto dudosa; pero si os alzáis á la región de lo espiritual, veréis que un alma cuya reconciliación con el cielo no sabemos cómo hubiera podido efectuarse, porque no podemos asegurar hasta qué punto hubieran llegado las acciones de Don Quijote, volvió la vista hacia Dios en un momento supremo de contrición y arrepentimiento,

y por ello creo firmemente que hoy goza de la presencia divina, sin que me podáis negar que la carne miserable es la cárcel que al espíritu aprisiona, aunque por muy corto tiempo.

—No lo niego—dijo el Bachiller;—pero esta miserable carne mía, que estrecha y sujeta á mi espíritu, está clamando, á pesar de sus observaciones, por un ejemplar castigo; como es cierto que mi espíritu sufrirá el suyo por haber pecado un día como rebelde, huyendo de acogerse á la divina gracia, de la cual sólo se goza cuando el hombre ama y busca con anhelo la verdad. Pero cuando el hombre ni ama ni busca la verdad, ¿no es casi seguro que ha de marchar fuera de la buena senda y sujeto á gravísimos errores? Vuesa merced bien sabe, como dijo un gran predicador y teólogo (1), que

(1) San Juan de la Cruz.

muchas veces los vicios tienen color de virtudes, y muchas virtudes se desvanecen por la vanagloria, y muchas veces nuestras justicias, examinadas en el juicio de Dios, se hallan ser injustas, porque aquello que á los ojos de Dios es obscuro, á los ojos del mundo pareció claro, y, en fin, olvidéme, señor Licenciado, como soberbio y arrogante, de aquellas palabras del santo Job: «Temía yo todas mis obras sabiendo, Señor, que vos no perdonáis al delincuente.»

—Pero, Bachiller amigo, ¿en dónde halláis vos ese pecado de la soberbia, de que os inculpáis?—díjole el Cura.—¿Qué escrúpulos son estos en que habéis venido á dar de pocos días á esta parte, cuando no há mucho que os holgabais de lo que hoy reprueba y condena vuestra conciencia?

—Contesto á vuesa merced—replicó Carrasco—con sus mismas pa-

labras: la generalidad de la gente peca sin tener un pleno conocimiento de sus actos, y yo, incluyéndome en esa generalidad, no sabía lo que pensaba ni lo que hacía; y hoy que lo sé, por haberse despertado mi conciencia, antes dormida, creo firmemente que dominó en mi ánimo el espíritu del mal. Cierto que se ha verificado en mí un cambio radical, no sólo respecto de algunas ideas, sino también en mi condición y carácter, puesto que he dejado de ser aquel inaudito Bachiller, perpetuo (1) trástulo y regocijador de los patios de la escuela Salmanticense, como en cierta ocasión díjole de mí Don Quijote á Sancho y á la presencia mía.

—Veamos de fijar, si le place, algunos puntos capitales acerca de este asunto, para mí tan nuevo como interesante.

---

(1) *Don Quijote de la Mancha,* cap. VII, parte 2.ª

—Pláceme seguramente—contestó el Bachiller;—y debo de empezar por preguntar á vuesa merced: ¿Quién era Don Quijote de la Mancha? pregunta que bien creo no me la habréis de contestar á satisfacción mía.

—Si empezáis por dudar de mí—contestóle el Licenciado,—cuando mi grado y mi profesión me abonan, bien debiera excusar la contestación.

—Por ahí debí de haber comenzado, Sr. Pero Pérez—dijo Carrasco,—el día en que nos reunimos para tratar acerca de la curación de nuestro amigo: debí dudar de vuesa merced como de mí mismo; y si tal hubiera hecho, otro gallo me cantara; pero aunque tarde, por desgracia, espero oir de sus labios el concepto verdadero que de nuestro convecino Don Quijote habíais formado antes de su fallecimiento.

Nuevamente quedó confuso el Licenciado, temiendo á la vez de si se las había con un desgraciado que empezaba á dar muestras de perturbación mental, ó con un hombre sensato, aunque invadido por meros escrúpulos; pero disimulando sus temores, contestóle resueltamente:

—Ya os tengo dicho, y ahora repito, que el juicio que yo tenía formado del que fué nuestro amigo, era el mismo que formaron todos los que le conocieron, trataron y juzgaron imparcialmente sus dichos y sus hechos.

—Pues vuesa merced, como todo el mundo, estaba completamente equivocado — gritó casi convulso nuestro Bachiller, poniéndose en pie.

—¡Ta, ta, ta!—dijo para sí el Cura,—ya apareció aquello; bien me lo temía.

Hízole sentar de nuevo, dirigiéndole con agrado y dulzura algunas

frases para tranquilizarlo, y estimando oportuno el no contrariarle, díjole:

—Sí; bien puede ser, que no sería la vez primera que un error se mantuviese por largo tiempo y á despecho de la verdad.

—Muy bien dicho, Sr. Pero Pérez. ¡Qué extraño puede ser que por la generalidad se estime y se mantenga la falsa idea de que nuestro Don Quijote fuera un loco, cuando estoy dispuesto, señor mío, á probar á vuesa merced todo lo contrario; esto es, que los faltos de razón, no que perturbados, los que tuvieron ojos y no vieron, los que cerraron y huyeron sus oídos á la verdad, y, en suma, los verdaderos locos fuimos nosotros y cuantos oyeron y trataron á Don Quijote, sin alcanzar á saber quién era él, y muchos burlándose del mismo! No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, decíale ayer vuesa merced á

la sobrina de Don Quijote cuando fuimos á visitarla y ella comenzó á juzgar los actos de su tío. Las grandes ideas, los elevados sentimientos, las morigeradas costumbres nacieron y vivieron á la sombra de aquellas instituciones que ostentaron por lema *mi Dios, mi patria y mi dama;* y la de la andante caballería y demás órdenes anexas transformaron á la sociedad, afianzando la salvadora doctrina del cristianismo. Sólo por este hecho debiera de haber sido más respetado en el día, y no objeto del ludibrio con que se ha mirado por nuestro fútil estado social el aparecimiento de un mantenedor de aquélla, tan lleno de fe, de valor y de constancia por resucitarla, no tan sólo predicando la doctrina, sino también practicándola con sus hechos; y esto, señor Licenciado, por haber alcanzado á ver la necesidad de nuestro tiempo y lo que no han logrado los soberbios,

los envidiosos, los envanecidos y toda esa caterva de ciegos, de farsantes y de hipócritas que han tenido como un loco al que únicamente llegó á ver en mitad de las tinieblas que nos rodean. Nosotros somos los verdaderos fariseos de la edad presente, sin haber recibido el castigo de ser arrojados por el látigo del santo templo de Dios; y hemos triunfado á despecho de las potestades del cielo, para caer por ello en los abismos de la condenación eterna.

Cesó por un instante en su discurso nuestro Bachiller, y el Cura, aprovechando su silencio, dijo, aunque tímidamente:

—Pero, á pesar de lo expuesto por vuesa merced, bien sabéis que la constante lectura de aquellos libros que condenamos fué la causa originaria y principal de la perturbación que sufrió Don Quijote.

—Si tal creí, como en otros días—

díjole Carrasco,—hoy lo rechazo con toda la fuerza de mi convicción. Convengo, sí, en el hecho de la lectura; pero niego las consecuencias. Si por un decreto providencial apareció entre nosotros Don Quijote, no hay que achacarle á esos libros la supuesta perturbación. ¡Qué se diría de la mística escritora y fundadora Teresa de Cepeda! Diríase que la lectura de las muchas obras de nuestros escritores del pasado siglo produjeron la exaltación de su espíritu y la perturbación de su mente; tendríamos que convenir entonces en que todos los santos, predispuestos por la voluntad del cielo, movidos por el ejemplo y estimulados por la sabia doctrina con tanta fe expresada en esa multitud de obras, cuyo mérito no es dable humanamente ensalzar, han sido perturbados en su razón por la lectura de sus libros, hasta el punto de ofrecer el sacrificio de sus vidas

por el mantenimiento de su fe y de su arraigada creencia. No hay, pues, que atribuir á aquellos libros mal alguno, porque de esa suerte todos los libros estarían condenados como promovedores de la pérdida de la razón, cuáles de literatura, cuáles de medicina, cuáles de religión, puesto que no sabemos hasta qué punto puede ser herida por su causa la mente del hombre y sugestionada la fantasía. Forzoso es convenir en que Don Quijote tenía una predisposición ingénita; había recibido del cielo un dón particular, y excitada algún tanto su mente, lo que de ordinario acontece cuando el espíritu domina sobre la materia, por aquella lectura, no llegó á dar su fruto sino á su debido tiempo; porque ni antes, ni después de aquellos días, era la voluntad de Dios que las hojas de ese árbol se movieran.

—Sin embargo — se permitió decir el Cura dudando de su propio

juicio,—la historia escrita de las hazañas de nuestro convecino declara y afirma que de la lectura de aquellos libros le sobrevino el desquilibrio de sus facultades.

—La Historia — expuso Carrasco —es obra de los hombres, y como cosa humana, está sujeta á errores lamentables. ¡Sólo Dios sabe la verdad de las cosas! ¡Cuántos sucesos pasados se han juzgado por los historiadores de distinto modo! Respecto de la historia de que me habláis, mucho me sospecho que se aparte de lo cierto en algunas apreciaciones, por ser su autor un mahometano que, como vuesa merced bien sabe, son por lo común embelesadores y mentirosos.

— Bien puede ser — manifestó el Cura algún tanto reflexivo; — y me inclino á creer que en gran parte de lo que me habéis dicho no dejáis de llevar razón.

—En todo, señor Licenciado—re-

puso aquél.—¿Y qué le diré á vuesa merced acerca de los grandes propósitos, elevados pensamientos y nobilísimo y cristiano sentir de ese á quien ha dado en llamar loco el insensato vulgo? ¿Qué sentimiento abrigó su pecho que no estuviese de acuerdo con la bondad de la Naturaleza? ¿Qué palabras expresaron sus labios que pudieran ser merecedoras de censuras, motejadas de deshonestas ó contrarias á nuestra fe? ¿Qué nobleza de alma, digna de la mayor admiración, ha podido verse más resplandeciente en esta depravada edad en que vivimos? ¿Pudo darse un amor más casto, un desinterés más elocuente, una caridad más bien sentida, un valor más indomable, una palabra más persuasiva ni una fe más acendrada en todo cuanto se proponía? ¿Qué interés le movió para ejecutar sus actos sino el de hacer el bien? ¿Á qué recompensa aspiraba con toda su alma sino á

la de la gloria? ¿Y cuál fué su mayor anhelo mientras se creyó caballero andante, sino el de satisfacer su conciencia ante su propio juicio, y ver llenados y cumplidos sus deberes á los que por un alto y misterioso decreto del cielo se creía obligado? Y como prueba de esta última verdad, recuerde vuesa merced lo que á Pedro Alonso le dijo cuando en la primera salida éste le condujo á su casa, subido sobre un jumento, y cuando el tal Alonso le decía que ni era Don Rodrigo de Narváez, ni el Marqués de Mantua, ni él era Baldovinos, ni Abindarráez, á lo que Don Quijote le contestó con estas hoy para mí elocuentes palabras: «Yo sé quién soy» (1). Y como más prueba del conocimiento que de sí mismo tenía y de su inclinación recibida del cielo, recuerde también

(1) Primera parte, cap. v, *Don Quijote de la Mancha.*

vuesa merced cuando platicando Don Quijote con el ama y su sobrina, les dijo: «*Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino más á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte: así que me es forzoso seguir por su camino y por él tengo que ir á pesar de todo el mundo, y será en vano cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razón pide, y, sobre todo, mi voluntad desea*» (1). Preciso es, señor Pero Pérez, estar dejado de la mano de Dios para creer, perseverar y sostener que Don Quijote sufrió esa perturbación que se le atribuye, cuando el hombre loco es aquel que idea, discurre, se expresa y ejecuta en contra de todo principio de razón y de justicia. Si analizamos todos los pensamientos,

---

(1) Segunda parte, cap. VI, *Don Quijote de la Mancha.*

todos los discursos y todos los hechos de nuestro amigo que fué, vendremos á convenir en que era un filósofo profundo como Séneca, un eximio moralista como Arístóteles, un legislador modelo como Solón, un justiciero como Arístides, un hombre franco y honrado como Sócrates, y un ejemplo vivo de fe y de constancia como la de nuestros mártires.

Aquí hizo punto de parada nuestro Bachiller, no tanto para tomar aliento cuanto para ordenar las ideas que en tropel asaltaban á su acalorada mente.

Aprovechando el Cura esta parada, aconsejó al Bachiller suspender la conversación hasta la hora de la tarde, retirándose ambos á sus respectivos hogares.

CAPÍTULO VI

EN EL QUE SE PROSIGUE LA CONVERSACIÓN ENTRE EL CURA Y EL BACHILLER

LLEGADA la hora de la tarde, volvieron á reunirse Pero Pérez y el Bachiller, para dirigirse al sitio donde se hallaron reunidos aquel mismo día.

A todo esto pensaba y dudaba el Cura si calificar ó no de loco á nuestro Bachiller.

—Rindo toda mi atención á sus palabras—dijo Pero Pérez,—no sólo porque proceden de vuesa merced, sino también por el sumo interés á que mueven. De momento le declaro mi admiración por el profundo estudio á que os habéis entregado; puede vuesa merced proseguir.

—Después de haber sido armado caballero nuestro Don Quijote —continuó Carrasco —de la manera ridícula que la historia refiere y que de ordinario provoca á la risa, sin comprender la generalidad de la gente que para nuestro amigo, aspirante á ser y poderse llamar caballero, lo esencial era la ceremonia, fuera el que fuese el celebrante, la primera coyuntura que se le presentó para cumplir con su profesión fué la de prestar ayuda al menesteroso é infortunado muchacho Andrés, á quien desaforadamente azotaba un labrador su amo (1). Ya sabemos su intervención en aquel asunto y cómo la historia nos refiere el lamentable fin que tuvo para el desventurado de Andrés. Don Quijote hizo, pues, el bien porque era la encarnación de la bondad y

---

(1) Primera parte, cap. IV, *Don Quijote de la Mancha.*

no podia menos de practicarlo; pero la malicia desvirtuó ese propósito, torció el camino de la bondad misma. Y esto no es nada nuevo en la vida, porque las leyes son buenas en sí, mas la perversidad de los hombres las tuerce y las amolda al deseo, al capricho ó al interés, según los casos, quedando triunfador el poderoso y arrogante, y perjudicado el pobre y el humilde, á pesar de asistirle el derecho, la razón y la justicia. Seguidamente, y satisfecho de su primera obra, creyó oportuno rendir un homenaje al recuerdo de su dama, pretendiendo que los cuatro mercaderes toledanos confesasen que no había en el mundo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso (1), y ya sabemos lo que

---

(1) Primera parte, cap. IV, *Don Quijote de la Mancha*.

le aconteció y cuál quedó en aquel encuentro. Pero, bien considerado, la proposición hecha á los mercaderes ni era una necia pretensión ni mucho menos una arrogancia. Don Quijote imitaba á sus grandes modelos, y aparte de ello sentíase impulsado por la creencia y la fe que abrigaba acerca de una verdad para él innegable, y á la manera de todo creyente católico y fervoroso, no le bastaba su propio convencimiento, sino que deseaba que todo el mundo sintiese aquella verdad, la declarara y confesase. Véase en qué forma se expresó cuando aquellos mercaderes llegaron á trecho que se pudieron ver y oir: «*Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso*»; y como ciertas verdades en punto de fe hay que creerlas, sin que medien los sentidos corpo-

rales, dijo á los mercaderes, cuando uno de ellos le pedía que les mostrara aquella buena señora á quien no conocían: «*Si os la mostrara, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender.*» En todos los tiempos y en todas las sociedades se ha visto imperando ese principio de la fe, puesto que sin ella no puede darse verdad firme y segura, arrastrando á los hombres hasta ofrecer los mayores sacrificios por el mantenimiento de una idea que brota del entendimiento, se asienta en el corazón y se percibe claramente con los ojos del alma. Pasados algunos días y provisto de un escudero, nuestro pobre amigo Sancho, hizo su segunda salida, llevando á cabo la aventura de los molinos de viento, que, según la historia, á él le pa-

recieron desaforados gigantes (1).

Sonrióse el Cura, aunque con gran disimulo, y se dijo para sí: «Veamos qué ha pensado sobre ello.»

—Cualquiera que preste un poco de atención — prosiguió el Bachiller—acerca de este pasaje, no podrá menos de venir en conocimiento de una verdad incontrastable. A Don Quijote le constaba y él bien sabía cuál era el estado de nuestra sociedad, pues recordará vuesa merced que en las varias conversaciones que con él mantuve en unión del barbero maese Nicolás, nos decía que *la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes*», y que vuesa merced, ya contradiciéndole, ya concediendo, llegaba á averiguarse con él.

—Sí—dijo el Cura, —recuérdolo perfectamente.

---

(1) Primera parte, cap. VIII, *Don Quijote de la Mancha.*

—Pues bien —siguió Carrasco;— esos gigantes que le parecieron ser los molinos, fueron para Don Quijote una representación de los tiranos, de los soberbios, de los arrogantes, de los poderosos, que esparcidos sobre el mundo tiranizan, oprimen, desbastan y someten á su capricho, con sólo el poder de la fuerza y jamás con el de la persuasión, á sus pueblos y vasallos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, asumiendo todas las potestades sobre la tierra y sometiendo bajo su imperio á todas las clases de la sociedad. Esos eran los enemigos contra quienes dirigió su lanza, enemigos verdaderos de Dios y de los hombres, y para él era esta buena guerra, y le parecía que era gran servicio de Dios, como le dijo á Sancho, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

Admirábase el Cura de la interpretación dada por su amigo á cada

una de las aventuras de Don Quijote, y creyó oportuno preguntarle, como para estrecharlo á que se rindiese ante una apreciación falsa, acerca de la descripción de los ejércitos, que tales á Don Quijote le parecieron, siendo en realidad manadas de ovejas y carneros (1).

—Acerca de ese suceso—dijo el Bachiller,—que resultó ser para nuestro amigo una de sus más famosas aventuras, no hay más que desentrañar su propia naturaleza para comprenderlo.

—Dígame, pues—replicó el Cura,—porque, en verdad, no alcanzo á comprenderlo tan fácilmente.

—Sí, señor Licenciado—díjole aquél,—la guerra, esa malhadada antítesis de la paz bendita; esa condenación á que todos los seres están sujetos; ese elemento que bien pue-

---

(1) Primera parte, cap. XVII, *Don Quijote de la Mancha*.

de llamársele el quinto de la naturaleza, del que han surgido esplendorosos y temidos rayos, como Alejandro, César, Aníbal, Bayaceto, Escipión y otros muchos; esa perniciosa lucha eterna, mantenida por los hombres desde los comienzos de la humanidad; la guerra, la maléfica idea del exterminio en su principio, en su medio y en su fin; los fútiles motivos que á veces las ocasionan; los intereses encontrados entre los pueblos; las ideas ó creencias religiosas en que respectivamente se mantienen; la avaricia de los reyes por ensanchar sus dominios; el acometimiento injusto de los fuertes y la legítima defensa de los débiles; el estímulo del botín y del saqueo, y muy rara vez, la grande y gloriosa idea de la reconquista, han impulsado á los que debieran mirarse como hermanos al aniquilamiento y á la destrucción de sus semejantes. Nada más natural ni

más propio pudo habérsele ocurrido á un hombre armas, y que, como él decía, había nacido bajo el influjo del planeta Marte, que pensar, creer y sostener el concepto de la existencia de los dos ejércitos. Sugerida la idea, todo lo demás lo entendió, lo vió y lo explicó como en la historia se cuenta. Si hubiera sido un hombre de letras profanas ó divinas, al observar aquellas muchedumbres que bien pronto supo distinguir, se hubiera imaginado que se trataba de un Congreso, de unas Cortes ó de un Concilio, y ¡Dios sabe lo que hubiera visto y descrito! Pero su profesión le obligó á volver la vista hacia donde su propia inclinación lo arrastraba. Además nuestro Don Quijote era y se reconocía un verdadero cristiano, lleno de la más ardiente fe que define nuestra Santa Iglesia, y por ello se prestó á ofrecerle su protección y apoyo al Rey cristiano, sólo por serlo, sin pa-

rarse á considerar si el motivo de la gran batalla que creía próxima á librarse era de mayor ó de menor importancia: bastóle creer que allí y en aquel momento debía cumplir con sus deberes como caballero y como cristiano.

—Sin embargo, y á pesar de todo eso—díjole el Cura,—aún tengo mis dudas, si bien voy comprendiendo ese estudio exegético que habéis hecho de las empresas acometidas por Don Quijote.

—Desconozco las razones en que vuesa merced pueda fundar esas dudas — expúsole Carrasco; — mas para robustecer la interpretación que acabo de dar á esta aventura, considere, señor Licenciado, que esa descripción en boca de Don Quijote era una sublime parábola: la guerra, vuélvole á decir; pero la guerra en absoluto. Basta fijarse en la enumeración de las gentes y pueblos indicados para llegar á esta

verdad. Allí figuran con sus respectivos atributos Numidas, Persas, Partos, Medos, Arabes, Citas, Etiopes y otras infinitas naciones comprendidas en el primer escuadrón, como refiriéndose á pueblos antiguos, incluyendo en el otro á los oriundos de las diferentes provincias de nuestra España, en primer término, pasando después á enumerar cuantos pueblos toda la Europa en sí contiene y encierra.

—Sí, sí, quiero comprender—manifestóle el Cura, dispuesto á no contrariarle;—pero abrigo aún mayores dudas acerca de otros sucesos de que no me habéis hablado.

—Dispuesto me hallo para disiparlas—le expresó el Bachiller;—puede vuesa merced exponerlas.

—No ahora—díjole el Cura levantándose—porque ya es bien entrada la noche, y debemos volver á nuestro lugar, sin perjuicio de que mañana continuemos tan interesante

diálogo, pues bien observo que hay mucho de que hablar hasta venir á ocuparnos de lo que á vuesa merced toca y se refiere.

Mostróse en ello conforme nuestro Bachiller, y tratando ambos durante el camino de varios asuntos de escasa importancia, llegaron al lugar, en donde se separaron para dirigirse cada cual á su casa respectiva.



CAPÍTULO VII

QUE TRATA DE VARIOS SUCESOS DE LOS CUALES CONOCERÁ EL CURIOSO LECTOR

No bien hubo entrado el Cura en la suya, dejóse caer sobre un ancho sillón de cuero, arrojando antes sobre la mesa de su despacho el bastón y sombrero de su uso. «¡Válame Dios! — exclamó — ¿He de ser tan desdichada criatura que tenga de entender de nuevo con otro infortunado amigo, herido por las mismas armas del alucinamiento y del desvarío? ¿Ha de ser esta pobre aldea manantial inagotable, fuente perpetua de esos desventurados seres de quienes huyen la razón y el buen sentido? ¿Qué mal-

dición es ésta que pesa sobre la Mancha? ¿Qué pecados cometió este pueblo para padecer de un mal que va convirtiéndose en pestilencia? ¿Y qué medios para librarse de él? ¡Oh, Dios de bondad! ¡Temo vuestras iras, pero me acojo á vuestra infinita misericordia! Al paso que vamos, ¿qué será de todos nosotros; qué de mí mismo? Ayer Don Quijote; hoy el Bachiller; quizás mañana tóqueme ser un desgraciado más de los faltos de razón, y ¡quién sabe cuál pueda ser la causa y el grado de mi desvarío! ¡Señor, Señor!—decía mirando al santo crucifijo colocado sobre su mesa—¡iluminad este mi pobre entendimiento, amenazado por la confusión! ¡Alentad este mi espíritu, que siéntolo desfallecer! ¡Alzome, Señor, hasta tu infinita sabiduría para que ella sea la que encamine mis pasos por el sendero de la verdad!»

Levantóse del sillón que ocupaba,

y, con grande agitación, comenzó á pasearse por el aposento. «Sí—decía,—seguramente el Bachiller está perturbado. No son escrúpulos; no es.....» y no se atrevía á pronunciar el concepto. «Pero.....» é interrumpía su agitado paseo, quedándose reflexivo. «No—prosiguió,—no seré yo quien osado, quizás temerariamente, aventure un juicio que pueda ser equivocado. La manera de expresarse; las poderosas razones en que funda su parecer; su convicción, y, sobre todo, las verdades que acaban de brotar de sus labios..... Nada, nada.....» y volvió á su paseo. «Don Quijote no era un loco, y, sin embargo, todo el mundo así lo calificaba. Pero, como decía muy bien el Bachiller, ¿no puede estar equivocado todo ese mundo? ¡Oh duda, duda terrible que siempre ha de ser la causa de tantos males, haciendo perder al hombre el camino verdadero de la vida!

No, no (exclamaba resueltamente); huye, apártate de mí, que sólo en Dios confío y Él me mostrará la verdad.»

Recogióse el Cura buscando en el sueño su perdida tranquilidad. A la mañana siguiente llegóse el ama á la puerta de su cuarto, exclamando:

—Señor Cura, señor Cura, acaba de llegar un forastero á la puerta de la casa y pregunta por vuesa merced.

—Haced que éntre — díjole el Cura; y sentándose en su ancho sillón, esperó la entrada de aquél.

Llamaron muy en breve á la puerta del aposento, y «¡adelante!» exclamó, presentándosele un gallardo mancebo, cuya fisonomía y porte no le parecieron desconocidos.

—Vuesa merced hará memoria de quién soy — díjole éste — cuando le recuerde que no ha mucho tiempo recibí el honor de comer en su misma mesa, después de haber cum-

plido la misión que por primera vez me obligó á venir á este lugar y cerca de Teresa Panza, para hacerle entrega de una carta y varios presentes que para ella enviaba mi señora la Duquesa desde el castillo en donde estuvo alojado por algunos días el caballero Don Quijote de la Mancha.

—Sí, sí—exclamó el Cura;—doy á vuesa merced la bienvenida, y deseo me digáis cuál es el objeto de vuestra llegada.

Hízole sentar cerca de él, esperando su contestación.

—Nadie mejor que esta carta—dijo aquél, poniéndola en manos del Cura—podrá explicarle el objeto de mi venida.

—Bien, bien—expuso el Licenciado, recibiendo y abriendo la carta, que decía así:

«Las nuevas tristísimas, Sr. Pero Pérez, que han llegado hasta este castillo, del fallecimiento del que fué

nuestro admirado y excelente amigo Don Quijote de la Mancha, han herido profundamente mi corazón, como el de mi señora la Duquesa. Si algo puede servir de alivio y de consuelo á nuestra pena y sentimiento, es ver realizado nuestro propósito, que no es otro sino el de visitar esa aldea que fué su cuna y es la morada en donde hoy yacen los restos de tan ínclito como renombrado caballero. Siendo llegado el tiempo de regresar á la corte después de mi permanencia en este castillo, deseamos vivamente la Duquesa y yo visitar la tumba de nuestro amigo antes de volvernos á aquélla. Ruego á vuesa merced, pues, que sin acuitarse demasiado, disponga lo que estime oportuno para nuestra permanencia, por sólo dos días, en ese lugar. Dios guarde á vuesa merced y á mí no me olvide. De este castillo á 13 de Octubre de 1614.—*El Duque.*»

Atónito, no que sorprendido, quedó nuestro Licenciado á la lectura de esa carta que tan estupenda nueva le comunicaba. Levantóse, y dando muestras de la mayor inquietud, comenzó á decir:

—¡Imposible! ¡Esto no puede ser! ¡Sus excelencias aquí, en este miserable lugar, donde de todo se carece! ¿Este es un sueño ó yo he leído mal?

—Cálmese vuesa merced—díjole el paje,—y recuerde el encargo que su excelencia le hace de que no se acuite demasiado.

—No, no—exclamaba el Cura.—¡Pues qué! ¿es acaso un grano de anís la presencia de tan excelsos señores en este lugar de la Mancha, tan pobre de recursos que sólo los que moramos en él podemos conllevar la vida á fuerza de la costumbre? ¿En dónde acomodarlos? ¿Qué podemos ofrecerles? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué apuro! ¡Qué conflicto!

—No se inquiete vuesa merced por ello—díjole el paje.—Mis señores son muy llanos y saben acomodarse á las circunstancias. Demasiado conocen que una aldea no es la corte, y les bastará lo muy necesario, siempre que logren ver cumplidos sus gustos y deseos. Ellos traerán sus servidores, y no acostumbran á viajar sin su correspondiente repuesto y abastecimiento.

—Eso me tranquiliza algún tanto —manifestó el Cura;—pero lo más importante es el alojamiento. ¿Dónde, dónde acomodarlos convenientemente?

Angustiado estaba Pero Pérez, y sin atender á las observaciones que el paje le dirigía, cuando se presentó en la puerta del aposento el barbero maese Nicolás, y al verlo el Cura,

—¡Ah!—exclamó.—Llegáis á tiempo. Sí, venid; seréis mi salvación; sólo, después de Dios, en vos confío.

—Pero ¿qué es ello?—dijo aquél,

observando la presencia del paje.—¿Qué ocurre á vuesa merced?

—Pues ahí es nada—contestóle el Cura:—sus Excelencias los Duques, que tanto agasajaron en su castillo á nuestro Don Quijote, vienen á visitarnos; han salido ya de aquél; vienen de camino; ¡qué digo!, ya están ahí.

—No tan de prisa, señor Cura—dijo el paje, sonriendo al observar la vehemencia y exaltación con que aquél se expresaba, creyendo estar viendo ya la entrada de los Duques en el lugar.—Calme su espíritu, y sepa que los señores aún no han salido de su castillo; no anticipe los acontecimientos, que éstos se realizarán á su tiempo debido.

—Bien, sí; pero de toda suerte, ved, maese Nicolás, cuál es nuestro conflicto; porque, sobre todo, ¿dónde hallar un digno alojamiento ó algún tanto decoroso para tan excelsas personas?

—Es mucha verdad—contestó el barbero;—mas con todo, me ofrezco á vuesa merced para ayudarle en cuanto yo pueda.

—Agradecido le quedo por sus ofrecimientos; pero decidme, ¿á qué es debida su visita en este momento?

—Venía á decirle que habiéndome preguntado un forastero, que hallé casualmente en la calle, dónde vivía vuesa merced, díjele que á la iglesia; y como me rogara que lo acompañase, ahí está esperando en la puerta de la casa; porque, según él dice, trae para vuesa merced una carta procedente de Andalucía.

—¿Otra carta y de Andalucía?—dijo el Cura.—A ver, á ver; que pase adelante.

Hizo entrar el barbero al de la carta, que también era un apuesto y gentil mozo, el cual, bajando la cabeza como respetuoso saludo, depositó en manos del Cura un pliego cerrado y sellado, diciéndole:

—Beso á vuesa merced la mano, y le ruego que enterado del contenido de esa carta, se sirva de contestarla á la brevedad posible, porque me es forzoso regresar hoy mismo para Osuna, en donde mis señores, á quienes sirvo, esperan vuestra contestación.

—¡Qué será ello!—dijo para sí el Cura.

Rompió la nema y comenzó á leer con disimulada tranquilidad, hasta llegar á su fin.

Enterado de su contenido, volvióse hacia maese Nicolás, diciéndole:

—Hé aquí lo que el Sr. D. Fernando me participa:

«Sabedor, Sr. Pero Pérez, del fallecimiento de nuestro excelente amigo que fué Don Quijote de la Mancha, enviamos mi señora Dorotea y yo nuestro más sentido pésame á la familia de aquél, rogándole se sirva ser intérprete de nuestro profundo dolor.

»Remito á vuesa merced esos mil escudos, para que se sirva de distribuirlos entre los pobres de ese lugar, sea cual fuere su condición y clase, pues hubo quien dijo de la pobreza que era «dádiva santa desagradecida».

»Dios guarde á vuesa merced muchos años. Osuna 11 de Octubre de 1614.—*D. Fernando.*»

Dirigiéndose á los pajes rogóles que permanecieran en su misma casa hasta la hora de su regreso.

—¡Dios sea loado—exclamó el barbero,—y bendiga una y mil veces á mi señor D. Fernando!

Despidióse maese Nicolás, para emprender desde luego sus gestiones en busca de un aceptable alojamiento para sus Excelencias, y alborotar á su vez con tales noticias á los vecinos del lugar, movido por el natural deseo que en todos los de su clase se marca de ser entremetidos y habladores en sumo grado y dis-

púsose el cura Pero Pérez á contestar las cartas entregadas por los pajes, y éstos á dar un paseo por las inmediaciones del lugar.

CAPÍTULO VIII

DE LA CONVERSACIÓN HABIDA ENTRE LOS DOS PAJES RECIÉN LLEGADOS Á LA ALDEA

Mientras escribía Pero Pérez las dos cartas, en contestación á las recibidas del Duque y de D. Fernando, refiere la Historia el diálogo mantenido entre los dos pajes recién llegados al lugar, en el cual díjole el de D. Fernando al del Duque:

—No poco trabajo me ha costado, señor mío, llegar á esta aldea; y á no haber sido por un milagro, no hubiera logrado entrar en ella.

—¿Y puede decirme vuesa merced —repuso el otro de los pajes— cómo habéis dado con este lugar?

—Sí puedo —contestóle el paje de

D. Fernando;—y ello fué haberme hallado en el camino con un mozalbete que conducía sobre una bestia varias mercancías que le había encargado el Cura de su lugar. Y como el tal muchacho era muy conocedor de aquellos caminos, hablóme del señor cura Pero Pérez, y yo, imaginándome que este señor Cura tenía que ser el que debía de recibir la carta y el encargo que mis amos le dirigían, no vacilé en dejarme guiar por aquel muchacho, hasta llegar á esta aldea, donde hallé felizmente el término de mi viaje.

—Pues bien parece—replicó el paje de los Duques—que se asemeja vuestra llegada á la que yo efectué la vez primera que vine á esta aldea por orden de los señores Duques, los cuales intentan, según me presumo, venir á ella pasados unos cuantos días.

—Mucho se alegrarían mis señores—repuso el paje de D. Fernando

—de hallarse en este lugar á la vez que vuestros amos, porque, según tengo entendido, gustaría sobremanera de conocer y tratar á sus Excelencias, por tener conocimiento de que fué muy grande la amistad que sintieron por el expresado caballero andante, amistad, si bien sentida por mis señores amos, no tan bien expresada como por los señores Duques.

—¿Pero desconocéis la causa—repuso el paje del Duque—que impida á D. Fernando y á D.ª Dorotea llegar á esta aldea, en ocasión del fallecimiento de Don Quijote?

—Sólo puede ser la causa—replicó el otro paje—el estado excepcional en que se halla la señora.

—Bien debe ser esto así—expresó el paje de los Duques;—porque, según tengo entendido, muchos disgustos y ansiedades sufrió la señora D.ª Dorotea para lograr el supremo bien de que disfruta; como no fue-

ron menos las penalidades que conllevaron un tal Cardenio y la que después fué su esposa, llamada Lucinda, por haber sentido por ésta el referido D. Fernando una pasión momentánea que borraron de su pecho los hidalgos sentimientos de su noble cuna. Pero poco afecto soy de conocer y de indagar vidas ajenas; y así no me entremeto ni procuro averiguar lo que nada me importa; cada cual mire por sí, y la gracia de Dios no nos abandone en ningún momento de nuestra vida.

—Bien me ha parecido, señor mío —dijo el paje de D. Fernando,—que no os habéis visto ni entendido cual yo en casos demasiado originales; y digo esto, porque viene á la memoria mía cierto lance ocurrido en Andalucía; y en el cual me hallé, por haber perseguido unos pajes y servidores á un mancebo, disfrazado de mozo de mulas, hijo de una gran y principal familia. Este mancebo es-

taba enamorado de la única hija de cierto Oidor que marchaba para las Indias; ¡y vaya si cantaba á maravilla el tal mancebo cierta canción, que empezaba de esta suerte:

> Marinero soy de amor,
> Y en su piélago profundo
> Navego sin esperanza
> De llegar á puerto alguno,

causando la admiración de todos cuantos le escuchaban! Y de todo esto tuve conocimiento cuando yo comencé á servir á mi señor D. Fernando; el cual estaba por entonces enamorado de una señora que después casó con yo no sé quién, y mi señor lo hizo con mi señora D.ª Dorotea. Verdad que en Andalucía los lances de amor llevan otro camino que las pesadas y mal cristianas bromas aragonesas.

—Vaya, señor mío—exclamó el paje de los Duques,—no sé cómo calificáis de broma andaluza el colgar de una ventana á un hombre su-

jeto por la muñeca; broma que efectuaron dos mozas al servicio de una venta, con el caballero Don Quijote de la Mancha; y cuente vuesa merced que si las bromas dadas por los hombres se pueden calificar contrarias á nuestra santa Religión, no sé cuál concepto merecerán las realizadas por las referidas mozas de la venta; porque al fin la delicadeza y el sentimiento se muestran más en las mujeres que en los hombres.

—Eso debió de haber sido así—replicó el otro de los pajes,—cuando la señora Duquesa no se opuso enérgicamente á la cencerrada gatuna que en su mismo palacio le dieron á Don Quijote cierta noche, cuando cantaba al són de una vihuela, recibiendo tantos mordiscos y arañazos en el rostro, que le tuvieron recogido y en cama por espacio de cinco días. ¡Y yaya si son ligeras y graciosas las bromas aragonesas!

—Vamos, amigo—manifestó el

paje de los Duques,—que en Andalucía el manteamiento de Sancho fué una bromita algo más que pesada, en el cual intervinieron cuatro perayles de Segovia, tres agujeros de Córdoba y dos vecinos de la heria de Sevilla, sin que el ventero dejara de tomar parte en la broma.

—Broma ligera—dijo el otro de los pajes,—la usada en el Aragón, como fué el prenderle fuego por bajo de la cola al caballo Clavileño, que estaba cargado de cohetes voladores y salir éste volando por los aires, cuando montaban en él Don Quijote y Sancho con los ojos vendados, cayendo éstos desde una gran altura, que bien pudieron romperse el cuerpo y el alma. Y no quiero recordar las angustias que sufrió el pobre de Sancho la última noche de su gobierno en la Insula Barataria, cuando el supuesto asalto de la Insula, broma en la que sube de punto la caridad cristiana de los aragone-

ses; y recuérdelo quien hiciere memoria de aquel lance. ¡Bien por las gracias aragonesas!

—Muchas y grandes cosas pudiera decir á vuesa merced—dijo el otro paje de los Duques;—pero dejemos esta conversación por cuanto nos pueda convenir, y veamos de hacer los preparativos de nuestra marcha.

Dirigiéronse los pajes á casa del cura Pero Pérez, para recibir la contestación que habían de llevar á sus amos respectivos.

CAPITULO IX

DE LO QUE PASÓ ENTRE EL CURA PERO PÉREZ, SANCHO PANZA, TERESA Y SANCHICA

DESPUÉS de haberles hecho entrega el cura Pero Pérez á los pajes recién llegados á la aldea de las cartas que habrían de entregar á sus amos respectivos, trató de descansar un breve rato, para después coordinar mejor sus ideas; mas no pudiendo conciliar el sueño, se decidió por salir de su casa para ir á visitar á Sancho y ver si, atendido su estado, podría anunciarle la próxima llegada de los excelsos huéspedes que habían de honrar aquella aldea y la causa de su viaje.

Hallóle incorporado en su lecho, con alegre semblante y administrándose un muy respetable tazón, y no de agua de achicoria, contraviniendo á lo dispuesto por el médico, que le había ordenado un alimento prudencial; pero él le decía á su mujer que la dieta exagerada ya la había experimentado cuando fué Gobernador, maldiciendo aún todavía del Dr. Pedro Recio de Agüero siempre que tal nombre y el recuerdo de lo que sufrió por su asistencia le venían á la memoria; que él se hallaba bien y que su mayor deseo era el de abandonar aquella cama, que entonces le enojaba tanto como la echó de menos muchas veces cuando se anduvo por aquellos andurriales de marras.

—¡Bien, bien!—díjole el Cura al verlo.—Buen semblante y buena disposición. ¡Ya veréis cuán presto os vuelve la salud que todos os deseamos!

—Agradezco á vuesa merced, señor Cura—dijo Sancho,—sus palabras y deseos, como también los cuidados que me ha prodigado durante estos días, y no tengo para corresponderlos otra cosa que un buen cariño y una buena voluntad para servirle mientras me dure la vida.

—Vuestra lealtad, Sancho amigo, como vuestro afecto y buena voluntad, son sus mayores tesoros, que muchos debieran de envidiarle, si bien nadie podrá arrebatárselos. Pero dejemos esta plática para comunicarle una noticia que bien creo será de su agrado.

—Diga, pues, vuesa merced—díjole Sancho,—y le prometo que si la nueva es alegre, haré que mi oíslo, aquí presente, mate una gallina blanca; que si fuere triste, ordenaré que sea la más negra de nuestro corral.

Rióse el Cura de la ocurrencia de

Sancho, y más aún cuando le oyó decir á Teresa Panza:

—Debe de ser buena esa noticia, marido mío, porque, anticipándome á vuestro deseo, y como anunciándomela el corazón, desplumé esta mañana la más blanca de cuantas llegué á ver.

—Bien lo creo así—manifestóle Sancho,—porque súpome más á rica leche que á sustancia de gallina lo que me habéis administrado; ¡tal sería de blanca la de que habláis! Pero adelante, señor Cura, que si es presagio de mi mujer, buena ha de ser.

—Dejaos de burlas—replicó Teresa, apartando el tazón que aquél había consumido,—que muchas veces.....

Interrumpióle Sancho diciendo:

—Soléis dar en la herradura en vez de dar en el clavo.

—Me conformo con vuestras cosas, marido, porque al fin veo, y me

alegro mucho, que volvéis á ser el Sancho de antaño. Venga esa noticia, señor Cura, que ya la espero con impaciencia.

—Pues bien, sépanlo de una vez —dijo éste:—acabo de recibir una carta de los Duques anunciándome su visita á este lugar y por sólo dos días.

Abrió Sancho los ojos desmesuradamente, y queriendo arrojarse de la cama, exclamó:

—¡Cómo! ¡Cómo es eso! ¿Los Duques aquí? ¡Teresa! ¡Sanchica!—gritó.—¡Vengan mis mejores ropas! ¡Aderezad al rucio con sus más lucidas galas! ¡Venid, venid todos conmigo á recibir á Sus Excelencias!

—Poco á poco, amigo Sancho—díjole el Cura conteniéndolo;—los Duques no han salido aún de su castillo ni se hallan en camino; sólo me anuncian su pensamiento y deseo de venir á este lugar.

—Ya, ya—dijo Sancho más tranquilo;—preparémonos entonces para cuando ello sea. ¡Con cuánto placer y pena, bien lo sabe Dios, he de volver á verlos!—exclamó, enjugando sus ojos preñados de lágrimas.

Y volviéndose hacia su mujer, díjole en extremo compungido:

—¡Teresa, Teresa mía! ¿Has oído? ¿Será verdad tamaña ventura?

—Y ¿por qué no había de serlo, Sancho de mi alma?—exclamó Teresa, mostrando la mayor alegría.—¡Oh, qué dicha tan inesperada! ¿La Duquesa aquí? ¿Será posible que venga á visitarme mi amiga la Duquesa, como en su carta me llamaba? ¡Cuánto placer para mí! ¡Cuánta no será la envidia de las señoronas empingorotadas de este lugar cuando me vean con la Duquesa y al lado de la Duquesa y en el coche de la Duquesa! ¡Ay! ¡Con cuánto gusto quisiera hoy verme Condesa para honrarla más y más con mi grandeza

y mi título! ¿Lo ves, Sancho mio? Hoy te pesará en el alma el haber dejado tan presto aquel Gobierno, del que hubieras obtenido, como de ordinario suele acontecer, honores, títulos y dineros; pero, en fin, no perdonaré á quien deje de llamarme delante de Sus Excelencias la señora Gobernadora, con el vuestra señoría correspondiente.

Sonreíase el bueno de Sancho y admirábase el Cura al escuchar á Teresa, y decíase para sí: «¡Siempre la misma! Por nada trocaría sus ilusiones, aunque se lo pidieran frailes descalzos.»

—Ahora bien—díjoles,—ya que sabéis lo que ocurre, preciso se hace que todos nos unamos á maese Nicolás, el barbero, que ya estará informándose para ver de conseguir el mejor alojamiento posible para tales personajes.

—¡Cómo! Aquí, en mi casa—dijo Sancho.

—No, amigo mío—díjole el Cura,—eso no es posible; por más que ello implica un buen deseo, no deja de ser un completo desacierto. Vos, que conocéis mejor que todos nosotros las grandezas á que están acostumbrados esos señores, ¿os atreveríais á ofrecerles las miserias de vuestro hogar?

—Sí, sí, tenéis razón—dijo Sancho;—pero, entonces, ¿dónde hallar aquí, en esta aldea, alojamiento digno de los Duques?

—Dejemos al cuidado de nuestro barbero—expuso el Cura—semejante negocio.

—¡En buenas manos está el pandero, que lo sabrá bien tañer!—dijo Sanchica, la que hasta entonces no había pronunciado palabra alguna, enmudecida de puro gozo.—Pero, señor Cura, ¿quién ha sido el portador de esa carta que tales y tan alegres nuevas comunica?

Á lo que el Cura le contestó:

—¿Quién mejor habría de ser sino el mismo paje de los señores Duques que trajo para vuestra madre la primera carta y aquella sarta de corales?

—¡Ay, madre!—exclamó Sanchica.—¡Dejadme ir á verlo; yo quiero verlo!

—¡Calla, hija!—díjole Teresa.—No es bien que una muchacha de tu edad se permita tamaña desenvoltura; además, considera que eres hija de uno que fué Gobernador, y cual el tiempo, cual el tiento, cada uno ocupe su sitio y Dios nos mire á todos con buenos ojos.

Despidióse el Cura de la familia de Sancho y fuese á su casa para esperar la hora de la tarde.



CAPÍTULO X

DE LA NUEVA ENTREVISTA HABIDA ENTRE EL CURA Y EL BACHILLER, É INTERVENCIÓN EN ELLA DE MAESE NICOLÁS EL BARBERO.

Si muchas penas angustiaban el corazón de nuestro Licenciado al recordar las que sufría su amigo el Bachiller, vinieron á aumentárselas las dos cartas recibidas, y cuya contestación iba ya de camino.

Llegó la hora de la tarde, y sin dejar de bullir en su mente el asunto de los Duques, que vino á desvanecer el que al Bachiller se refería, vióse sorprendido por la llegada de éste, diciéndole:

—Hora es ya, señor Licenciado, de emprender nuestro paseo y de continuar la conversación pendiente; porque cada una que pasa lo es para mí de sufrimiento y de pena, y me he propuesto fijar precisamente los hechos para venir á una solución definitiva.

—Paréceme, señor Bachiller—dijo el Cura,—que bien pudiéramos dejar en suspenso hasta otro día el continuar tratando de vuestro asunto, aunque me apena tanto como á vuesa merced este aplazamiento; y débese ello á hallarme sumamente preocupado con motivo de esta carta que hoy mismo he recibido: puede vuesa merced leerla, porque no es justo que ignore lo que en breve habrá de saber.

Tomó el Bachiller la carta que el Cura le ofrecía y leyóla muy despacio, como meditando y procurando penetrar el doble sentido que pudiera aquélla envolver; separó su

vista de la carta para fijarla en la del Cura atentamente y de una manera inquisitorial. Inquietóse el Licenciado ante aquella penetrante mirada, lo cual vino á acrecentar la malicia y sospecha que invadieren el ánimo del Bachiller.

—Vaya, señor Licenciado—díjole Carrasco con cierta sorna,—que es bastante original el contenido de esta carta, y bien presumo lo que no me podéis negar, que á la vez de ésta, otra habréis recibido.—Vaya, vaya—continuó sonriendo y golpeando suavemente el hombro del Licenciado,—sed franco conmigo y no me ocultéis lo que pueda interesarme.

Dudó el Cura por un instante sin comprender el verdadero sentido de aquellas palabras; pero creyendo que también debía comunicarle la carta de D. Fernando, y pareciéndole que á ella pudiera referirse, díjole:

—

—En efecto, no lo puedo negar; y ¿qué interés sería el mío en ocultarlo? Sí, he recibido otra.

—No podía menos de ser así—contestóle Carrasco;—y en ella le explicará el Duque reservadamente á vuesa merced el verdadero motivo que le impulsa á venir á este lugar.

—Pero ¿qué me estáis diciendo, amigo mío?—exclamó el Cura.

—Dígole á vuesa merced—contestó Carrasco—lo que yo bien me presumía: el Duque habrá sabido la muerte de Don Quijote, ocasionada por haberle yo vencido, y, como amigo íntimo que fué de él, se dispone á venir á este lugar, y ¿sabéis para qué?

—Bien claro lo expresa su carta—díjole el Cura.

—Nada de eso, señor Licenciado—se apresuró á manifestarle el Bachiller;—viene á vengar la muerte de Alonso Quixano; y como sabe

muy bien que ha de hallarme en esta aldea, viene derechamente en busca mía; porque yo fuí el matador de Don Quijote.

—¡Santa María! Callad, callad, amigo Bachiller; mirad bien lo que decís, que el señor Duque no piensa en desafiar, ni vuesa merced está en el caso de guardarse de él. ¡Válgame el cielo, y qué pensamientos tan originales le ocurren!

—Nada, nada, no—gritóle Carrasco;—seguro estoy, señor Cura, de lo que le acabo de expresar; y así me dispongo y me apercibiré para recibir á su Excelencia, que ¡voto á mil rayos! de hombre á hombre no va nada, si bien reconozco llevar en contra mía mi propia conciencia que me arguye, y que al Duque le asisten la razón y la justicia. ¡Quizás logre con la muerte que me amenaza la tranquilidad que deseo!

Apenas podía creer el Cura lo que estaba oyendo, ni sabía de qué me-

dio valerse para averiguarse con su amigo, en vista de la tenacidad con que aseguraba y porfiaba, dudando si contrariarle enérgicamente por tan raro pensamiento, ó avenirse en parte con él para templar su exaltación; pero la oportuna llegada de maese Nicolás vino á despejar aquel nublado de inquietudes que sobresaltaba el ánimo del Cura. Disimulando éste su alteración, díjole á aquél:

—Y bien, maese Nicolás, ¿son buenas ó malas nuevas las que me traéis? Supongo que no habréis perdido el tiempo.

—Algo se ha hecho—contestó el Barbero,—pero nos hallamos aún muy distantes de nuestro propósito. Las mejores viviendas que he examinado no satisfacen ni con mucho; sólo cifro mis esperanzas en conseguir lo que por mediación de nuestro amigo el Bachiller puede lograrse, y celebro que se halle pre-

sente para que nos diga si podemos ó no contar con él.

—Sepamos de qué se trata—dijo éste.

—El señor Cura—prosiguió el Barbero — habrá comunicado á vuesa merced que los señores Duques piensan venir á esta aldea para visitar la tumba de Don Quijote.

—Sí, sí—díjole el Bachiller, sonriéndose,—ése es el pretexto, adelante.

—¡Cómo el pretexto!—replicó sorprendido maese Nicolás.—¿Qué otra razón pudiera mover á su Excelencia para emprender tan enojoso viaje y sufrir las molestias que le esperan?

—Yo bien me sé la razón—díjole Carrasco con energía,—y punto redondo.

Miró el Barbero al Cura, y observó que éste le hacía del ojo con gran disimulo; y comprendiendo que no

debía proseguir interrogando, se limitó á decir:

—Ahora bien; comprometido con el señor Cura á buscar el mejor alojamiento para tan encumbradas personas, y empezadas mis gestiones, no he logrado hasta ahora más que el haber sabido que D. García de Torres, nuestro hidalgo y rico convecino, ha marchado para la vendimia á sus posesiones de Villarrubia.

—Sí, ya comprendo—exclamó el Cura,—y mediando su permiso nos podía ceder su casa por tan breves días. ¡Albricias, maese Nicolás! Esa casa no es un palacio, pero, en fin, quedarían satisfechos mis deseos si tal se consiguiera.

—Mas para ello—expuso el Barbero—se hace indispensable la mediación del señor Bachiller, que casi es pariente de D. García. Con cualquiera otro podría excusarse; á nuestro amigo, creo no le negará este favor.

—¿Y recurrís á mí para tal asunto, maese Nicolás?—manifestó Carrasco.—¿Creéis, por ventura, que, penetrado del objeto que impulsa al Duque á venir á este lugar, sea yo el que le proporcione casa donde alojarse y las mayores comodidades que en el mismo se disfrutan? Vamos, ó me tenéis por un inocente, ó estáis fuera de vuestro juicio.

Absorto quedó el Barbero al oir semejantes observaciones, y no cesaba de mirar al Bachiller y al Cura; pero á otra seña de éste, dijo:

—Entonces será preciso que en algún lugar inmediato á esta aldea se les proporcione lo que aquí no es dable encontrar.

—Eso, eso sí—exclamó Sansón Carrasco;—y vean cómo puedan vuesas mercedes arreglarse. Quédese el Duque en buen hora en donde mejor le parezca, que yo me obligo á buscarle y á entenderme con él.

Cada observación del Bachiller

aumentaba más y más la inquietud del Cura, como la admiración del Barbero; y no sabía éste qué hacer, ni qué pensar, ni qué decir; pero la discreción del Cura vino á poner término á esta escena tan enojosa para él como incomprensible para maese Nicolás, diciendo:

—Bien, ya veremos lo que haya de hacerse; porque, bien mirado, no debe ser este asunto causa bastante para que nuestro buen amigo el Bachiller se disguste y se enoje. ¿Habéis visto, maese Nicolás, cómo adelanta la convalecencia de Sancho?

Bien entendió el Barbero que el Cura trató de cortar la conversación anterior, y díjole:

—Ciertamente, señor Cura; y voy á verle en este momento, porque en todo el día no me ha sido posible el visitarlo.

Despidióse y salió atónito, sin darse cuenta de lo ocurrido. Juntos

permanecieron, aunque por muy corto tiempo, ambos interlocutores; procurando el Cura evitar que la conversación recayera sobre el tema en que últimamente había dado el Bachiller; y así dijo:

—No debemos olvidar, amigo mío, la obligación que nos impone el testamento de Don Quijote, y ruégole que en el día de mañana procedamos á cumplirla.

—Convenido, señor Cura, descartemos esos trabajos, para ocuparnos después.....

—Sí—interrumpióle el Licenciado,—terminado ese asunto, que nos ocupará poco tiempo, trataremos con detenimiento del que á su merced le preocupa. Por ahora, dispénseme, pues me debo á muchos cuidados y preparativos.

—Yo también—dijo Carrasco—tengo que hacer los míos, por aquello de que hombre apercibido vale por dos.

Despidióse del Cura y fuése éste precipitadamente hacia la casa de Sancho, á fin de impedir la entrada del Barbero en ella y darle cuenta del estado en que suponía se hallaba el Bachiller, y explicarle la escena que había presenciado. Hallóle, en efecto, en la calle, y, llamándolo, volvióse aquél á las voces que le daba.

CAPÍTULO XI

DE LA NUEVA QUE EL CURA PERO PÉREZ LE COMUNICÓ Á MAESE NICOLÁS EL BARBERO

ALÉGROME de veros, señor Cura—dijo maese Nicolás,—para que me digáis qué le ocurre á nuestro Bachiller; porque sus incomprensibles palabras y las repetidas señas que vuesa merced me hizo durante nuestra conversación en vuestra casa, me han producido tal confusión, que no sé qué pensar.

—Venid conmigo—manifestóle el Licenciado,—pues creo inoportuno deciros lo que pasa á la presencia de Sancho; tengo mis motivos para que éste ignore lo que más adelante llegará á saber.

—Esas frases de vuesa merced me confunden aún más de lo que estoy —replicó el Barbero.

—Dos palabras os bastarán—díjole el Cura—para que lo comprendáis todo; pero venid conmigo, os repito, donde sólo vos podáis escucharme.

Apartáronse de la casa de Sancho; y llegados á un sitio que al Cura le pareció conveniente, éste dijo al Barbero:

—Ya habéis observado que desde la muerte de Don Quijote viene el Bachiller dando muestras de una profunda tristeza y de un abatimiento sin límites. Hasta ahora todos hemos venido suponiendo que ese estado en que se hallaba era hijo del sentimiento experimentado por la pérdida de nuestro amigo; pero, en verdad, no es éste el verdadero motivo; eslo, sí, creer, insistir y persistir en la idea de que él es el matador de Don Quijote, puesto que á

virtud de aquel vencimiento le sobrevino la muerte.

—En parte lleva mucha razón—dijo el Barbero.

—Hay mucho que hablar sobre ese punto, maese Nicolás—contestóle el Cura,—pero es el caso que ha venido á dar en la flor, que va transformándose en desvarío, de creer y sostener que Don Quijote no estaba loco, y que él se considera como un criminal y homicida, merecedor de un castigo que juntamente reclaman su espíritu y su cuerpo. A tal punto llega su perturbación, que hoy mismo y á vuestra presencia ha venido á expresarse en los términos que habéis escuchado y no comprendido; pues al tener conocimiento de la venida del Duque, ha supuesto nuestro desdichado amigo que viene á impulsos de un vengativo deseo, esto es, que el Duque ha tomado como pretexto el visitar la tumba de Don Quijote

para realizar la venganza de su muerte, y que viene derecha y decididamente contra él.

—¡Jesús, Jesús!—exclamó el Barbero.—No creería semejante nueva, si otro que vos me la comunicara. Sí, bien lo veo; el Bachiller experimenta una completa perturbación mental, y si, por lo que vuesa merced me dice, esto va en aumento de día en día, preciso se hace el adoptar una determinación, porque Dios sabe el conflicto en que nos podemos ver á la llegada de los Duques.

—Precisamente eso es lo que más me inquieta—dijo el Cura,—y hay que evitarlo á todo nuestro poderío; pero afortunadamente aún tardarán algunos días en llegar los señores Duques, y mientras veremos lo que haya de hacerse. En cuanto al alojamiento, debemos prescindir en absoluto de la intervención del Bachiller, y creo que una carta expresiva que yo le dirija y vos mismo la

llevéis á D. García, será bastante para conseguir el permiso que deseamos. A Sancho nada hay que decirle por ahora, del estado del Bachiller, y quiera Dios que en cualquier entrevista que entre ellos pueda mediar no saque el Bachiller á la plaza lo que Sancho debe ignorar.

—Bien lo temo—dijo el Barbero,—porque los niños y los locos siempre dicen la verdad, y por la indiscreción del Bachiller bien pudiera sobrevenir un contratiempo inesperado. Sancho tiene adquirida de poco tiempo acá una exquisita penetración, y si llegase á comprender que Carrasco fué el Caballero de la Blanca Luna, el vencedor de su amo querido, y, por lo tanto, el causante de su muerte, pudiera acontecer que la venganza que éste supone y teme de parte del Duque, la realizara Sancho, movido por la lealtad, entrañable amor y gratitud

que tuvo á su señor y amo, cuyos sentimientos aún viven en su corazón.

Separáronse, después de convenir en observar la mayor prudencia, y fuése cada uno á su casa para meditar á solas y largamente acerca de estos acontecimientos y de los que pudieran sobrevenir.

CAPÍTULO XII

DE LA MANIFESTACIÓN HECHA AL CURA PERO PÉREZ POR EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO.

No bien se mostraron á los mortales los primeros albores del siguiente día, que se anunciaba fresco y agradable, cual de suyo ofrece la plácida estación del otoño, cuando el cura Pero Pérez abandonando el lecho, en donde á duras penas logró descabezar el sueño, se dispuso á cumplir sus deberes religiosos dentro y fuera de su casa, y á esperar la hora conveniente para reunirse con el Bachiller y visitar al ama y á la sobrina de Don Quijote, las que, sin duda

alguna, estuvieron esperándolos durante todo el pasado día.

Trascurridas las primeras horas de la mañana, alegróse en extremo por la llegada de maese Nicolás, el cual le dijo:

—No he dejado de pensar, señor Cura, acerca de la dolorosa nueva que vuesa merced me comunicó anoche, referente á la enfermedad del Bachiller, y ya que no tan sólo se nos resiste á facilitar los medios de que nos procuramos valer para conseguir el permiso de D. García, sino que, según sospecho, quizá pretenda estorbar ó impedir la realización de nuestro proyecto, estimo oportuno que luego, luego escriba vuesa merced la consabida carta, á fin de salir hoy mismo para Villarrubia.

— Me parece conveniente lo que me habéis dicho — expresóle el Cura, — porque además de esa razón existe la no menos poderosa de que

podemos vernos sorprendidos en la hora más impensada por la llegada de los Duques.

— Convenido — contestó el Barbero,—y no perdamos tiempo alguno, que en la tardanza puede estar el peligro; mientras vuesa merced escribe, yo haré mis preparativos para el viaje.

Despidióse del Cura, y éste comenzó á escribir la carta cuya respuesta debería recibir aquella misma noche. Concluído su trabajo, se dijo: «¡Ea, pues! á la mano de Dios y esperemos el resultado; después de todo es un alto honor para don García y para su casa: no todos los días se presenta la ocasión de que un Príncipe, un Duque ú otra alta dignidad honre con su visita á una aldea tan miserable como ésta, en la que, bien seguro estoy, vivirá por muchos años el recuerdo que deje aquél, debido á su munificencia y rasgos tan caballerescos como

caritativos. Bien se lo manifiesto así á D. García, y no dudo que, siendo un hidalgo reconocido, mirará tanto por su honra cuanto por el bien que á esta aldea le espera.»

Satisfecho de su carta, esperó la vuelta de maese Nicolás para hacerle entrega de ella. No tardó mucho en llegar éste, y habiéndole indicado los términos que aquélla contenía, todo lo cual aprobó el Barbero con verdadero entusiasmo, diósela y echóle la bendición, deseándole un viaje feliz y que Dios le acompañara.

Llegó la hora en la que, en unión del Bachiller, fuése á la casa del ama y sobrina de Don Quijote, y durante el camino díjole Sansón Carrasco:

—Quisiera, señor Cura, oir vuestra opinión acerca de un punto en el cual he dado en pensar toda esta noche pasada, y que me aconsejara lo que mediando vuestra discreción

y prudencia creyese más oportuno.

—Puede vuesa merced decirme lo que ha pensado — manifestóle el Cura,—y contad con mis mejores deseos para ver de aconsejarle lo que más pueda ser en vuestro provecho.

Observó el Cura que en la manera de expresarse el Bachiller y hasta en su propio semblante se marcaban una tranquilidad y un reposo de que estuvo muy lejos de esperar, y por ello se dijo: «¿Será un momento de lucidez, ó una de esas treguas que el mal ofrece antes de su completo desarrollo?»

— Bien sabéis—expúsole Carrasco—que tengo recibidas las cuatro primeras órdenes para seguir la carrera de la Iglesia, á la que mis padres, juntamente con mis anteriores propósitos, me inclinaron. Créome á tiempo de cambiar de carrera, porque, de seguir la que tenía comenzada, se avendrían muy mal la

paz y la mansedumbre, que de suyo pide el estado esclesiástico, con los bélicos ardores de que hoy me siento poseído.

—¡Dios mío, adónde irá á parar este pobre Bachiller! —se dijo el Cura.

—Ya pasaron los tiempos aquellos — continuó Carrasco — en que los abades, priores y hasta los obispos poníanse al frente de sus huestes, como esforzados caudillos, para entrar en batalla, figurando entre otros muchos los Çisneros y Mendozas; hoy en día la misión del clero es otra muy distinta y ajena por completo á peleas y contiendas, porque no hay en España terrenos que reconquistar ni moros á quienes extinguir. He pensado, pues, que á la edad en que me hallo, porque aún no he cumplido los veinticinco años, puedo prestar á mi patria un servicio más directo con el ejercicio de las armas, á que me siento

inclinado, que llenando pacíficamente los deberes de la Iglesia, los que, si bien no me repugnan, mírolos hoy con alguna prevención, y de esta suerte quizás logre redimirme de este horrible cautiverio en que me hallo, luchando en Italia contra el turbulento Duque de Saboya y á las órdenes del de Mantua ó del Marqués de la Hinojosa.

Meditó el Cura un instante, y pasado éste, díjole:

—Ni apruebo ni me opongo á vuestro pensamiento: hemos de ocuparnos detenidamente acerca de ese asunto, en el que vuestros padres deberán intervenir.

—Mis padres—contestó Carrasco—no creo que puedan oponerse, porque siendo yo el único varón se alegrarán de este cambio de carrera, toda vez que, dejando de ser célibe, podrán ver prolongada la rama de los Carrascos.

—Es muy cierto—díjole el Cura

con disimulada alegría,—y hasta yo mismo apoyaría con gran gusto la idea de que vuesa merced cambiara de estado, procurando enlazarse con persona digna y de su clase, de reconocida honradez y modelo de virtudes, como es un vivo ejemplo que honra á esta aldea la sobrina del que fué nuestro amigo, Alonso Quixano el Bueno; pero entremos en su casa y veamos de cumplir nuestro cometido.

Con lo cual terminó el Licenciado su observación, por hallarse ambos á las puertas de aquélla.

CAPITULO XIII

DE LO QUE TRATARON EL CURA Y EL BACHILLER

Entraron en la casa, el Bachiller algo impresionado por las últimas palabras del Cura, y éste meditando las consecuencias de lo que acababa de expresar, diciéndose á sí mismo: «Quizá sea ello un remedio; locura contra locura.»

Halláronlas ocupadas á ama y sobrina en las continuas haciendas de la casa; y conocedoras del objeto de la visita, les entregó esta última una no muy extensa nota, hecha por ellas, de todo lo que les constaba

que debía de pertenecer al cuerpo general de bienes.

—Ahí tenéis — díjoles — el resultado de nuestro trabajo, que habrá de facilitar muy mucho al que incumbe á vuesas mercedes; sírvanse de apreciar todo cuanto en la nota aparece, que, siendo la única heredera de mi tío, á nadie tendré que dar cuenta, ni espero que alguno me la exija.

—Yo creo — manifestó el Cura, — y no dudo, de que el Sr. Bachiller se hallará conforme en ello, que bien podemos excusar el aprecio de todos los bienes, precisamente por la razón que acabáis de expresar, y que debemos limitarnos á señalar prudencialmente una cantidad para atender al costo de las exequias, que deberán ser muy modestas, y al pago de varias misas que durante algunos días se habrán de decir en sufragio del alma de su señor tío.

—Es el caso—manifestó la sobrina,—y me da pena el decirlo, que los últimos ducados de que hemos podido disponer se han consumido en su enfermedad y modestísimo entierro, y tendré que esperar la ocasión de vender algunos semovientes ó alguna de las pocas tierras que ha dejado como caudal, para cubrir tantas atenciones como en el día nos rodean.

—Vuesa merced no debe de inquietarse por tan poca cosa—díjole el Bachiller, dirigiéndola una expresiva mirada, de la que ella no se dió cuenta, si bien no dejó de notarla el Cura;—yo me permito—continuó aquél—ofrecerle cuanto pueda necesitar.

Agradecióle la sobrina aquel ofrecimiento con muy comedidas frases, y volviéndose hacia el Cura, díjole:

—Dejo en manos de vuesa merced la manera y forma de proceder que estime más conveniente.

—Todo tendrá su arreglo — contestó el Licenciado;—por ahora debemos ocuparnos de liquidar la cuenta del salario por el tiempo que ha servido el ama en esta casa, agregando al importe total veinte ducados más para un vestido, según se dispone en el testamento.

—Poco á poco, señor Cura—manifestó el ama;—porque si la voluntad de mi inolvidable amo fué la de que se hiciera esa entrega, es la mía la de dejar por hoy en suspenso el cumplimiento de esa manda para cuando buenamente pueda hacerla efectiva mi señora D.ª Antonia, fijando en lo que ella quiera estimar el precio de mis servicios.

—Si tal es vuestro deseo—expresó el Cura,—y á ello se aviene doña Antonia, no hay más que decir.

—Acepto la cariñosa proposición del ama—dijo ésta;—pero le ofrezco entregarle los veinte ducados á la brevedad posible.

—Respecto de la otra manda, relativa á Sancho Panza — expuso el Cura,—paréceme que para nada debiéramos ocuparnos, por estar muy clara y terminantemente determinada; sin embargo, debo de manifestar que en una ocasión hizo el difunto á éste el ofrecimiento de tres pollinos de los cinco que poseía y constarán en la nota que habéis formado, como también en otra vez el de las crías de las tres yeguas que quedan para parir en el prado concejil, sin tener yo que expresar, porque no hace al caso, las causas y razones que movieron á vuestro tío para ello; pero sí puedo asegurar la verdad de tales ofrecimientos como deuda de conciencia; y como mayor pago por los servicios prestados por Sancho, débese, según mi parecer, consultar con éste acerca de ese asunto, porque de contar con su renuncia podríase proceder cuanto antes á la venta de tales semovien-

tes en la primera feria que se celebre en cualquier lugar inmediato, encargándose de verificarla el mozo de campo y plaza que tenéis á vuestro servicio, y el que lo mismo ensilla el rocín como toma la podadera.

Quedaron todos conformes con la indicada propuesta, y obligado el Cura á entenderse con Sancho acerca de este particular; y ofrecióse, además, á avistarse con el Escribano, á fin de formular los documentos precisos para dar por terminada la misión que tanto á él como á Carrasco les fué encomendada.

Altamente satisfechos salieron de la casa el Bachiller y el Cura por haber invertido con gran provecho el tiempo que en ella pasaron, descartando esta obligación para poderse dedicar cada uno de ellos á otras que poderosamente les apremiaban. Antes de separarse, díjole el Bachiller al Licenciado:

—Hablaremos.

Contestóle el Cura con igual laconismo espartano.

—Hablaremos.

Entró el Cura en su casa, dispuesto á esperar la llegada del Barbero con la contestación de su carta, si bien preocupábale el atrevido pensamiento que se le había ocurrido y comunicado á Carrasco ensalzando las cualidades de la sobrina de Don Quijote, y hasta llegó á abrigar serios temores por las consecuencias que podría acarrear; porque no dejaba de comprender que en todos los tiempos el hombre ha sido débil y la mujer sensible, y que el ceguezuelo del Amor ha sabido siempre aprovechar las ocasiones para hacer de las suyas; y aunque nada podía sospecharse de que el Bachiller se dejara llevar de torcidas intenciones, que habían de estrellarse contra el fuerte muro de la acrisolada virtud de D.ª Antonia,

podía temerse que al considerarse ella atendida y halagada por las preferencias de aquél, llegara á interesar su corazón y sobrevenir por ello un nuevo conflicto, al que hubiera dado ocasión la aventurada y peregrina idea que le había ocurrido, aunque con el mejor deseo, de apartar al Bachiller de las preocupaciones en que se hallaba, y decíase: «Dios no quiera que por huir de la sartén, venga á dar en las brasas.»

Pasadas las horas de la tarde, impacientábase en extremo por la tardanza de maese Nicolás, temeroso de que algún accidente le hubiera ocurrido; pero hubo de poner término á aquella inquietud la llegada de éste, todo cubierto por el polvo del camino, el cual le dijo entregándole un pliego:

—Hé aquí la contestación á vuestra carta, que yo supongo satisfactoria, porque he recibido también del Don García esta orden por es-

crito para que se la entregue á Tomé Cecial, el encargado de cuidar la casa durante su ausencia.

Abrió el Cura precipitadamente la carta para él dirigida, y terminada su lectura, exclamó alzando los brazos:

—Demos gracias á Dios, maese Nicolás, por este beneficio que nos concede, y yo se las doy á vuesa merced por vuestra eficacia y diligencia prestadas en este asunto; mañana iremos á ver y entregar á Tomé Cecial la orden que le manda su señor y amo; visitaremos la casa y dispondremos lo necesario para el mejor acomodamiento de los pajes y servidores de sus Excelencias.

—Alégrome infinito del resultado de mi viaje—contestó el Barbero,—y haremos lo que vuesa merced disponga.

—Convenido — expresó el Cura; —idos á descansar y mañana será otro día, que yo voy ahora á casa

de Sancho á participarle esta nueva y hablarle de otro asunto.

Quedóse solo el Licenciado por un breve rato, durante el cual leyó de nuevo la carta de Don García y la orden para el encargado de la casa, y díjose: «Yo quiero hacer memoria de este Tomé Cecial.» Y quedando algún tanto pensativo, se dijo: «¡Ya! Sí, el compadre de Sancho; el que sirvió de escudero al Bachiller cuando se disfrazó de Caballero de los Espejos. Bien, bien.»

Y salió nuestro Licenciado para ir derechamente á visitar á Sancho.

CAPÍTULO XIV

DEL COLOQUIO SOSTENIDO ENTRE SANCHO PANZA Y SU COMPADRE TOMÉ CECIAL

CUENTA la historia (que por ser de todo en todo minuciosa y puntualísima, no quiso pasar en silencio pormenor alguno para el esclarecimiento de los hechos) que al mismo punto y hora en que el Cura y el Bachiller se ocupaban, en unión del ama y sobrina de Don Quijote, del testamento de éste, visitaba al convaleciente Sancho su amigo y compadre Tomé Cecial, después del largo tiempo que no le había visto, aprovechando la ocasión primera que hubo á mano. Durante la muy larga conversación habida entre

ellos, y después de haberse tratado de la enfermedad de Sancho, vino á recaer aquélla sobre el empleo ó colocación lograda por Cecial en la casa de D. García de Torres, diciéndole Sancho:

—Bien me alegro, hermano y compadre, de que la fortuna os haya favorecido, alejándoos de las penosas faenas del campo para llevaros á esa casa en la que vuestros quehaceres serán más llevaderos y se verán mejor recompensados.

—No debo tanto á la fortuna—contestó Cecial—como á la industria de que me he valido para haber de conseguir el bienestar de que disfruto; porque bien sabéis que el hombre pobre todo es trazas, y el que no mira adelante atrás se queda, y tomé la ocasión por el copete.

Á lo que le manifestó Sancho:

—¿Y puede vuesa merced, hermano, decirme cómo fué ello?

—Sí puedo—contestóle aquél;—

porque si en otro tiempo fué un secreto para mi señor el Bachiller Sansón Carrasco, hoy ya debe importarle bien poco ó nada que se sepa lo que hizo y en ello me metió con arcaduces, embustes y enredos, llevándome adonde fué y en donde nuestro Bachiller no logró hallar nidos pensando hallar pájaros y saliendo perdidoso y condenado en las setenas.

—Os entiendo, compadre, como si me hablareis en griego—díjole Sancho.

—Y yo—continuó Cecial—conociendo que por entonces parecía convenirle que no se supiera el propósito que le movió y su descalabro, prometíle guardar el secreto, á trueque de conseguir para mí, como lo he logrado, la plaza vacante en aquellos días, de servidor y guarda de la casa de su pariente D. García de Torres.

—Pero si como habéis dicho—ma-

nifestóle Sancho,—ya no hay caso para guardar el secreto, bien podréis satisfacer mi curiosidad.

—Bien claro os lo dije en cierta ocasión, amigo—expúsole Cecial,—sólo que no sé qué influencias vinieron á obscurecer vuestro entendimiento ó á poner una venda sobre vuestros ojos.

¡Cuerpo de mi padre! ¿No recordáis la noche en que cenásteis conmigo en cierta floresta, siendo yo el escudero del Caballero de los Espejos, y desfigurándome á vuestra vista con aquellas desmesuradas narices que tanto miedo os causaron?

—Sí que me acuerdo, y aun vuelve en mí, con vuestras palabras, la horrible impresión sufrida, pues os tuve por un desaforado vestiglo.

—Pues bien—prosiguió Cecial,—aquel escudero fuí yo, vuestro compadre, y aquel Caballero del Bosque no fué otro que el desventurado y mal aconsejado del Bachiller, á

quien salvé de una muerte segura después que vuestro amo le venciera en el encuentro habido, logrando en aquel lance la ventura de García.

—¡Ay, compadre, y qué gran día de gloria fué aquél para mi señor!—exclamó Sancho.—¡Pobre amo mío! ¡Qué contento y vanaglorioso quedó por haber alcanzado tan señalada victoria! Pues con todo, aún dudo todavía de lo que me habéis dicho.

—Hacéis mal, compadre—díjole Cecial,—porque sería no dar crédito á mis palabras, y no tengo para qué engañaros, cuando después de la batalla os dí señales ciertas de mi persona.

—Sí, sí, es mucha verdad—asintió Sancho;—¿pero podréis decirme qué razón movió á nuestro Bachiller para hacer armas contra mi señor Don Quijote, siendo tan amigo suyo? ¿Qué disgusto pudo haber entre ellos, ni qué fundamentos para aquel desafío? ¿Fué la envidia ú otro mal

sentido propósito lo que inflamó el pecho del Bachiller? Vamos, compadre, que no alcanzo á comprender semejante misterio.

—No hay misterio que valga—dijo Cecial:—todo se reduce á lo que yo os manifesté en aquella misma noche, que, porque cobrara el juicio otro caballero, se hacía mi amo el loco, y se andaba buscando lo que yo no sabía si, después de hallado, le había de salir á los hocicos; y ese otro caballero loco, á quien él pretendía le volviese el juicio.....

—Sí, ya comprendo—dijo Sancho, triste y pensativo,—era mi amo, mi señor Don Quijote. ¿Y estáis bien seguro, compadre, de lo que habéis dicho?

—Sí, y mil veces sí—díjole aquél; —y lo juro por la gloria de mis padres.

—Todo lo creo ahora, mediando vuestro juramento—replicó Sancho. —Y dígame vuesa merced, porque

por el hilo se saca el ovillo: ¿el que hace un cesto, no hace ciento?

—Ciertamente—exclamó Cecial.

—Y bien—continuó Sancho, poniéndose un dedo sobre la frente, como acostumbraba hacerlo cuando mostraba discurrir,—¿no puede creerse que habiéndose fingido el Bachiller el Caballero del Bosque, sin haber logrado su intento, se haya de nuevo disfrazado del de la Blanca Luna para conseguirlo?

—No sólo debe sospecharse, sino afirmarse—dijo Cecial;—y si no quiso llevarme consigo á Barcelona, sería para que vuesa merced no me reconociera de nuevo. Creo tener entendido que el que le sirvió esta segunda vez de escudero fué Tomasillo, el hijo del herrero.

—Vaya, vaya, lo que vamos descubriendo—dijo Sancho, cada vez más pensativo.—Bien se ha dicho que nada puede estar oculto debajo del cielo. Mas esperad, hermano,

que ahora quiero recordar..... ¡Teresa! ¡Teresa!—gritó llamando á su mujer.

Apareció ésta, hilando, como de costumbre, un copo de estopa.

—¿Qué me queréis, marido, que tales voces me dais? ¿Qué os duele, ó qué mal os hace nuestro compadre?

—Callaos, mujer, y dejaos de dolencias. Buscad y traedme al punto la carta que para mí mandasteis escribir cuando yo era Gobernador, la que entre otras yo traje y debéis de tener guardada.

—¿Para qué la queréis, si no sabéis leer,—díjole aquélla.

—Traedla y dejadnos solos—contestóle Sancho.

—Amén—manifestó Teresa;—que á la mujer casada, el marido le basta.

Fuése, quedando los dos compadres en silencio hasta la vuelta de Teresa, la que dijo á Sancho, entregándole la carta:

—Esa es la que me habéis pedido,

y ved el uso que hacéis de ella; que el que da el consejo, da el tostón.....

Marchóse, y díjole Sancho á Cecial:

—Vos que sabéis leer, leedme esa carta.

Comenzó Cecial su lectura, sin dejar de sonreirse hasta terminar la primera parte, por las cosas que Teresa comunicaba á su marido; mas al llegar á la segunda mitad, díjole Sancho:

—Fijaos bien, compadre, en esas palabras que vais á leer, que ahora he recordado y que me han dado en qué pensar.

Prosiguió aquél la lectura, diciendo:

—«El Cura, el Barbero y el Bachiller, y aun el Sacristán, no pueden creer que eres Gobernador, y dicen que todo es embeleco ó cosas de encantamento, como son todas las de Don Quijote, tu amo; y dice Sansón que ha de ir á buscarte y á sacarte

el gobierno de la cabeza, y á Don Quijote la locura de los cascos» (1).

—¡Punto ahí!—exclamó Sancho. —¿Qué quieren decir esas últimas palabras? ¡Ah, compadre, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! Ahora lo comprendo todo: ved, pues, si no he dado al punto en el hito.

—Dado habéis, amigo—díjole Cecial;—porque los propósitos del Bachiller están aquí muy claramente demostrados: ¿qué otro asunto púdole haber impulsado á marchar á Barcelona, sino el de buscar á Don Quijote, para sacarle la locura de los cascos, como así le dijo á vuestra Teresa?

—Sí—expresó Sancho, con profunda tristeza;—y no sólo le sacó la locura, como él se propuso, sino le arrebató la vida, ¡la vida, compadre

---

(1) Segunda parte, cap. LII, *Don Quijote de la Mancha.*

del alma!, y contra semejante hecho, el mismo cielo está clamando por un ejemplar castigo. Silencio, pues, amigo Cecial; esperemos los acontecimientos, que Dios consiente y no para siempre, y no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. ¡Oh, cuánto siento hoy que mi señor Don Quijote no hubiera seguido mi consejo, cuando viendo vencido á sus pies al Caballero de los Espejos, le dije: soy de parecer, señor mío, que por sí ó por no, hinque vuesa merced y meta la espada por la boca á éste que parece el Bachiller Sansón Carrasco: quizá matará en él á algunos de sus enemigos los encantadores (1)! Verdad es que al poner mi amo en ejecución este mi consejo, acudisteis vos para impedírselo.

—¡Y qué debía yo de hacer!—con-

---

(1) Segunda parte, cap. XIV, *Don Quijote de la Mancha.*

testó Cecial.—Vile en peligro de una muerte segura, y no me fué dable proceder de otra suerte; en tal momento descubrí toda la verdad, á la que vos no disteis bastante crédito, y mucho menos vuestro amo, dominado por sus extraordinarios pensamientos.

—Sí, sí; pero silencio—dijo Sancho,—que siento la voz de su merced el señor Cura, y conviene que quede entre nosotros el secreto de nuestra conversación.

CAPÍTULO XV

EN EL QUE SE CONTINÚA LA MATERIA DEL ANTERIOR

Entró el Licenciado, y sin fijarse en el compadre de Sancho, dijo á éste:

—¡Albricias, amigo mío! Que ya hemos salido con buen suceso de la preñez en que nos hallamos.

—¿Y qué tal, señor Cura?—preguntó Sancho sonriéndose;—¿ha sido hijo, ó hija?

—Hijo, y muy hermoso—respondió el Cura;—tan lindo, que es una maravilla, y tan rollizo, que no hay más que ver.

—Vaya, bien—replicó Sancho;—¿y cómo le llamaremos?

—El alojamiento de los Duques

—dijo el Cura—ya lo hemos conseguido.

—Y ¿dónde está su merced de ese alojamiento, que tan bueno parece ser cuanto lo demuestran vuestro contento y alegría?

—Aquí, en nuestra aldea—manifestó el Cura.

—¿En este mismo lugar?—exclamó Sancho.

—No hay duda—díjole el Cura;—en esta misma aldea, que por la visita de los Duques será tan célebre en la Historia como lo es la villa de Cuacos, donde radica el monasterio de Yuste, por quien se albergó en él; como lo es la de Madrigal de las Altas Torres, patria de D.ª Isabel la Católica y del Tostado, y la de Valencia de Don Juan, donde estuvieron no há mucho nuestros reyes á visitar á la hermosa Diana, tan celebrada en sus versos por nuestro poeta Montemayor.

—No lo será tanto — manifestó

Sancho—por tal visita, cuanto por haber nacido en ella mi amo y señor querido; mas en resolución, ¿cuál es el alojamiento?

—¿Cuál otro podría ser—contestó el Cura,—que aventajara á la hermosa casa de nuestro convecino don García de Torres, hoy ausente por sus quehaceres de la vendimia?

—¿La casa de mi amo?—exclamó Cecial.

Fijóse el Cura en quien tal pregunta hacía, y reconociéndolo, dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, Tomé Cecial, compadre de nuestro buen Sancho y guarda hoy de la casa de D. García?

—El mismo—contestó aquél,—y para servir á vuesa merced.

—Mucho me alegro de veros aquí—dijo el Cura,—puesto que en el día de mañana habría de ir á entregaros esta orden que vuestro amo me envía para que pongáis á mi disposición la casa suya, con todos los me-

nesteres que encierra y contiene, á fin de que la ocupen por varios días unos excelsos huéspedes que esperamos.

—Puede vuesa merced entregármela y mañana le quedaré aguardando en la casa.

Leyó Cecial la orden y díjole al Cura:

—Vuesa merced ordene y mande á este vuestro servidor, como así me lo recomienda mi señor y amo.

—¡Bravo, bravo, señor Cura! Paréceme esta resolución venida á posta—exclamó Sancho;—pero ¿cómo os habéis valido para lograr semejante proporción?

Refirióle el Cura el resultado de las gestiones practicadas por el barbero, y el feliz término de ellas, omitiendo la oposición del Bachiller.

—Otro objeto, además, me ha traído á esta casa, y es el de consultaros acerca de un particular, que

tal vez tengáis ya olvidado, pero cúmpleme oiros, como albacea de nuestro amigo Don Quijote.

—Diga, pues, vuesa merced—manifestó Sancho.

—Debiéndose cumplir el testamento de aquél—prosiguió el Cura,—he recordado al ama y á la sobrina que el difunto os hizo el ofrecimiento de tres pollinos y las crías de sus yeguas.

—Sí, sí, ahora lo recuerdo—dijo Sancho.

—Y como en el testamento—continuó el Cura—nada se expresa acerca de ese extremo, siendo para los albaceas y la heredera, que lo es la sobrina, un caso de conciencia, hemos dejado á vuestra voluntad la resolución de este asunto.

—Puede vuesa merced—contestóle Sancho—manifestar á D.ª Antonia, y dense vuesas mercedes los albaceas por enterados, que el que fué escudero de nuestro inolvidable

Don Quijote, hace formal renuncia de cuanto se le ofreció, si bien conservaría como recuerdo de su amo una sola de las crías de las referidas yeguas, contando para ello con la bondad de los interesados en el testamento.

Agradecióle el Cura su resolución, dióle el parabién por su rápido mejoramiento, y despidióse de él y de Cecial, á quien de nuevo le manifestó que habría de verlo al otro día.

Volvieron á quedar solos los dos compadres, y dirigiendo Sancho su vista hacia la puerta, como para cerciorarse de no ser escuchado, dijo:

—¡Válgame el cielo, compadre! ¡Que haya sido yo tan corto de sentido que no penetrara antes de ahora la misteriosa conducta del Bachiller! ¿Quién le autorizó para ello? ¿Qué móviles le impulsaron? ¿Qué fin se proponía?

—La curación de Don Quijote—

manifestó Cecial,—porque lo tenía por un loco.

A lo que replicó Sancho:

—¿Y quién le dió carta de examen para oficiar de algebrista, y en una dislocación de la que por las muestras también padeció él mismo? ¿No es por cierto más loco el que lo aparenta que el que lo es por naturaleza? ¡Gallarda cosa sería ir contra la embriaguez, autorizándola el legislador con el ejemplo! ¡Buena doctrina contra la gula, la que predicara un fraile rechoncho y glotón y amigo de darse buena vida! ¡Ay, Bachiller, fingido amigo del más grande y noble y bueno de cuantos hombres ha producido la Mancha! Día llegará en que se me venga á mano la ocasión de decirle á vuesa merced el nombre de las Pascuas, aunque tengamos que andar al pelo.

A lo que le manifestó Cecial:

—No hay que hacer de ello tan

grave asunto, que vengáis á dar en Peralvillo: confiad en que Dios castiga sin palo ni piedra; porque, para mi santiguada, que Don Quijote no era tan loco como se le creía.

—¡Loco mi padre!—dijo Sancho. —Tenía que oir aquel pico de oro; había que admirar aquella convicción, aquella fortaleza, aquella persuasión; pero como en el mundo son muchos los que gustan de darse un filo á todo ruedo, no hay más que callar, compadre, porque no bastan estopas para tantas bocas.

—Con todo—replicó Cecial,—ver el talle de obrar, que la prudencia es gran parte de la ciencia.

—Sí—contestóle Sancho Panza; —pero cuando Sancho, Sancho; si ayer fuí escudero, hoy soy señor de mí mismo y sé dónde me aprieta el zapato, y tendré la prudencia de la serpiente; y hoy más que nunca, porque voy á recibir una visita por la que me he de ver por encima de

muchos aún más de cuatro dedos. ¡Vaya si los señores Duques me pondrán en pinganitos! ¡A buena fe, que no era yo en Aragón el ojo derecho de mi señora la Duquesa! ¡Pues montas que fueron nonadas los regalos recibidos y las atenciones de que fuí objeto!

—Pero ¿sabéis vos á qué vienen á esta aldea?—preguntó Cecial.

—Aún no me lo ha dicho el señor Cura—contestó Sancho;—pero yo creo que si viviera mi señor Don Quijote, sería por él; mas como de los dos que estuvimos en su palacio sólo quedo yo vivo, claro está que será por mí, y ¡quién lo duda!

—Yo lo dudo—díjole Cecial;—porque tales visitas se las deben entre sí los príncipes y magnates, casi todas las veces por pura cortesía ó conveniencias particulares más que por afecto; y por cierto y por verdad que si habéis alcanzado el ser Gobernador, os falta mucho que an-

dar del camino para ser Príncipe, ni aun Conde.

—No tanto como creéis, compadre—replicó Sancho;—porque de los hombres se hacen los obispos; del mismo barro todos hemos sido fabricados; todos hemos llorado al nacer, y á todos nos cubrirá la misma tierra después de muertos; todos somos hijos de Dios, y por ser hijos de un mismo padre, á todos nos toca igual parte de sus misericordias y de sus justicias; nadie es más alto que otro hasta tocar á las nubes, como no sean éstas las que el ambicioso y soberbio engendra en su propia fantasía; además, y como varias veces le oí decir á mi amo, cada uno es hijo de sus obras, y yo agrego á eso lo de: debajo de mi manto al Rey mato; y aunque soy pobre y labrador no es todo el sayal alforjas, que al fin, pobreza no es vileza; y si una vez he dado pruebas de ser algo y aun más que muchos, llegue á ma-

nos la ocasión y verán maravillas.

—En fin, ello dirá—repuso Cecial.

—Y dirá muy bien—repuso Sancho;—porque con la venida de los Duques á todos les llegará su parte; pues por la gloria de mis padres, que he oído decir que no todos los príncipes y grandes saben serlo aunque lo parezcan, y de mis señores Duques sólo deben esperarse grandezas y magnificencias; y por cuanto lo reconozco así, no trocaría hoy mis esperanzas por todo un reino, porque no habré más de boquear para lograr.

—A fe mía—dijo Cecial—que ya deseo verlos en mi casa, ó sea en la que sirvo y en donde les bailaré el agua delante; pues, como sabéis, vivo de mi trabajo y tengo hijos que me obligan á ser algo interesado; que ya me voy cargando de años, y haré porque no se diga de mí: «la mocedad trabajada y la vejez quemada»; que si llega la ocasión, hay

que cogerla por los cabellos, y cuando viene el bien, métela en tu casa.

—Esas son mis filosofías—manifestó Sancho;—y si no se logra todo cuanto pide el deseo, me atendré á aquello de «goza de tu poco mientras busca más el loco»; que si la suerte llenara mis medidas, entonces no sería yo el asno de Arcadia, cargado de oro y come paja; no, á fe mía, que hay que saber disfrutar de los bienes de esta vida; que yo me tengo para mí que el mayor enemigo de Dios y de los hombres es el avaro, que sólo vive de miserias y en ellas se goza.

—Confiemos en el porvenir—dijo Cecial levantándose.—Os dejo porque mis deberes me llaman, y vos podréis reflexionar á solas lo que respecto del Bachiller os aconseje la prudencia; que no vayáis á salir por los cerros de Úbeda y dar que decir á propios y extraños, cuando habéis puesto muy en alto vuestro

crédito de sabio y prudente en vuestro pasado gobierno.

—Vivid tranquilo, compadre—díjole Sancho,—que yo bien me sé lo que debo hacer.

Fuése Cecial, quedando Sancho sumamente pensativo en razón á lo que su compadre le hubo de comunicar, y de lo que, como él se dijo, estaba tan lejos de imaginar como de volverse turco.



CAPÍTULO XVI

DE LO QUE PASÓ ENTRE EL CURA, EL BARBERO Y SANCHO PANZA

REUNIDOS al siguiente día el Cura y el Barbero, pasaron á inspeccionar la casa de don García de Torres, dictando las órdenes oportunas para que todo estuviera preparado y dispuesto convenientemente á fin de recibir á los Duques. Visitaron todas las dependencias, y halláronlas con la capacidad bastante á contener la servidumbre y servicio de trenes y caballos que forzosamente aquéllos deberían traer. No dejaron de curiosear en la sala de armas, de cuya posesión siempre hizo gala su due-

ño, por contener muchas y diversas, y que de sus antecesores guardaba como venerandas reliquias; y en la revista que hicieron fijáronse en las que, formando un cuerpo, hubieron de servirle al Bachiller para encubrirse bajo el mote de Caballero de la Blanca Luna, las cuales logró obtener de su pariente para llevar á cabo su propósito en la célebre playa de Barcelona. Contempláronlas por algunos instantes, aunque con cierto remordimiento, y notando el Cura que si bien figuraba en su astillero la correspondiente lanza, faltábale al completo de las armas la espada respectiva, dijo:

—Ó yo estoy equivocado, ó á esta armadura fáltale su montante.

—No le falta—manifestó Cecial,— sino que há dos días que la llevó de aquí el señor Bachiller, diciéndome que deseaba tenerla en su casa, sin expresarme la razón de ello.

Dirigiéronse el Cura y el Barbero

una mirada de inteligencia, y después de hacerle á Cecial varias recomendaciones, salieron de la casa para marchar á la del Cura.

—¡Malo! ¡Muy malo!—díjole éste á maese Nicolás.—El Bachiller nos va á dar un muy serio disgusto; preciso se hace el adoptar una determinación. Lleguemos á mi casa, y allí podemos más libremente tratar sobre este asunto, y os diré, además, lo que aún todavía ignoráis y ha venido á complicar más y más nuestra situación.

Llegaron á la casa, y refirióle el Licenciado punto por punto el nuevo tema en que había dado el Bachiller de cambiar de carrera, emprendiendo la de las armas, y su propósito de casarse.

—¡Casarse!—exclamó sorprendido el Barbero.—¿Á quién podría cortejar que no echara de ver, y á tiro de escopeta, el lamentable estado en que se halla? Ello sería un

manifiesto engaño de su parte y un alevoso crimen de la de quienes apoyaran semejante proyecto.

—Sí, en efecto—manifestó el Cura;—y ahora veo más claramente cuán indiscreto y torpe estuve al elogiarle y recomendarle la sobrina de Don Quijote.

—¿Eso tal hicisteis?—díjole admirado el Barbero.

—Sí—contestóle aquél,—y movido por el deseo de procurar su curación, inclinando los suyos por una nueva vía, á fin de apartar de su mente los escrúpulos que le asaltan y de hacerle desistir de sus pecaminosas intenciones contra su excelencia el Duque.

—Pero—contestóle el Barbero—tratáis de huir de un mal para caer en otro quizás mayor; así pregunto á vuesa merced: Si llegara el caso de que se unieran esas dos almas, ¿santificaríais en conciencia semejante unión? Miradlo bien, señor

Cura, porque ciertamente debemos todos nosotros de procurar el bien de la familia de Don Quijote como de la propia nuestra, y más tratándose de una huérfana desvalida, y no es bien que se diga «el mal ajeno de pelo cuelga», ni que, disponiéndose libremente de los sentimientos del prójimo, se aplique lo de «el pan de mi compadre y el duelo ajeno». No, amigo y señor; aunque de momento apareciera recobrada la razón del Bachiller, por un nuevo sentimiento que en él despertase, al fin vendría á dar en su tema, y si en su exaltación podríamos nosotros volverle las espaldas, dejándolo con su razón ó sinrazón, y á la mosca que es verano, no así su desgraciada velada, que, ó lo soporta con riesgo de su persona, ó tendría que recluirlo en lugar conveniente, quedando viuda en vida de su marido. Nada, no hay que usar medios violentos, como el empleado con Don

Quijote; porque el escarmentado busca el vado, y ¡quién sabe cuáles serían las consecuencias de semejante resolución! Veamos más bien de ponernos de acuerdo con el Médico, y que éste aconseje á la familia del Bachiller su ausencia de esta aldea, como medio para reponer su quebrantada salud, ya volviéndolo á Salamanca, ya haciéndolo residir en la Corte, y veremos entonces qué aspecto presenta la cuestión.

—Convenido, maese Nicolás—manifestó el Cura;—veo á vuesa merced muy puesto en razón: daréle cuenta al Médico de cuanto ocurre, y descartemos por nuestra parte toda responsabilidad: en el entretanto..... pero ¿qué voces son ésas? Si no me engaño, es nuestro amigo Sancho el que provoca las alegrías de mi ama.

No cesaba ésta de alborotar la casa con sus voces y gritos de con-

tento, dándole á aquél mil norabuenas é infinitas gracias al cielo por el total restablecimiento de Sancho.

—¡Adelante!—díjole el Cura, saliendo á recibirlo.

—¡Bien, amigo mío!—expresó el Barbero.—Ya, por esta vez, habéis burlado á la descarnada.

—¿Y cómo no?—dijo Sancho.—Dos higas para ella, y vivamos.

—¿Y qué tal os halláis?—preguntóle el Cura.

—Como nunca—contestó aquél;—todos mis males han sido tortas y pan pintado.

—Con todo, amigo—expresó el Barbero,—nos habéis tenido muy inquietos y disgustados.

—Habéis hecho mal—dijo Sancho,—porque, á mi ver, todo ello ha sido falso, vano é ilusorio como tesoro de duende.

—En fin—expuso el Cura,—démosle gracias á Dios.

—Y á mis gallinas—agregó San-

cho,—que habré de reponer su número cuando venga á mejor fortuna; que no parece sino que la landre se ha cebado en ellas, sin respetar condición ni estado. Pero veamos, ¿qué nuevas tenemos? ¿Qué se sabe de los Duques?

—Por ahora, esperando el aviso de la llegada; todo está arreglado—díjole el Cura.

—No dejéis de avisarme tan fausto día—replicó Sancho,—que me prometo de ir á recibirlos montado en mi rucio con todas nuestras galas y más contento que Mingo.

—Ya se le avisará, amigo—manifestó el Cura,—é iremos con vos maese Nicolás yo, caballeros en nuestros cuartagos.

—Bien creo que no faltará nuestro Bachiller—dijo Sancho.

—El señor Cura y yo seguramente no faltaremos—expuso el Barbero;—pero el señor Bachiller no podrá asistir á tal recibimiento por-

que está algo enfermo y rara vez sale de su casa.

—¿Y de cuándo acá adolece su merced?—preguntó Sancho.

—Há días—contestóle maese Nicolás;—quizá tenga que mudar de aires.

—Pues qué, ¿tan malos vientos corren aquí, en la Mancha, para su merced?—expuso Sancho.

—Tan malos—dijo el Cura—como los que suele producir una profunda tristeza que le consume, y por ello quizá tenga que marchar á la Corte, ó quién sabe si fuera de España.

A lo que expresó Sancho disimulando su sorpresa:

—Si ello lo pide su salud, debe de hacerlo, siguiendo los consejos del médico y el de sus amigos; mas si se empeñara en quedarse aquí, contraviniéndolos á todos, le pasará lo que al galápago del cuento.

—Y ¿qué le pasó á ese galápago?—

preguntó el Barbero sonriéndose.— Ello será alguna simpleza de las que vos soléis creer.

—No lo es tanto—señor discreto rapista, y en prueba de ello estadme atentos—replicó Sancho.—Según me contaba una mi agüela, tal hecho ocurrió en aquellos tiempos en que los animales hablaban.

—No seáis, amigo, tan simple— díjole el Barbero,—que vayáis á creer semejante patraña; charlarían sin ton ni son, no que hablarían

—Hablaban, y con mucho sentido—manifestó Sancho,—porque aún no se conocía entre ellos el oficio de rapista.

—Eh, ¿qué es eso, amigo?—díjole aquél algo amostazado.—Entonces hablarían también las cosas materiales, y de ahí aquel decir: «Díjole la sartén á la caldera: Quítate allá, culinegra.»

—A la verdad me atengo—replicó Sancho,—que por algo se dice:

«Ni barbero mudo, ni cantor sesudo.»

Intervino el Cura, observando el giro de la conversación, y díjoles:

—Pata es la traviesa, amigos; y vamos á vuestro cuento, Sancho.



CAPÍTULO XVII

EN EL QUE SE PROSIGUE EL DIÁLOGO ANTEDICHO

Erase que se era—dijo éste—una fuente, en la cual vivían en grata amistad dos ánades y un galápago; mas habiendo llegado un tiempo en que menguó el agua de la fuente, acordaron los ánades mudarse á otra más abundante de agua donde vivieran gustosos. Y ved, maese Nicolás, si los que tal discurren pueden merecer el ditado de charlatanes. ¡Y vaya si no es verdad lo que me dijo mi señor Don Quijote en cierta vez de que de los animales han aprendido los hombres muchas y buenas cosas!

—¡Adelante!—díjole el Cura.

Y prosiguió Sancho:

—Despidiéronse del galápago, diciéndole la causa de su mudanza, á lo que éste les contestó: «¡Dichosos vosotros, que podéis ir donde quisiérades! Mas ¡ay, miserable yo! que no puedo vivir sin agua ni ir con vosotros, por lo que os ruego me deis consejo para ver cómo pudierais llevarme.» Los ánades le dijeron: «Nada podemos hacer, á menos que te obligues, mientras te llevamos, á no decir cosa alguna aunque te llamaren.—Así lo haré, dijo el galápago; pero ¿de qué manera me podréis llevar?» Y ellos le dijeron: «Morderás en un madero y cogeremos los cabos, y así te llevaremos.» Convenidos, pues, lleváronle por el aire, lo cual, visto por unos hombres, dijeron admirados: «¡Ved qué maravilla, un galápago entre dos ánades, que así le llevan en el aire!» Lo cual, oi-

do por el galápago, les respondió: «*¡Aunque vos pese!*» Y abriendo la boca para hablar, cayó en tierra y murió.

—Comprendido, Sancho—díjole el Cura,—hay que seguir los buenos consejos; pero ¿qué fuerza será bastante á convencer al Bachiller si se niega ó resiste á salir del aldea?

—La de la razón y la conciencia, juntamente con la de su fama—contestó Sancho.

—¡La de su fama!—exclamó con extrañeza el Cura.—¿Qué causa lo hace famoso?

—Escuchadme—dijo Sancho:—razón es que mire por sí mismo, y es de conciencia no dar pesadumbre á sus padres y amigos, y debe acrecentar su fama, como médico insigne, para bien de los hombres y gloria de esta aldea.

—¿Como médico habéis dicho?—manifestó sorprendido el Barbero.

—¿No sabéis que Sansón Carrasco estudia para la Iglesia?

A lo que le contestó Sancho con cierta ironía:

—Eso era en otro tiempo; hoy se muestra tan sabio médico, que ¡mal año para los *Hipócritas y Galianos*! Y hará curas tan estupendas que ofrecerán maravillosos resultados, como las de cierto hidalgo que ahora recuerdo y que presumía saber de lo que no entendía.

—En verdad, Sancho—repuso el Cura,— que no vos entiendo una sola palabra.

—Yo bien sé lo que me digo—expresó aquél,—y si queréis más explicaciones, pido á vuesas mercedes permiso para referirles un sucedido, y vaya de cuento, el cual oí relatar en Tembleque, cuando en otros años iba á ese lugar en el tiempo de la siega.

—Tenéis nuestra licencia—díjole el Cura,—y venga presto ese cuen-

to, que ya estoy deseoso de conocerlo.

—Había en Sevilla—dijo Sancho—un hidalgo....., que me parece que lo estoy viendo.

—Pero, poco á poco—expuso el Barbero,—¿cuándo habéis estado vos en Sevilla, amigo Sancho?

—Yo no he estado nunca—díjole éste—en esa hermosa ciudad, de la que dijo yo no sé quién que era amparo de pobres y refugio de desechados, sino que el Sacristán, que era muy leído y fué el que tal hecho contaba, juró de haberle visto y conocido, y no hago más que repetir sus palabras para que no se dude un punto de la verdad del cuento, y como lo refería con esa gracia que á mí me ha negado el cielo, se me quedó tan impreso en la memoria, que no hay más que decir.

—Adelante—dijo el Cura.

—Ese tal hidalgo—prosiguió San-

cho, — que por más señas era no muy alto de cuerpo, nariz nada aguileña, boca grande y algo cejijunto, estaba emparentado con la muy ilustre familia de los Cárdenas, cuyas ramas se extienden por toda la Andalucía, que por más verdad uno de ellos dicen que dió muy grandes pesadumbres á sus padres por cierto intríngulis amoroso que á la fin y á la postre legitimó nuestra Santa Madre Iglesia.

—Si proseguís refiriendo de ese modo vuestro cuento, no lo acabaréis en dos semanas—manifestóle el Cura;—abreviad un poco y dejaos de pormenores que no son precisos.

—No sé contarlo de otra suerte—expresó Sancho,—porque nos decía el Sacristán que todo lo que llega y toca á la jurisdicción del gusto debe tener su salsa, abundando en especias bien proporcionadas, sin dejar de cargar la mano en aquellas que

la naturaleza pide, y así, nos decía: «Todos vosotros sabéis lo que es una faz de cañas de trigo, pues ved que hay en ella más paja que grano.»

—Está bien—manifestó el Cura;—pero figuraos que esa faz está ya trillada y aventada la parva, y veamos si el grano corresponde al año.

—No por mucho madrugar amanece más aína—contestó Sancho.—Tenga vuesa merced un poco de paciencia, que ya llegaremos al fin del cuento, como á todos llegará el de la vida, sin que basten emplastos ni melecinas para contenerlos.

—Perfectamente—expuso el Cura;—pero tened entendido que yo no soy aquel reverendo eclesiástico á quien desesperasteis en el palacio de los Duques (1) cuando á su pre-

---

(1) Capítulo XXXI, segunda parte, *Don Quijote de la Mancha.*

sencia referisteis otro cuento parecido con el que disteis y no poco que sentir á vuestro amo Don Quijote.

—Sí, recuérdolo—dijo Sancho;—pero si vuesa merced no es aquel buen señor, yo no puedo dejar de ser el mismo para decir las cosas, porque lo que en el capillo se toma con la mortaja se deja.

—Vamos al cuento—manifestó el Barbero,—y excusemos digresiones que hacen demasiado largo el camino.

—Todo se andará—expresó Sancho,—y considerad, maese Nicolás, que no todos son tan llanos que no dejen de tener sus tropiezos y dificultades. Digo, pues, que el referido hidalgo presumía de tener mucha ciencia en todas ellas, y en la que más parecía distinguirse, ó por lo menos él se creía un doctor, era en la de Medicina, hablando casi siempre en latín para que le creyesen

un pozo de sabiduría, y usando muchas veces en su lenguaje de un estilo tan intrincado y confuso que de nadie era entendido.

—Perdonad, Sancho; pero ahora recuerdo por vuestra relación y pintura — díjole el Cura, — á cierto estudiante que en Sigüenza conocí cuando yo lo era de aquella Universidad, en que para indicar la hora del anochecer decía: «No deberá hacerse tal ó cual cosa hasta que sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados donde suelen cuando han dado fin á su jornada», y en otras ocasiones, para que el ignorante vulgo lo elogiara, exclamaba con fingida modestia y después de una larga meditación:

> Estoy pensando, en medio de mi engaño,
> El tiempo de mi vida mal perdido;

ó ya, volviendo á sus extravagantes metáforas, imitando á nuestro imi-

tador de Píndaro, decía contemplando al sol:

> Luciente honor del cielo,
> En campos de zafiro pace estrellas,
> . . . .
> Que sombras sella en túmulos de espuma.

—¡Que me maten—exclamó Sancho—si no es ahora vuesa merced el que alarga mi cuento! Pero á fe mía que no parece sino que vuestro estudiante y mi hidalgo fueron vaciados en un mismo molde.

—¡Cáspita!—gritó el Barbero impaciente,—basta de antecedentes; que de seguir Sancho de ese modo, llegará el día del juicio y aún no habrá terminado su relación.

—Pues, como decía—continuó aquél,—y según recuerdo haber oído decir que de los tontos es infinito el número y de entre ellos abundan los que pasan el camino de la vida en lágrimas deshechos en vez de ir cantando «las tres ánades

madre», acertó á entender nuestro hidalgo acerca de un caso para que fué llamado. Parece ser que un gentil mancebo, hijo de una muy principal familia, á influjo de la lectura de ciertos libros de encantamentos y de magia, dió en la manía de creer que lo habían convertido en estatua de mármol, y pasábase á hurto de su familia muchas horas del día y de la noche subido en un pedestal que en el jardín de su casa había. Ofrecióse nuestro hombre curar al loco, y sin encomendarse á Dios ni al diablo se dijo: «Yo acabaré con el mancebo que vuelva á su juicio; el loco por la pena es cuerdo.» Sorprendióle una noche en su habitual actitud, hízole bajar del pedestal, y queriendo hacer uso de una buena estaca de que se había provisto, fué derribado en tierra por el loco y con sus mismas armas machacado. Curóse del molimiento, y á impulsos de la venganza volvió á entendérse-

las con el loco, llevando en su compañía quienes le ayudasen, y entrecogiendo á aquél le amarraron fuertemente á un árbol del mismo jardín, y así, y á mansalva, dióle tan desaforado vapuleo, que lo dejó sin sentido y medio muerto. Desatáronle, lleváronle á su aposento, metiéronle en su lecho, y á los dos días murió á consecuencia de la eficaz medicina administrada. Este es mi cuento y dejo su aplicación para el discreto.

Miráronse el Cura y maese Nicolás, comprendiendo la malicia de Sancho, que daba á entender muy á las claras el conocimiento que tenía del medio de que se valió el Bachiller para pretender la curación de Don Quijote y las consecuencias de él.

—Hablemos claro, amigo Sancho —díjole el Cura,— y dejémonos de indirectas. Decidnos lo que habéis sospechado y las razones en que

fundáis semejante sospecha, porque bien podéis estar equivocado; que uno de los orígenes del error es el dominio de los afectos, y así dijo Aristóteles que cada cual juzga según está afectado, y es conveniente en todo juicio separar la parte de verdad de la que nos engaña con apariencia de verdad.

—No entiendo de esas filosofías—expresó Sancho;—de nada valen las palabras ante la realidad de los hechos. Ayer me dejé llevar poderosamente de cuanto me decía mi amo y señor querido; hoy he dejado de ser sacristán de amén, y si yo no fuera un cristiano viejo y temeroso de Dios, al pensar en la conducta del Bachiller, procedería de momento y exclamaría: «á las que sabes mueras, y sabía hacer saetas.»

—Nada, Sancho—díjole el Cura,—no hay que dejarse dominar por el deseo de la venganza, porque siendo ésta hija de la ira, conduce á

muchos males. «Toda amargura de corazón, dijo el Apóstol, toda ira y indignación sea quitada de vosotros y toda malicia.» Y toda malicia, Sancho, ya lo oís. El hombre airado procede sin conciencia, y no hay más que aplazar la ejecución de sus actos hasta que se aplaque la cólera. Refiere Plutarco de un hombre principal y muy sabio y privado de un Emperador, que le había dado este consejo: que cuando estuviese airado no mandase hacer cosa alguna hasta que muy despacio y consigo mismo pasase todas las letras del alfabeto; lo que quería decirle que son desatinados los consejos de la ira al tiempo que hierve en el corazón.

—Conforme, señor Cura — manifestó Sancho; — pero conmigo no reza semejante remedio, porque no entiendo migaja de letras.

—Pero acudiréis á la oración— expresóle el Cura,—que para el caso es lo mismo.

—Es muy cierto —contestóle aquél,— y haré por seguir vuestro consejo, puesto que si en toda mi vida he sido sosegado y pacífico, ¿quién ha visto el día de mañana?, y sobre todo, nadie puede decir de este agua no beberé.

—No os toca, amigo, juzgar la conducta del Bachiller —manifestóle el Cura,— y aplacad cualquier rencor que contra él podáis abrigar.

—Si no me toca juzgar al Bachiller, tampoco ha debido tocarle á él juzgar á mi amo Don Quijote —manifestó Sancho.— ¿Quién le dió facultades para calificarle de loco?

—Los hechos verificados por vuestro amo y señor, Sancho —díjole el Cura,— los cuales fueron tenidos por todo el mundo como verdaderas locuras é impulsos del natural instinto en los hombres que hacen fuerza de ley, y por eso dijo Cervantes: [illegible]

—No entiendo más que el romance y aun Dios y ayuda—contestó Sancho.

—Quiere decir, amigo—replicó el Cura,—que es una ley de la naturaleza el consentimiento universal de los hombres acerca de una cosa, y sería injusto eliminar de tan general creencia la del Bachiller; y aun hay más: vos mismo, Sancho, calificasteis de loco á vuestro amo en más de una ocasión.

—Dios y en hora buena—dijo éste rascándose la barba sin saber cómo contrarrestar la lógica del Cura;—pero si el Bachiller no me debe nada, débeme y mucho el caballero de la Blanca Luna.

—Medid bien vuestras fuerzas —díjole el Barbero á Sancho, — y no os expongáis á que de vos digan: arremangóse Morilla y comiéronla los lobos.

—Ya veremos si el tal caballero me entiende ó no, ó sobre ello mo-

rena. Ya dije en cierta ocasión, y ahora repito, que soy de la familia de los Panzas, que si una vez dicen nones, nones han de ser á pesar de todo el mundo; y cuando la terquedad se estrecha con mi ánimo, amancebándose conmigo á pan y cuchillo, no hay más que esperar el resultado, aunque sobrevenga la de Dios es Cristo.

—¡Cepos quedos!, amigo mío—díjole el Cura;—el Bachiller casi pertenece á la Iglesia, y procurad no incurrir en el anatema.

—No sé de *Tologías*—replicó Sancho levantándose para marchar;—pero el que á hierro mata á hierro muere, y no sería el primer fraile que habiendo faltado á la ley de Dios le hayan librado sus hábitos de residir en los infiernos. En fin, á Dios quedad, y al tiempo.

Fuése, dejando al Cura y al Barbero impresionados por su resuelta determinación.

—¡Dios nos libre de mayores males!—dijo el Cura al Barbero.

—Tal lo deseo—dijo éste;—pero si Dios da la llaga, también da la medicina.

ÍNDICE

Páginas.

Páginas.





HISTORIA

DE VARIOS SUCESOS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

después de la muerte

DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha



HISTORIA

DE VARIOS SUCESOS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

DESPUÉS DE LA MUERTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

POR

JOSÉ ABAURRE Y MESA

TOMO II

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA
Paseo de San Vicente, núm. 20
1901



CAPÍTULO PRIMERO

QUE TRATA DE CÓMO EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO VOLVIÓ Á SER EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.

RECUÉRDESE, dice el autor de la presente Historia, que así como Cide Hamete Benenjeli tomó á su cargo el escribir y dar á conocer al mundo la grandiosa Historia de Don Quijote de la Mancha, quiere él publicar hoy los hechos ocurridos en la aldea después de la muerte del Ingenioso Hidalgo, que si fueron objeto de la mayor admiración, los ocurridos al Bachiller parecían ser llevados de la misma mano.

Refiere, pues, la historia, que á la hora de la media noche de aquel

día en que tuvo efecto el diálogo mantenido entre el Cura, maese Nicolás y Sancho Panza, llegóse á la puerta de la casa de Pedro Alonso (1) un encubierto y llamó sigilosamente y con toda precaución. Admiróse aquél al reconocer á quien á tan alta hora de la noche iba á visitarle, pues no era otro que su convecino Sansón Carrasco, el cual le significó su deseo de hablarle reservadamente.

Hizo Pedro Alonso entrar en su casa al Bachiller, entablándose entre ambos una interesante conversación por la cual bien prontamente comprendió el Alonso que se trataba de prestar un servicio que redun-

---

(1) Este Pedro Alonso era el labrador que, volviendo de llevar una carga de trigo al molino, halló á Don Quijote tendido en el suelo á causa de la paliza que le diera uno de los mozos de los mercaderes toledanos en su primera salida.—Capítulo v, parte I, *Don Quijote de la Mancha*.

daría en su provecho; y aunque vacilante y temeroso ante las indicaciones que el Bachiller le hacía, bien á las claras demostraba su deseo de rendirse ante las insinuaciones de éste. Viendo el Bachiller que no eran bastantes las palabras á convencerle, creyó oportuno emplear la llave de oro que en todas las edades ha abierto las puertas al convencimiento, y así díjole á Pedro Alonso:

—Por cierto, amigo Pedro, que habiéndoos tenido toda la vida por hombre razonable y decidido, creí que me seguiríais sin vacilación alguna, porque en verdad, si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas.

Y dicho esto, púsose en pie como para marcharse de la casa, visto lo cual por Pedro Alonso se decidió á expresarse del modo siguiente:

—No dudo, señor Bachiller, que los propósitos que mueven á vuesa

merced deberán ir guiados de un buen deseo, y que en nada ofenderán á nuestra Santa Religión y á nuestro prójimo, y si me aseguráis que por la empresa que me proponéis no he de dar en Peralvillo, me obligo de aquí en adelante, y mientras podáis necesitar de mis servicios, á obedeceros en todo, siempre que no sea en perjuicio de Dios y de su Santa Iglesia.

— Gracias sean dadas á Dios — dijo el Bachiller — por vuestra resuelta determinación, porque contando con la prudencia que en vos reconozco, podré ver realizados mis propósitos de gloria, de la que vos participaréis.

— Sea en buenhora — exclamó Pedro Alonso,— y Dios quiera que orégano sea y no se nos vuelva alcarabea.

—Dios mira siempre por los buenos y hará que eternamente resplandezcan su bondad y su justicia

—díjole el Bachiller, disponiéndose para salir de la casa.—Tomad estos escudos, cuya cantidad se aumentará según vuestros servicios, y preparaos convenientemente, porque no vamos á bodas, sino á tener, si Dios no lo remedia, dares y tomares con hombres de carne y hueso, salvo que la razón y la justicia no se concedan á mi primera insinuación. Aderezad convenientemente vuestra caballería, y haced vuestros preparativos, llevando al cinto la mejor espada de que os podáis proveer, por si os vierais en el caso de defenderos de algún injusto acometimiento, y confiad en que me vereis siempre á vuestro lado para prestaros la conveniente ayuda.

—Todo será cumplido conforme á vuestro deseo—díjole Pedro Alonso,—y á las primeras horas de la mañana pasaré por vuestra casa para recibir órdenes.

—Podéis ir desde luego, acompa-

ñado de vuestro rucio, á la casa de mi pariente D. García de Torres, donde me hallaréis dispuesto para emprender nuestra marcha.

Despidióse el Bachiller, quedando Pedro Alonso sumamente pensativo por la conversación habida. «Dios quiera que el diablo, que todo lo añazca — se dijo Pedro Alonso cuando se vió solo, — y que no deja de ponernos ante los ojos añagazas en las que caemos atados de pies y manos, no haya urdido una de las suyas en mi contra, cuando hasta la presente me ha librado de caer en sus redes.»

Desde los primeros momentos de la conversación habida entre el Bachiller y Pedro Alonso, éste llegó á sospechar que alguna segunda idea movía á aquél para hacer las proposiciones que le había escuchado, y así, formóse el proyecto, movido más bien por la caridad que por el interés, de no abandonarlo,

haciéndole ver con prudentes observaciones que no dejaría de prestarle sus servicios.

Todas estas reflexiones se las hacía Pedro Alonso mientras se preparaba para la marcha.

Pasó más tarde el Bachiller á la casa de su pariente D. García de Torres, y hallando en ella á Tomé Cecial, hízole entrega de una carta que para el señor Cura había escrito, en la que le comunicaba su marcha para Salamanca á fin de continuar sus estudios, rogándole que le dispensase la despedida por aprovechar la ocasión de un oportuno viaje que se le presentaba, y dejándole encomendado el cuidado de su familia.

Hallándose sólo el Bachiller, pasó á la sala de armas, y apoderándose de la armadura completa que á él mismo le sirvió para encubrirse bajo el mote de *El Caballero de la Blanca Luna*, hízole entrega de ella á

Pedro Alonso, que acababa de llegar á la casa, el cual la colocó convenientemente sobre el rucio que había traído. En resolución, dióle el Bachiller las oportunas instrucciones, señalándole el lugar donde había de esperarle y reunirse con él muy luego.

Poco después emprendió el Bachiller su camino en busca de Pedro Alonso, á quien halló á no larga distancia de la aldea, y reuniéndose con él, continuaron su marcha, si bien separándose de la senda que llevaban para internarse en una floresta que cerca de allí se hallaba.

Cuando llegaron á un lugar que al Bachiller pareció el más conveniente y donde la soledad y el silencio reinaban, hizo de la rienda á su caballo, y descendiendo de él habló á Pedro Alonso de la siguiente manera:

— Gracias doy al cielo porque obstáculo y entorpecimiento alguno

no se han opuesto á mi propósito, que hasta la hora presente nada ha venido á contrariarlo; por lo que bien creo que la fortuna va guiando mis pasos mucho mejor de cuanto yo hubiere pedido. Ya os he indicado, aunque no lo habéis comprendido, cuáles son los motivos que me han impulsado á tomar la determinación de salir al encuentro de un poderoso señor que, según yo afirmo, viene derechamente contra mí.

—Sí, sí, señor. Algo llegué á entender de ello en la pasada noche, cuando empezasteis á hablarme de esta salida, que hasta la presente se ajusta en un todo á vuestros deseos.

— Creo — manifestóle el Bachiller—que el haberos elegido por escudero (porque desde este momento llevaréis ese título) es un presagio de que la fortuna ha de declararse siempre en favor mío, y muy principalmente en estos primeros ins-

tantes. Debo, pues, deciros que el diablo, que no cesa de perseguir á los buenos, ha urdido en contra mía la más extraña falsedad que todo el infierno reunido hubiera podido tramar. Ello parece ser que á mi vuelta de Barcelona, en donde realicé el malhadado pensamiento de combatir y vencer á nuestro convecino Don Quijote, y no muy lejos del lugar de la acción, amparé y protegí á una misteriosa dama, á quien unos desaforados malandrines tenazmente perseguían (y por estas mis palabras vendréis en conocimiento de que no sólo en la Mancha abunda la perniciosa semilla de malandrines y mal nacidos); servile de protector hasta dejarla en lugar conveniente y seguro para su honra, habiendo llegado algunos días después á mi conocimiento que los parientes y deudos, creyendo que fuí el forzador de la que aseguraban ser doncella, enviáronme sigilosamente un cartel de

desafío, si no me unía á aquella dama en santo matrimonio; todo lo cual impedía mi propósito de pertenecer á la Iglesia, á más de la notoria falsedad del hecho que se me imputaba. Mantenidos sus parientes en sus trece y yo en mis catorce, se han decidido á vengar el supuesto ultraje á su familia (y ya sabéis cuán obstinados son los aragoneses en sus pretensiones). Hoy, pues, salgo al encuentro de ellos, porque á imitación de nuestro Don Quijote, que es el espejo donde deben mirarse todos los buenos caballeros, no debo volver la espalda al peligro, sino decididamente afrontarlo, por aquello de que más honrosamente queda el soldado que muere en la batalla, que el que vergonzosamente huye.

No dejó de comprender Pedro Alonso que esa historieta que acababa de referirle el Bachiller y que con tanto misterio le comunicaba enmedio de aquella soledad, era la

forma de que se valía para engañarle y para que lo siguiese, y fingiéndose convencido por sus palabras.

— Paréceme — le dijo — que os asiste en un todo la razón para mantener vuestro derecho.

Toda esta conversación pasó entre ambos mientras Pedro Alonso fué colocando la armadura sobre los robustos miembros del Bachiller, y apenas se vió éste transformado en el Caballero de la Blanca Luna, dando al olvido la tan extraña historia que acababa de inventar á su escudero, porque así le convenía, exclamó:

—Ensíllenme el potro Rucio
Del Alcaide de los Vélez,
Denme la adarga de Fez
Y la jacerina fuerte,
Una lanza con dos hierros,
Entrambos de agudo temple;
Y aquel acerado casco
Con el morado bonete,
Que tiene plumas pajizas
Entre blancos martinetes,

Y garzotas medio pardas,
Antes que me vista denme (1).

Pedro Alonso habíase quedado suspenso y admirado durante el breve tiempo que empleara el Bachiller en recitar este romance, y como á cada cosa que su amo le pedía no sabía de qué modo obedecerle para entregársela, dábase á mil Satanases por no entender migaja de aquella relación, y así, aturdido y confuso, exclamó:

—Señor, lléveme el diablo si vos he entendido una sola palabra de vuestra retahila, y si vais á dar á cada paso en recitar coplas que yo no acertaré á alcanzar, me veré precisado á repetir:

Mala la hubisteis, franceses,
En esa de Roncesvalles:
Don Carlos perdió la honra,
Murieron los doce Pares.

---

(1) Romance de Azarque el Granadino, *Romancero general.*

— No os inquietéis, amigo Pedro, por no alcanzar á comprender ciertas cosas. Básteos entender que vuestro amo y señor sabe lo que se dice, y que á vos os cumple como buen escudero, obedecer y callar; porque no estaría bien que, contraviniendo á las buenas reglas, os pongáis sin causa fundada en preguntas y respuestas que bien pudieran ser en perjuicio de vos, porque de todos es bien sabido que siempre se rompe la soga por lo más delgado.

—Comprendido, señor, y me obligo á que de aquí en adelante tengáis en mí á cierto escudero que no hablaba ni habló una sola palabra mientras lo fué de su señor.

—No es mi voluntad que lleguéis á imitar en absoluto á ese escudero de que me habláis, que, si mal no recuerdo, llamábase Gazabal, y lo fué de D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula; quisiera, sí, que midieseis vuestras reflexiones por las re-

glas del buen sentido, pues no gusto de que os atengáis en todo á aquel decir «al buen callar llaman Sancho».

—Sea en hora buena, y así podrá ser que se cumpla el otro adagio: «obedece á tu señor, y te sentarás con él á la mesa».

Terminada la armadura del Bachiller, montó en su caballo y emprendió la marcha seguido de su escudero. Sintiéndose éste acometido de algunos desmayos, acudió al repuesto de sus alforjas y comenzó á hacer por la vida, mientras el Bachiller se alimentaba de suspiros y ternezas.



CAPÍTULO II

DONDE SE CONTINÚA EL DIÁLOGO MANTENIDO POR EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA Y SU ESCUDERO PEDRO ALONSO.

En medio de aquella espesura paró el Bachiller su caballo, suspendiendo á la vez su marcha el asno que á su escudero conducía, y exclamó, después de mirar al cielo, de la siguiente manera:

—¿Qué fuerza pudo apartarme
De veros, señora mía?
¿Cómo vivo siendo ausente
De la gloria que tenía?
Con los ojos de mi alma
Os contemplo noche y día,
Y con estos que os miraba
Lloro el mal que padecía.
Maldigo la triste ausencia,

Alabo mi fantasía,
Porque en ella resplandece
Lo que tanto ver quería.
Aquí se aviva mi pena,
Y esfuércela mi porfía
Del fuego de mi deseo
Que en mis entrañas ardía (1).

—Señor—exclamó Pedro Alonso, —si vuesa merced no lo lleva á mal y no llego á merecer la pena de excomunión mayor, quisiera que me absolvieseis de una duda, la cual desde que entré á vuestro servicio me viene atormentando.

—Si prometéis ser breve en vuestro relato, tenéis mi licencia—contestó el Bachiller.

—Teniendo vuestro permiso, comenzaré diciendo: Érase que se era, que en buena hora sea, el bien que viniere para todos sea, y el mal para la manceba del Abad, frío y calentura para la amiga del Cura, dolor

(1) El Ausente. *Cancionero General.*

de costado para el ama del Vicario, y gota de coral para el rufo sacristán, hambre y pestilencia para los contrarios de la Iglesia.

—¿Qué estáis diciendo, escudero de Satanás?—exclamó el Bachiller montando en cólera.—¿Creéis, por ventura, que es hora ésta de burlas y menosprecios? ¿Os habéis olvidado de quién soy y de los respetos que merezco, para que os vengáis con semejante salida?

—Perdonad, señor—manifestó temerosa y maliciosamente el escudero;—porque ha estado muy lejos de mi ánimo el olvidarme de quien soy ni de los respetos que merecéis.

—Vuestras palabras, Pedro, os vuelven á mi estimación, que bien merecéis; olvidad lo pasado, y prosigamos nuestra marcha, dejando para otra ocasión el comunicarme vuestra duda.

Iba el Bachiller sumergido en sus

pensamientos, exclamando en medio de la soledad que en aquella floresta reinaba:

—Yo ya perdí mi contento
Si acaso pude tenelle,
Mezclado entre los temores
Del mal que tengo presente (1).

En esta forma pasó el resto del día; y siendo la hora de la caída de la tarde, acercósele su escudero, diciéndole:

—Paréceme, amo y señor mío, que se nos acerca la noche sin que nos sea dable detener la carrera del sol, que no parece sino que se muestra cansado de mostrarnos su luz para dar lugar al reposo con que la noche nos convida. No lejos de aquí hállanse unas chozas de leñadores y carboneros, en las cuales podemos pasar la noche, y en una

(1) *Romancero General.* Fragmento de un romance del siglo XVI.

de ellas hallaréis el descanso que necesitáis para estar en condiciones de lucha.

—Habéis hablado—díjole Sansón Carrasco—cual cumple á un fiel y cuidadoso escudero. Ved de encaminar vuestro rucio hacia esas chozas que decís.

Pasó delante Pedro Alonso, y después de haberse orientado para tomar el camino que debían seguir, se decidió por una senda que muy en breve los condujo al lugar en donde una mal provista choza ofrecía albergue á unos cuantos leñadores y carboneros que se disponían á tomar su frugal alimento.

Llegaron amo y escudero, los cuales fueron muy bien recibidos por aquella gente, ofreciéndoseles para cuanto pudieran necesitar, y ellos, en su escasez de recursos, ponerles á su disposición.

Mostróse el Bachiller gustoso y satisfecho, dispuesto á aceptar lo

que tan bondadosamente se les ofrecía, ordenando á su escudero que del repuesto de sus alforjas sacase para compartirlo con ellos.

Cenaban aquéllos guardando el mayor silencio, como dando lugar á que sus huéspedes lo interrumpiesen con cualquiera observación; y creyendo el Bachiller que no hablaban por respeto hacia ellos, levantóse del asiento que ocupaba, y con semblante afable y agradable sonrisa rompió el silencio que reinaba con semejantes razones:

«— *O tempora, o mores!* ¡Felices aquéllos para quienes tienen ordenado los cielos gozar los encantos de una vida, no como la presente, llena de sinsabores y disgustos, cuyo pobre alimento, por su costo durísimo, hase ablandado y suavizado con lágrimas y suspiros! Desvanecidas las tinieblas que por tan luengos siglos extendiera el imperio del mal ofuscando á la razón,

promoviendo al extravío y conturbando el espíritu con el dominio de las halagadoras pasiones, se alzará triunfante el genio protector de la humana especie, aletargado por la ponzoñosa atmósfera saturada por tantos crímenes é iniquidades sufridas por los hombres. ¡Ah! ¡Sí! Desaparecerá, sumergiéndose en los profundos para no volver jamás en la vida humana, la vanidad, que, unida al orgullo en lazo estrechísimo, ha sido productora de perturbaciones infinitas, arraigadas tenazmente en los humanos pechos.

»Huirá la envidia por carecer de causa que la promueva; la avaricia no hallará corazones donde albergarse; el pernicioso y desenfrenado amor, causante de tantos males, será abatido por el honesto sentir que eleva y engrandece, como fuente de la reproducción humana.

»Las pasiones todas serán refrenadas, no por la videncia de la ley,

sino por el sentido concepto del deber y el imperioso fuero de la conciencia.

»Apenas habrá sobre quienes hacer sentir el peso de la justicia. El derecho, sentido por todos; la ley, casi innecesaria; la buena fe, triunfadora en todos los actos, y, como consecuencia, el bien social, dueño y señor del mundo.»

Todo este largo discurso, que tan intempestivamente fué pronunciado por el Bachiller, no dejó de causar gran admiración á los campesinos, que así entendían lo que aquél les había dicho, como por los cerros de Úbeda. Algunos de ellos, rindiéndose al sueño, se quedaron dormidos antes de terminar esta arenga, y el que parecía ser al que más respeto guardaban por su edad, díjole al Bachiller:

—Señor, las penosas faenas á que nos entregamos durante el día, que bien de mañana para nosotros em-

pieza, nos obliga á procurarnos el descanso desde las primeras horas de la noche; y así, no os debe extrañar que algunos de mis compañeros se hayan rendido al sueño en esta hora en que para los moradores de las villas y ciudades comienzan ciertos regocijos á que no estamos acostumbrados.

—Comprendo—contestóle el Bachiller;—idos á descansar, que mi escudero y yo nos acomodaremos como podamos hasta la hora en que se alegran los campos y todos los seres se regocijan por la venida del nuevo día.

Retiróse cada cual de aquellos campesinos á posesionarse de su hato, acomodándose amo y escudero donde creyeron que les sería menos pesada la larga noche que á toda prisa se entraba. Pasóla en profundo sueño Pedro Alonso; no así el Bachiller, el cual, entre dormido y despierto, dando vueltas en

su acalorada imaginación á las peregrinas ideas que le habían tenido desvelado, exclamaba: «¡Ah, señor Duque! yo os probaré con la fuerza de mi robusto brazo que jamás tuve intento de matar al valeroso Don Quijote de la Mancha, sino reducirlo á juicio y buena vida; y yo os demostraré también que no os temo y que os aguardo en campo abierto para venceros una y mil veces.» Y á este tenor prorrumpía fuertemente en frases y exclamaciones, que bien á las claras decían el estado de su flaco cerebro.

CAPÍTULO III

QUE TRATA DE LO QUE EN ÉL SE VERÁ

MIENTRAS se realizaban los hechos que quedan referidos en el anterior capítulo, ocurrían en la aldea otros no menos interesantes por su naturaleza, y principalmente por el misterio en que venían envueltos.

Consígnase en la historia que pasadas las primeras horas de la mañana y en la que tuvo conocimiento el Cura de la despedida que el Bachiller Sansón Carrasco le había hecho por medio de la carta que recibiera de manos de Tomé Cecial, avistóse con maese Nicolás el Barbero, á quien dióle cuenta de lo

ocurrido; y como quiera que su semblante como sus palabras revelaban una extrañeza y una inquietud muy marcadas, creyó oportuno maese Nicolás tranquilizarle, diciéndole:

—Mal sientan en vuestro ánimo y semblante las muestras de inquietud; porque bien creo que, muy por el contrario, debierais alegraros de esa ausencia de nuestro Bachiller, que la justifica la llegada del tiempo en que todas las universidades dan comienzos á sus trabajos; y si vais á dar en la tema de sospechar y temer á cada paso y por cualquier motivo, sería el cuento de nunca acabar y el vivir en una constante inquietud, cuando la fortuna nos ofrece la tranquilidad que estábamos muy lejos de esperar con esta ausencia que, de no haberse efectuado por tan justificada causa, hubiéramos tenido que promoverla, aunque hubiese sido valiéndonos de engaños ó usando de la violencia.

—Gracias os doy, maese Nicolás, por cuanto me habéis dicho, y veo muy claramente cuán injustificados han sido los temores que de momento abrigué. Apartemos de nuestro ánimo toda intranquilidad y veamos de hacer frente á los acontecimientos que habrán de sucederse con la llegada de los Duques y durante el tiempo de su permanencia en este lugar.

No bien hubo terminado el Cura estas palabras cuando presentóse el ama anunciándole la llegada de dos forasteros, de quienes no supo darle cuenta. Inquietóse el Cura, alteróse el ánimo del Barbero, y dirigiéndose apresuradamente á la puerta del aposento, vieron que hacia ellos venían dos personajes de riguroso luto. Reconociendo el Cura y el Barbero al paje de los Duques, y haciéndole un saludo al que le acompañaba, los hizo entrar rogándoles que les comunicaran la razón de su visita, si

bien se le alcanzaba que habría de relacionarse con la próxima llegada de sus Excelencias.

Trató maese Nicolás de retirarse, mas se detuvo á las primeras frases que le dirigió el Cura. Hizo éste tomar asiento á los recién llegados, y les dijo:

—Bien creo que esta visita, para mí tan honrosa como satisfactoria, es la más evidente prueba que desear podría de que la llegada de sus Excelencias deberá verificarse de un momento á otro, y espero me digáis cuáles sean las órdenes que de los señores Duques habéis recibido.

—Cumplo mi encargo entregándoos esta carta—dijo el paje,—y á la vez presentándoos á este señor que me acompaña, que su Excelencia ha dispuesto que venga conmigo para cumplimentar sus órdenes.

Saludó el Cura al nuevo personaje, el cual, después de una ligera inclinación de cabeza, pronunció

algunas frases en correcto italiano, manifestándole el paje que desconocía en absoluto el idioma español.

Abrió el Cura la carta, en la cual se limitaba el Duque á expresarle que llegaría á pocos días de su recibo.

Observaron tanto el Cura como maese Nicolás el misterio con que se presentaba el paje de los Duques y su acompañante, y más aún cuando se apresuraron á salir de la casa para visitar las inmediaciones del lugar.

Habiendo quedado solos el Cura y maese Nicolás:

—Señor Cura—exclamó éste,—me he sentido impresionado por el aspecto del individuo á quien el paje acompaña. ¿Quién será él? Porque observo en su persona una gravedad que espanta, aunque en su semblante y en sus modales se significa una afabilidad muy marcada.

—Ríndome—dijo el Cura—ante los deseos de su Excelencia, si es su propósito que de ese personaje se observe y guarde el mayor secreto; sólo cúmpleme respetar su voluntad.

Despidióse el Barbero, aunque tascando el freno de la curiosidad, para encaminarse derechamente á la casa de Sancho á fin de comunicarle cuanto había presenciado, prometiéndose interesar los ánimos de algunos, mover la curiosidad de muchos y alborotar á todos, movido por el interés que ofrecían aquellos preliminares de los sucesos, que, á su juicio, no se habían registrado semejantes en la historia de aquel lugar.

Habiendo regresado el paje y su acompañante á la casa del Cura del paseo por el lugar, desconociéndose la causa que lo motivara, y después de terminado el almuerzo que el Cura les ofreció, tuvieron todos no-

ticia de que á la entrada de la aldea habían llegado una porción de carros cubiertos de espesa y tupida lona, y cuyo contenido era un misterio para todos los que se interesaban en averiguarlo.

Salieron á recibirlos el paje del Duque y su acompañante, el cual ordenó que aquéllos se acomodasen en lugar conveniente é inmediato al en que se había de construir una cerca de madera y lona dentro de la que se realizarían unos trabajos, que dieron principio apenas fué aquélla terminada.

Atónitos y admirados de cuanto sucedía no cesaban los vecinos del lugar de preguntarse los unos á los otros; y así, veíanse acometidos de incesantes preguntas, no dándose trazas para contestarlas el Cura, el Barbero y hasta el mismo Sacristán.

En medio de aquella continua zozobra que agitaba á los corazones,

no dejó de haber quien, formando parte de un pequeño corro de vecinos manifestara que para tranquilizar los ánimos debiera acudirse al gran talento de Sancho Panza, el cual no hacía largo tiempo se había mostrado tan sabio y discreto en su pasado gobierno.

Dirigióse, pues, á la casa de éste el grupo que mostraba tanta impaciencia por ver satisfecha su curiosidad. Hallaron á Sancho Panza rodeado de toda su familia, de algunos vecinos, de maese Nicolás y del Sacristán. Ocupaba aquél el ancho sillón de cuero que ya saben nuestros lectores que le sirvió durante su pasada convalecencia, mostrando en su porte y en su semblante la misma gravedad que cuando en su pasado gobierno tuvo ocasión por repetidas veces de mostrar su discreción resolviendo cuantas dudas se le presentaban y cuantas cuestiones se le ofrecían.

Su mujer Teresa hallábase á su lado como para ofrecerle su cooperación en cualquier caso dudoso. Su hija Sanchica mostrábase muy regocijada por aquella aglomeración de gente que acudía cerca de su padre en demanda de su parecer, prometiéndose meter su cuarto á espadas si llegara el caso. El Barbero tomó la actitud adecuada como para terciar en las discusiones cuando á su juicio lo creyera oportuno. Tan sólo el Sacristán se prometió guardar el más profundo silencio, limitándose á significar su afirmación ó desaprobación para adherirse, como se lo prometía á sí mismo, al parecer del mayor número.

Tal era el aspecto que presentaba la casa de Sancho cuando acertó á llegar á ella el grupo de vecinos ansiosos por conocer de lo que se trataba, exclamando uno de ellos:

—Señor (y no vos extrañe esta forma de que me valgo al dirigiros

la palabra): siendo de todos bien conocido el gran talento que demostrasteis cuando fuisteis gobernador en la tierra de Aragón, acudimos hoy en demanda de vuestro parecer á fin de que éste logre tranquilizar los ánimos de nuestros vecinos, alarmados ante los hechos que se suceden, por los cuales tememos la imposición de crecidas gabelas que nos será imposible atender. Designado para que vos dirija la palabra á nombre de todos, espero oir vuestro parecer para hacerlo público y conseguir la tranquilidad de los ánimos.

—Mucho me honra, amigos—díjoles Sancho Panza,—el recuerdo que habéis hecho de mí en el día de hoy y ante los sucesos que se preparan en nuestra aldea; pero debo deciros que no hay motivo alguno que justifique esa actitud que habéis tomado.

—Precisamente esas vuestras pa-

labras nos mueven más y más—dijo otro de los que formaban el grupo—á la inquietud en que nos hallamos; y si hasta ahora hemos gozado en esta aldea de la bendita paz, hija del cielo, tememos que á ésta se sucedan los males de la guerra.

—No vos deben inquietar esos sucesos—dijo Sancho,—porque aun cuando los desconozco, me basta saber que son debidos á la voluntad de los señores Duques, cuyas riquezas, poder y magnificencia no es posible humanamente ensalzar; y, en fin—añadió poniéndose en pie,—yo, Sancho Panza, escudero que fué de nuestro convecino Don Quijote, y gobernador un día de la Ínsula Barataria, prometo solemnemente á todos vosotros que de los hechos que habrán de sucederse tendréis que dar al cielo infinitas gracias.

—Poco á poco, marido mío; ya habéis visto (y con cuánta pena lo

refiero), cuán presto pasan las horas felices en medio de nuestras desdichas humanas; un solo día, como habéis dicho, por no decir un instante, os visteis sentado en un trono y rodeado de vasallos, y muy luego sepultado en vida á vuestro regreso del gobierno, que lograsteis más bien por la bondad de los Duques que por vuestra capacidad para desempeñarlo.

—¡Cómo! ¿Qué estáis diciendo, Teresa?—replicóle Sancho.—De que haya sido breve el tiempo que durara ese gobierno nada os digo; pero en cuanto á mi comportamiento en su desempeño sólo debo recordaros que salieron á la luz pública, según después supe, «Las constituciones del Gran Sancho Panza»; y esto, por lo menos, es una satisfacción de que no todos los gobernadores pueden vanagloriarse.

—Sí, marido mío, pero.....

—Nada, mujer; y si abrigáis la

más ligera duda acerca de mi comportamiento, no tan sólo en mi pasado gobierno, sino durante el tiempo de mis servicios prestados á mi señor Don Quijote, debo recordaros que en cierta ocasión, y á nuestro regreso de Barcelona, presenciamos la cuestión entablada entre un hombre gordo y otro flaco acerca de cuál de ellos corría más, y estando mi amo querido en unión mía escuchando la disputa, acudieron los contendientes á mi señor Don Quijote para que manifestase su opinión en la forma en que la tal apuesta pudiera efectuarse; el estado de espíritu en que se hallaba mi querido señor por el hecho de su vencimiento en la playa de Barcelona, le impedía, según así lo manifestó, dar su opinión en aquella contienda, autorizándome para que yo la decidiera; y ya sabéis todos cuál fué la forma y manera de que me valí para resolverla, llegando á mis

oídos la siguiente frase nacida de entre aquella concurrencia: «Si tal es de discreto el mozo, ¿cuál debe de ser el amo?»

Estas últimas palabras fueron expresadas por Sancho con tan profunda convicción, después de haber ocupado su asiento de nuevo, tomando una actitud tan majestuosa que hizo serenar la frente á los que formaban aquel grupo, el cual salió de la casa confiado y seguro de que el que fué gobernador les devolvía la tranquilidad que anhelaban.

Habiendo quedado Sancho, Teresa, Sanchica, el Barbero y el Sacristán, exclamó aquél apoyando la frente sobre su mano derecha y creyéndose estar solo:

—¡Que han de pesar sobre mí todas las desdichas ajenas como su único remediador! ¿Qué me queréis, atribulados por las congojas, menesterosos de consuelo y sedientos de la bendita paz, en las tribulaciones

de la vida? Apartaos de mí, desdichas, que con harto dolor lloraré el resto de vida. Pasaron para no volver jamás días que por siempre vivirán en mi memoria. Confiemos en el poder de los cielos en que llegará un momento en el cual nuestras almas, amo y señor querido, se estrecharán de nuevo para no separarse jamás.

Observando el más profundo silencio los que rodeaban á Sancho, escucharon á éste, y apenas terminó su exclamación, díjole Teresa:

—Sí, marido mío; pero «viva la gallinita y viva con su pepita». A vos os cumple llorar tamaña pena; pero acordaos que tenéis hijos, de que vos necesitan, y no es cosa de arrojar la soga tras el caldero, y si las penas mándalas el cielo, hay que mostrar conformidad, exclamando, como tengo oído decir: «*paciencia y barajar.*»

—Tenéis mucha razón, amiga Te-

resa—dijo el Barbero;—las penas son el patrimonio más seguro y positivo que dejan los padres á sus hijos, y esta herencia es la que se trasmite sin que en nada se menoscabe.

Levantóse el Barbero del asiento que ocupaba, y seguido del Sacristán, se despidieron, dejando sola á la familia de Sancho, para dedicarse cada cual á sus continuas faenas y menesteres.

CAPÍTULO IV

DE LA SABROSA PLÁTICA QUE MANTUVIERON EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA Y SU ESCUDERO PEDRO ALONSO.

Apenas la blanca aurora había cedido su puesto á los esplendorosos rayos del nuevo sol, que con sólo mostrarlos por los balcones del Oriente alegraba toda la naturaleza, cuando Pedro Alonso acercóse á su amo, diciéndole:

—Señor, señor; cumple á mi deber manifestaros que los moradores de este suntuoso palacio donde hemos pasado la noche, en la que no he podido cerrar los ojos encantado ante sus maravillas, hanme expresado antes de marcharse para co-

menzar sus labores, que besaban á vuesa merced las manos, y dejaban á vuestra disposición todas las magnificencias que este dicho palacio encierra y contiene.

—Socarrón estáis en demasía—exclamó el Bachiller subiendo sobre su caballo, y emprendió la marcha seguido de su escudero;—pero el haber cumplido con sus deberes á nombre de esa hospitalaria gente os exime de la grave pena que merecéis por haber interrumpido el hilo de mis pensamientos.

—Señor, haré por cumplir puntualmente vuestras órdenes—repuso Pedro Alonso.

Pasadas algunas horas, díjole éste al Bachiller:

—Señor, tiempo es ya de yantar alguna cosa, porque recuerdo el adagio que en varias ocasiones le escuché á Sancho Panza, de que «tripas llevan pies, y no pies á tripas», el cual se une y estrecha ínti-

mamente á este otro: «barriga llena, corazón contento».

—Bien se conoce, Pedro—díjole el Bachiller,—que no vivís muy alejado del bueno de Sancho.

Apeáronse amo y escudero á orillas de un manso arroyo que ofrecía su tributo á un riachuelo que aumentaba la corriente de otro más poderoso, el cual iba más tarde á confuudirse con el anchuroso río que muy luego se mezclaba con las amargas y turbulentas aguas del Atlántico.

Sacó el Alonso de sus alforjas el resto que guardó de lo que á su amo le presentara en el pasado día, y viendo cuánto había enflaquecido la bota y mermado el repuesto que en la aldea hizo, dijo con voz doliente y con semblante triste:

—Con cuánta pena y dolor ofrezco á vuesa merced la miseria de mis alforjas; y como no alcanzo á ver dónde y cómo pueda reponer

lo consumido, me temo que muy en breve tendremos que recurrir, si Dios no lo remedia, á hacer uso de las mustias yerbas y secas hojas que el otoño nos ofrece, arrancándolas de los árboles.

—No os apuréis, Pedro, que Dios mirará por nosotros; cuanto más, que no creo que pueda dilatarse por muchos días nuestra situación.

—Sea así—expresó Pedro Alonso.

—Dios—díjole el Bachiller—vela siempre por todas las criaturas, y su bondad infinita la reparte entre ellas de tan ostensible manera y forma, que dudar de sus atributos es dudar de su existencia.

Acabaron muy en breve de tomar tan reducido alimento, y mientras aquél cuidadosamente guardaba los miserables restos, exclamó el Bachiller cruzándose de brazos:

Creó naturaleza
Cual tipo de belleza,
Como la nieve deslumbrante y pura,
Tu espléndida hermosura.
Puso en tus ojos bellos
Del rojo sol los vívidos destellos;
En tu frente y mejillas ruborosas
Azucenas y rosas;
En tus labios, las mieles
Y el preciado carmín de los claveles.
Formó después tu mórbida garganta
Cuya esbeltez encanta;
Suspendió su labor, y, muda, inquieta,
Por breve espacio la admiró incompleta.
Queriendo, envanecida,
Darle perpetuidad, eterna vida,
Halló medio seguro
De mantener la fama en su provecho;
Y así, de mármol duro,
Hízole el pedestal, labró tu pecho.

—Señor—exclamó Pedro Alonso apenas terminó su amo de recitar este madrigal que en la pasada noche compuso á la tenue luz de las estrellas;—no acierto á comprender, porque lo que no pasa por mis sentidos no llega á mi conocimiento, que haya hombres que se quejen y

lamenten de desvío y de ingratitud en sus amadas al contemplar una estatua de mármol.

—No extraño—repuso el Bachiller—que ignoréis lo que para otros es tan claro y patente como la luz del día;—y emprendió la marcha seguido de su escudero.—Con los ojos del alma vemos, dándole vida real, todo aquello que en el mundo material carece de existencia.

—No os comprendo, señor.

—Sin embargo—continuó el Bachiller,—son una gloria en la vida de la humanidad los sabios conocimientos que el hombre ha llegado á adquirir destruyendo la poderosa llave con que la naturaleza guardaba tantas verdades ignoradas de las anteriores generaciones.

—Con todo, señor, muchas cosas se han escrito de tal manera, y corren entre las gentes como un punto de fe, y como se leen en otros libros otras que maravillan y suspenden,

creo que deben tenerse como grandes verdades, puesto que llevan el sello de la autoridad eclesiástica que permite que se lean.

—Hay mucho que hablar sobre ese punto — díjole el Bachiller,— pero conviene tener presente que los grandes genios han sabido transformar, por medio de sus creaciones, las corrientes de la sociedad; pero que estas corrientes existieron en sus tiempos no debemos negarlo; así que, transportándonos á tiempos pasados, no podrá dudarse que tuvieron existencia, entre otros, Alcina, la hermana de la hada Morgana, y de la Armida tan nombrada en cierto poema (1). Esa Armida fué la que, cuando se cansaba de sus amantes, los trasformaba en árboles, rocas y fuentes; y quiero recordar que el valiente Roger fué también víctima de sus artificios, y

---

(1) *Orlando Furioso.*—Ariosto.

olvidó, en brazos de la encantadora, á su amada Bradamanta; pero no tardó en dejar esta vergonzosa ociosidad y volver á los combates.

—Señor — dijo Pedro Alonso interrumpiendo al Bachiller,—me resisto á creer esas cosas que en las historias se refieren, porque me barrunto que las más de éstas son cuentos para niños, forjados por gente desocupada que, á mi ver, más provecho ofrecerían arando los campos, ó ya ocupados en el pastoreo, que inventando y urdiendo historietas que suelen perjudicar tanto á la salud del cuerpo como al sosiego del alma.

—A pesar de lo que habéis dicho, amigo Pedro, hay que creer ciertas cosas como verdad demostrada; y si esto acontece cuando nos limitamos á entender de hechos aislados, ¡con cuánta más razón no hemos de rendirnos á una relación no interrumpida de hechos y sucesos ba-

sados en la costumbre y mantenidos con ardiente fe por los que resplandecieron mostrando ya sus grandes virtudes! ¡Pedro! ¡Oh sublime Pedro!—exclamó el Bachiller alzando los brazos.

—Gracias, señor—dijo Pedro Alonso con humildad,—no creo merecer ese dictado con que me honráis.

—No sois, Pedro—dijo el Bachiller,—ese Pedro de que se ha hablado en los pasados tiempos.

—Ya, sí—exclamó Pedro Alonso; —vuesa merced deberá referirse á alguno de esos Pedros tan conocidos de todo el mundo, como lo fueron Pedro Urdemales, Perico el de los Palotes, Pedro el de los Boteros, Periquillo Malas y otros varios.

—No, Pedro de todos los diablos —exclamó el Bachiller,—me refiero, sí, á Pedro el Ermitaño, á quien sin duda alguna debe hoy la cristiandad todo el poder de que goza;

pero ¡cuánto es de lamentar en esta edad presente que no haya habido poderosos reyes, príncipes ni grandes señores que hayan escuchado la voz sublime del que en la historia de la humanidad vivirá con inmarcesible gloria en la memoria de los hombres, el jamás como se debe alabado Don Quijote de la Mancha!

En estas y otras razones pasaron amo y escudero las horas de aquel día. Ya declinando la tarde, y cuando las sombras de la noche dejaron ver las primeras estrellas, temerosos de perder la senda que llevaban, ordenó nuestro Bachiller á Pedro Alonso que eligiese el sitio más conveniente donde pasarla, toda vez que no distinguían ninguna choza donde poderse albergar.

Acomodáronse, pues, debajo de unos árboles; y cuando Pedro Alonso cuidaba de las caballerías, ofreciéndoles algunas ramas y hojas secas, decíales: «Tomad, pobres bes-

tezuelas, lo único que puedo ofreceros; pero no olvidéis que «á mu»cha hambre no hay pan duro». Y aunque me veo amenazado de comer estas hierbas, en verdad de verdad comiera yo más aina un cuartal de pan y dos cabezas de sardina arenque que cuantas yerbas producen los manchegos campos.»

Mientras el escudero hablábales á las bestias de esta suerte, nuestro Bachiller pensaba en sus soñados amores, como también en la imaginada venganza de los Duques, y fuése á reclinar al pie de un corpulento arbusto, en donde se prometió descabezar el sueño y esperar la llegada del nuevo día.



CAPÍTULO V

DE LA LLEGADA Á UNA VENTA DEL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA

¡OH tú, casta Diana, á cuyos tenues rayos ríndese el hombre, envuelta su mente en tristezas y melancolías, para reponer sus fuerzas! ¡Oh Menis de los tiempos idólatras; Urania allá, Celestia allí; adorada por unos bajo el símbolo del buey Apis ó el de Isis, por otros con el de Astarté y de Milita; nombrada por no pocos Alilat y Selene, y en todos los pasados tiempos apellidada Diana! ¡Oh tú, astro de la noche, que has logrado siempre inspirar en la mente del hombre la eterna y sublime poesía!

Á ti me acojo para que ilumines este mi pobre entendimiento y pueda discurrir por sus puntos en la narración de los venideros sucesos.

Digo, pues, que á la mañana siguiente, y puestos ya en camino nuestro Bachiller y su escudero Pedro Alonso, sintiendo la necesidad, no tan sólo de tomar algún alimento, sino también de abastecer sus alforjas y enflaquecida bota, dirigiéronse, por indicaciones del Alonso, hacia una venta no distante del sitio en que se hallaban.

Apenas habia transcurrido una media hora, divisáronla, cuya vista fué saludada con señaladas muestras de regocijo por el Escudero, á las cuales parecían unirse las de los animales.

No tardaron en llegar á la puerta de la dicha venta, y descendiendo de sus cabalgaduras, salió á su encuentro el ventero, que mostraba ser como de sesenta años, bajo de

cuerpo, rechoncho y de apacible semblante, si bien denunciaban sus amoratadas mejillas que cuidaba con extremo no se torcieran los vinos de su bodega, á fin de mantener siempre en su punto el crédito de su casa. Ordenó éste al muchacho, mozo de la venta, que acomodase las bestias en la cuadra, si bien á Pedro Alonso le pareció conveniente hacerlo por sí mismo, por aquello de que el ojo del amo engorda al caballo.

Mientras el Escudero cuidaba de aquéllas, el dueño de la venta condujo á nuestro Bachiller, admirado de su catadura y extraña vestimenta, al mejor aposento que en ella había, y díjole:

—En esta misma sala, señor caballero, se hospedó no há muchos días el señor Don Quijote de la Mancha, según me expresó mi mujer, al cual no conocí ni traté por haberme hallado ausente de este lugar; habién-

dole interesado, no sé por qué motivo, prestase una declaración ante el Alcalde otro caballero que aquí presente se hallaba, llamado don Garfio, Garfe ó Tarfe. Ello fué que se prestó la declaración ante el Alcalde y el Escribano, que casualmente aquí se hallaban, sobre si el tal caballero había visto ó tratado antes de aquel momento al que se tenía como único y verdadero Don Quijote.

—Bien, bien—exclamó el Bachiller, dando visibles muestras de impaciencia:—preparar el almuerzo, que es lo que ahora importa, el cual me lo servirá mi Escudero.

Hízole el ventero una profunda reverencia y salió del aposento á fin de cumplir la orden recibida.

Durante el breve tiempo que invirtiera Pedro Alonso en cuidar á las bestias, no dejó nuestro Bachiller de pasar una minuciosa revista á los guadameciles que cubrían las

paredes, los cuales llamaron la atención á Don Quijote de la Mancha cuando ocupó este mismo aposento á su regreso de Barcelona.

Llegó en esto el Alonso dispuesto á servirle el almuerzo que el ventero le hubo de preparar á su señor, lo que efectuó en medio del mayor silencio.

Alzados los manteles significóle Sansón Carrasco á su Escudero que lo dejase solo á fin de descansar un breve espacio de tiempo.

Fuése Pedro Alonso en busca de su almuerzo.

Antes de rendirse totalmente al sueño nuestro Bachiller, y bullendo en su fantasía el recuerdo de la sobrina de Don Quijote, á causa de las indicaciones que el Cura le hiciera, y á un mismo tiempo la idea de la venganza que suponía habría de tomar el Duque, se expresó en la siguiente forma:

—Si yo, por malos de mis pecados

ó por mi buena suerte, señora mía, me encuentro por ahí con el señor Duque y lo derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó, finalmente, le venzo y le rindo, no será bien enviárselo á vuesa merced presentado, y que éntre y se hinque de rodillas ante vuesa fermosura, y diga con voz humilde y rendida: «yo, señora, soy el malaventurado Duque á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado Caballero de la Blanca Luna?» Y en estó cayó rendido por el más profundo sueño.

Cuando saboreaba Pedro Alonso aquellos manjares calientes, después de los varios días que se vió privado de ellos, advirtió la llegada de algunos viajeros á la puerta del mesón, lo que obligó al ventero á salir precipitadamente á su encuentro.

Movido por la curiosidad, siguió Pedro Alonso á aquél, viendo la

llegada de tres caballeros, seguidos de sus correspondientes pajes, los cuales pidieron al ventero los mejores aposentos que tuviera.

Al ver Pedro Alonso á aquellos caballeros y pajes allí reunidos, pasó al cuarto de su amo, que tranquilamente reposaba, y dejado llevar de su extraordinario celo hacia éste, creyó oportuno darle cuenta de la llegada de los viajeros por cuanto pudiera interesarle; viniéndole á la memoria en aquellos momentos la historieta que el Bachiller le había referido á la salida de la aldea referente á la imaginada aventura de haber amparado y protegido á cierta dama á su regreso de Barcelona.

Despertó el Bachiller á la llegada de su Escudero, y al observar el sigilo con que éste se le acercaba, echó mano á su espada, exclamando:

—«Tente ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo, y no te ha

de valer tu cimitarra.» Confiesa, confiesa que yo no fuí el matador de Don Quijote; — y comenzó á darle golpes con la espada como llovidos; Pedro Alonso, abrazando á su señor y amo, logró impedir que lo hiciera pedazos á golpes y cuchilladas, diciéndole:

—¡Por Dios, señor, que vuesa merced debe de estar enajenado! No soy ningún ladrón, malandrín ni follón que venga contra vos ni á aprovecharme de vuestra hacienda. Ni digo yo que matarais á Don Quijote, que murió de calenturas malignas. Mirad bien que soy vuestro desventurado escudero Pedro Alonso, dispuesto siempre á dar hasta la última gota de su sangre en defensa de vuesa merced. Venid en vuestro acuerdo, que tengo que comunicaros tan alta noticia, que quizás tengáis que hacer valer tanto la fuerza de vuestro brazo como la intrepidez de vuestro corazón.

Ya en esto había vuelto nuestro Bachiller á su acuerdo, y envainando la espada díjole á Pedro Alonso.

—No es hora ésta, amigo Pedro, de deciros lo que he visto y presenciado poco antes de vuestra llegada; pero día ha de venir en que pueda contaros punto por punto lo que pluguiese á Dios no llegue á ser una realidad. Olvidemos lo acaecido y decidme la causa que aquí os trae.

—Acaban de llegar á este mesón —dijo Pedro Alonso—tres caballeros acompañados de muchos pajes, y pidiéndole alojamiento al dueño de la venta, fueron por éste acomodados. Habiendo oído poco después que venían en busca del lugar donde debía residir un caballero cuyo nombre no llegué á entender, presté la mayor atención, y como quiera que tengo siempre presente lo que ya me habéis referido de aquellos caballeros aragoneses que preten-

den os unáis en matrimonio con cierta dama, he presumido que vienen contra vuesa merced, creyendo de mi deber daros cuenta de lo que no sin fundamento he sospechado.

Quedó pensativo nuestro Bachiller por algunos instantes, y, pasados éstos, díjole á su Escudero:

Gracias os doy, Pedro, por el celo y cuidado que prestáis en mi servicio; mas debo deciros que los temores que abrigáis no son tan fundados como para prevenir mi ánimo. Creo, más bien, que debo no debilitar mis fuerzas con vagos temores á que dieran causa vanos indicios. Apartad de vuestro ánimo la sospecha en que habéis caído, y veamos más bien de que mis temores no lleguen á ser una realidad, si bien me sobran bríos para hacer frente y contrarrestar todo ataque inesperado. Cuidad con extremo de no pronunciar mi nombre ni el de nuestro lugar siempre que habléis con los

pajes de los recién llegados; pero estad prevenido á fin de comunicarme cuanto logréis saber y pueda ser de mi interés.

—Haré, señor—repuso Pedro Alonso,—por que vuesa merced quede satisfecho de mis cuidados, pues me prometo emplear la prudencia de la serpiente, la vigilancia del gallo y la astucia de la zorra; y si mis propósitos no se realizaran, exclamaré como tengo oído decir:

Vinieron los sarracenos
Y nos molieron á palos;
Que Dios protege á los malos
Cuando son más que los buenos.

—No, Pedro, Dios no protege la maldad; consiente, sí, ciertos hechos para castigo de los malos, que son los que se visten falsamente con apariencia de bondad.

Salió Pedro Alonso, dejando al Bachiller profundamente pensativo por lo que comunicado le había;

mas, envuelto en varios y diversos pensamientos, vino á desvanecerlos el recuerdo de la que hacía ya algunos días hubo de considerar como la reina de su alma, merced á la indicación que el Cura le hizo referente á la sobrina de Don Quijote; y en medio de estos desvanecimientos rindióse nuevamente al sueño.

CAPÍTULO VI

DE LA CONVERSACIÓN HABIDA ENTRE LOS TRES CABALLEROS GRANADINOS RECIÉN LLEGADOS Á LA VENTA.

APENAS descendieron de sus cabalgaduras los recién llegados, y conducidas éstas por los pajes á la cuadra, exclamó uno de los caballeros:

—Al fin, Sr. D. Alvaro, hemos llegado á la venta tan deseada por vuesa merced; y estimo, no sin fundamento, que hemos de lograr en la revista que estamos haciendo de villas y lugares perder lastimosamente el tiempo. Así, ruego á vuesa merced se considere vencido en nuestra querella y á mí se me tenga

y declare por el Sr. D. Luis como triunfador en la misma.

—No hay que alardear de triunfos que están muy lejos de ser una realidad—replicó el caballero que fué designado con el nombre de don Alvaro;—precisamente aquí fué donde conocí y traté, aunque por muy breve tiempo, al que os vengo denominando mi verdadero Don Quijote, tan contrario de todo punto al que hemos visto y tratado antes y después de nuestra permanencia en Zaragoza. Verdad es que á otro que no á mí pudieran acometer la vacilación y la duda, porque ni en el Toboso ni en otros lugares por nosotros recorridos se nos han suministrado pruebas ni antecedentes relacionados con la existencia de mi Don Quijote, tenido por vosotros como fantástico; pero no dudo de que ha de llegar el momento, quizá no muy lejano, de que veáis por vista de ojos lo que hasta el día

han tenido vuesas mercedes por delirios de una mente extraviada.

—*Operibus credit, non verbis*,—exclamó D. Carlos.

—Ellas, unas y otras, me harán verdadero—repuso D. Alvaro.

—No dudo, amigo mío—expuso D. Carlos,—de la buena fe con que nos habéis dado cuenta en Granada de todo cuanto os pasó en esta misma venta á nuestro regreso de Zaragoza, donde juntamente nos hallamos; pero ya habéis escuchado las poderosas razones en que fundo mi opinión contraria á cuanto nos habéis referido, y bien creo que estamos muy distantes de avenirnos, siendo tan opuestos nuestros pareceres. Espero que el Sr. D. Luis, que nos acompaña con el carácter de juzgador en nuestra disputa, sabrá dictar su fallo conforme á las pruebas que se le presenten.

—Haré, amigos míos—expresó D. Luis, el otro de los caballeros,—

por que los términos de justicia resplandezcan en el fallo, que deberé dictar atendidas las pruebas que se me presenten; y como depositario de los 2.000 escudos en que consiste la apuesta pendiente entre tan ilustres amigos míos, haré entrega de ellos al que triunfe en esta contienda.

—Conforme—expresó D. Alvaro;—pero veamos de prepararnos en nuestros respectivos aposentos para disponernos al almuerzo que muy en breve nos será servido.

Fuése cada uno de ellos al cuarto que debían ocupar, saliendo al poco rato para dirigirse á otra sala donde les sería servido el almuerzo.

Ocupados sus respectivos asientos, trataron de cosas indiferentes hasta la terminación de aquél, y levantados los manteles, dijo D. Alvaro:

—Soy de parecer, salvo opinión más acertada, que procuremos an-

tes de salir de este lugar avistarnos con el Alcalde y el Escribano ante quienes se formularon las diligencias solicitadas por mi verdadero Don Quijote, y en las que aparecerá mi declaración prestada referente á no haber visto ni tratado antes de aquel momento al expresado Don Quijote; y como conviene á mi derecho semejante certificación, deseo obtener una copia autorizada.

—Como se pide—exclamó don Luis,—pues debo facilitar á cada una de las partes contendientes los medios oportunos para el esclarecimiento de los hechos.

Avisados el Alcalde y Escribano que autorizaron las diligencias y declaración prestada por D. Alvaro, de que la historia hace mención, se obtuvo el certificado que D. Alvaro Tarfe pretendía.

Al ver D. Carlos la formalidad empleada por todas las personas que en aquel acto intervinieron, y

retirados del mesón el Alcalde y el Escribano, exclamó después de lanzar una estrepitosa carcajada:

—¡Válame Dios cuán fácilmente se rinde el hombre al engaño y á la malicia, desoyendo la voz de la verdad! ¿Dónde y en qué tiempos se ha podido estimar justificada la petición de un desconocido para proveer en términos de justicia? *Ubinam gentium sumus?* Rindámonos, amigos míos, ante los hechos indubitados, que son los que conducen á la verdad; pero dar un valor inmerecido á hechos no comprobados, es estar sometidos bajo el imperio de los desvaríos. Creo firmemente en el hecho de la declaración prestada; pero ¿qué autoridad, qué tribunal, qué juzgador que tenga conciencia de los altos deberes llamados á cumplir, puede atenerse á las exigencias de un desconocido para proveer conforme á su petición? ¿A qué conducía la intervención de

una autoridad ante la cual prestó nuestro amigo D. Alvaro su declaración? ¿Fué de necesidad esencial la presencia de un Alcalde y su Escribano para convencerse nuestro amigo de que no había visto ni tratado á aquel desconocido que se intitulaba Don Quijote? Hablemos claro: ó la atmósfera de esta región de nuestra España es la más propensa al extravío, ó fué la malicia la que doblegó el ánimo de nuestro amigo D. Alvaro, desoyendo por su causa la voz de la razón.

—No me creo, amigos míos—dijo D. Alvaro,—bajo la presión á que el ánimo se rinde á influjos de los encantos y sortilegios, y si en otra ocasión fuí franco y sincero hablando con mi Don Quijote cuando le dije «que no había visto lo que vi ni pasado por mí lo pasado», hoy me inclino á repetir esas palabras; si bien esto que acabo de deciros no es la rendición de la plaza ante las po-

derosas fuerzas que la cercan. Propongo, pues, un medio que someto al parecer del Sr. D. Luis, y no dudo que será aceptado por el señor don Carlos, y es el siguiente: no lejos de aquí, según quiero recordar, debe hallarse el Argamesilla en cuyo lugar nos vimos reunidos cierto día cuando marchamos en unión de otros caballeros para tomar parte en las justas de Zaragoza. Vamos, pues, á ese lugar, y veamos si nuestras indagaciones en él nos pueden conducir al seguro puerto de la verdad. Y esto digo porque bien creo que todo lo que en ese lugar vimos y entendimos fué una alucinación de nuestra mente.

—Pero ¿os atrevéis á poner en duda—replicó D. Carlos—todo aquello que por nosotros fué visto y presenciado?

—Lo dudo, Sr. D. Carlos, como vos dudáis de mis palabras—expresó D. Alvaro.—El cansancio produ-

cido por nuestro viaje, que emprendimos desde Granada en dirección á Zaragoza; las ilusiones que nuestra mente forjara henchida de triunfos futuros y de preseas logradas para rendirlas más tarde á los pies de nuestras damas, y el hallarnos por la vez primera recorriendo provincias extrañas y lejos de nuestra Andalucía, todas estas causas vinieron á perturbar nuestra imaginación, llenando nuestras almas las esperanzas del triunfo, lo que hizo, sin duda, debilitar nuestra mente, estimando como realidad lo que sólo pude ser una perturbación de nuestros sentidos.

—Aceptado el viaje propuesto por el Sr. D. Alvaro á el Argamesilla—exclamó D. Carlos,—y como quiera que ese lugar no dista mucho de aquí, saldremos pasadas las horas de la siesta.

Habiendo mostrado su conformidad el D. Luis, quedó convenida la

marcha, prometiéndose cada una de las partes contendientes hallar las mejores pruebas para el logro de su triunfo.

CAPÍTULO VII

DE LO QUE HABLARON VARIOS PAJES CON PEDRO ALONSO, Y DE LA EMBAJADA Á LOS CABALLEROS GRANADINOS POR EL DE LA BLANCA LUNA.

MIENTRAS se mantenía por don Alvaro y sus amigos la conversación que relata el anterior capítulo, logró Pedro Alonso entremeterse con algunos de los pajes de los caballeros recién llegados, con el fin de averiguar quiénes eran sus señores y cuál el motivo de su viaje, promesa que le había hecho á su amo el Bachiller.

Usando de toda precaución, acercóse á dos de ellos que departían separados de sus compañeros, y re-

vistiéndose de la autoridad que imprimen los años, dirigióse á ellos, diciéndoles:

—¿Adónde bueno caminan vuesas mercedes, señores pajes, si no habéis recibido de vuestros señores la orden de guardar el secreto?

—Nuestros amos—dijo uno de ellos—no han hecho misterio de su viaje, y así debo deciros, si mal no lo entiendo, que andamos buscando á Marica en Rávena, á Antúnez en Portugal ó al Estudiante en Salamanca; porque me doy á entender que la andante caballería ha sentado sus reales en esta región de la Mancha.

—Y, por ventura—díjole Pedro Alonso,—¿tenéis alguna razón que acredite vuestro juicio?

—Sí la tengo—contestó el paje,—porque há varios años que sirvo á mi señor D. Alvaro, y desde hace poco tiempo lo veo muy aficionado á los caballeros andantes; de quie-

nes si bien se ha burlado antes de ahora, quiera Dios que no se entusiasme tanto que le veamos metido en aventuras que le lleven mal de su grado á la casa del Nuncio.

—Según eso—exclamó Pedro Alonso,—estimáis falto de juicio al que ardorosamente abraza el ejercicio de las armas á la manera de tantos y tan señalados caballeros como en los pasados tiempos brillaron por tan noble ejercicio, deshaciendo tuertos, enderezando agravios, amparando doncellas menesterosas, y todo lo demás que á los tales caballeros les incumbe, según tengo leído en muchas historias que deleitan y entusiasman.

—Por lo que decís—repuso el otro de los pajes,—sois aficionado á esas historias de caballeros andantes.

—¡Y cómo si lo soy!—dijo Pedro Alonso socarronamente, tratando de engañar á los pajes que con la

mayor atención le escuchaban.—Y tanto lo soy, puesto que no me son desconocidas las historias de Tirante el Blanco, Amadís de Grecia, el Caballero del Febo y las de otros muchos que deleitan y suspenden por los maravillosos hechos que en ellas se relatan.

—En Dios y en hora buena—exclamó el paje á quien Pedro Alonso se dirigía.—Cada cual puede hacer de su capa un sayo y creer y entender lo que más sea de su gusto; pero estimo que más bien debiera prohibirse la lectura de tales historias que difundirlas entre las gentes, porque tengo entendido que han llegado á promover un mundano deleite hasta distraer la atención de algunas personas que debieran más bien fijarla en cosas santas y provechosas para el espíritu, que en las mundanales que suelen debilitar su ardiente fe religiosa.

—Hay mucho que hablar sobre

ese punto—dijo Pedro Alonso.—Y como habéis dicho que no creéis en ellas, yo me inclino al contrario parecer de vuesas mercedes; pero suspendamos nuestra conversación, que más adelante la seguiremos, porque parece que os llaman vuestros compañeros.

Separados los pajes de Pedro Alonso, dirigióse éste al aposento del Bachiller para darle cuenta de su conversación con ellos, creyendo que nada debería temer de los caballeros recién llegados.

Entró en el cuarto de su amo y señor, con el cual habló durante un buen espacio de tiempo.

Mientras departían amo y escudero, hablaban de sobremesa don Alvaro y sus amigos, y después de las varias observaciones que mediaron entre ellos acerca del asunto que los movió á salir de Granada, exclamó D. Alvaro:

—No hay que alardear de triun-

fos sin tener fundamentos para ello, amigo D. Carlos, porque os halláis á muy larga distancia de conseguir vuestro objeto, y espero que, en esta contienda con tanto ardor por nosotros sostenida, llegaré yo á conseguir la palma de la victoria para ofrecérsela muy luego á la señora de mis pensamientos, la cual, según tengo repetidas veces expresado, necesitaría de un muy grande Calepino para declarar «que sus años son diez y seis y su hermosura tanta que á dicho de todos los que la miran, aun con ojos menos apasionados que los míos, afirman della no haber visto, no solamente en Granada, pero ni en toda la Andalucía, más hermosa criatura; porque fuera de las virtudes del ánimo, es, sin duda, blanca como el Sol, las mejillas de rosas recién cortadas, los dientes de marfil, los labios de coral, el cuello de alabastro, las manos de leche, y, finalmente, tiene todas

las gracias perfectísimas de que puede juzgar la vista» (1).

—No creo—repuso D. Carlos—hallarme tan distante, ó más bien dicho, tan fuera de lo cierto como acabáis de expresar, porque espero que en la tarde de este día, que señalaré en mi casa con piedra de almagra, para que todos lo distingan como rótulo de cátedra, os he de ver rendido ante la realidad de los hechos.

—Breve es el plazo—repuso don Luis—señalado por vosotros mismos para llegar á pisar los umbrales del templo de la verdad, y aunque no soy apasionado en esto de intercalar refranes y proverbios en mis observaciones, repetiré lo que es del dominio del vulgo: «Dios quiera que orégano sea, etc.»

De esta guisa continuaron expre-

---

(1) Capitulo 1, *Don Quijote de la Mancha,* de Avellaneda.

sándose D. Alvaro y sus amigos, hasta el punto en que fué interrumpida la conversación por la llegada de Pedro Alonso, el cual, descubriéndose é inclinando la cabeza, dijo á los caballeros:

—Si vuesas mercedes no lo llevan á mal, después de besarles respetuosamente las manos, se servirán de conceder la venia que mi amo y señor, el caballero de la Blanca Luna, respetuosamente solicita, para saludarlos atentamente, ofrecerles sus servicios y respetos, y en breve despedirse para continuar el camino que ha emprendido por decreto de los altos cielos.

No pudieron menos de admirarse D. Alvaro y sus amigos á causa de la embajada á ellos dirigida. Miráronse los unos á los otros; pero reponiéndose D. Alvaro de la sorpresa causada por las palabras de aquel desconocido que se intitulaba escudero de un caballero andante, y

sospechando que podría ser aquella embajada una farsa dispuesta por sus amigos para holgarse con ella, díjole, mostrando una sonrisa por la sospecha que en aquel instante le asaltaba:

— Por cierto, señor Escudero, que habéis dado fiel cumplimiento al encargo que vuestro señor y amo os confiara, acomodado á todas las reglas de la cortesía, y así, dejaríamos de ser quienes somos si no correspondiéramos con las leyes de la caballerosidad, aceptando muy gustosamente la anunciada visita, con que nos prometemos tener ocasión de ofrecer nuestros servicios y respetos á quien tan cortésmente á nosotros se dirige.

Bajando de nuevo la cabeza, salió Pedro Alonso, dejando estupefactos á nuestros tres caballeros.

Por algunos instantes guardaron el más profundo silencio, sin cesar de mirarse atentamente los unos á

los otros, por hallarse todos ellos bajo la presión de una sospecha que concibieron instantáneamente. Así, creyó D. Alvaro que se trataba de una broma de D. Carlos; éste á su vez sospechó fuese su autor don Alvaro; D. Luis imaginó que era D. Alvaro el que tal broma pensara, por haber sido el que contestó á la embajada del de la Blanca Luna en los términos ya referidos; y unos por otros, aunque todos engañados por sus sospechas, revolvían su pensamiento sin darse punto de reposo.

Rompiendo el silencio que entre ellos reinaba, exclamó D. Luis:

—Vamos á cuento, caballeros y amigos: bien sabéis con cuánto gusto me he ofrecido á vuesas mercedes para mediar con el carácter que ostento en vuestra contienda. Mi edad y mis circunstancias, unidas á á la seriedad que siempre hemos mostrado, obligan á que cada uno

de nosotros ocupe el sitio que de naturaleza se le debe, y así no estimo de oportunidad el caso en que nos hallamos, porque lo acaecido en este momento otras circunstancias requieren y otros puntos piden.

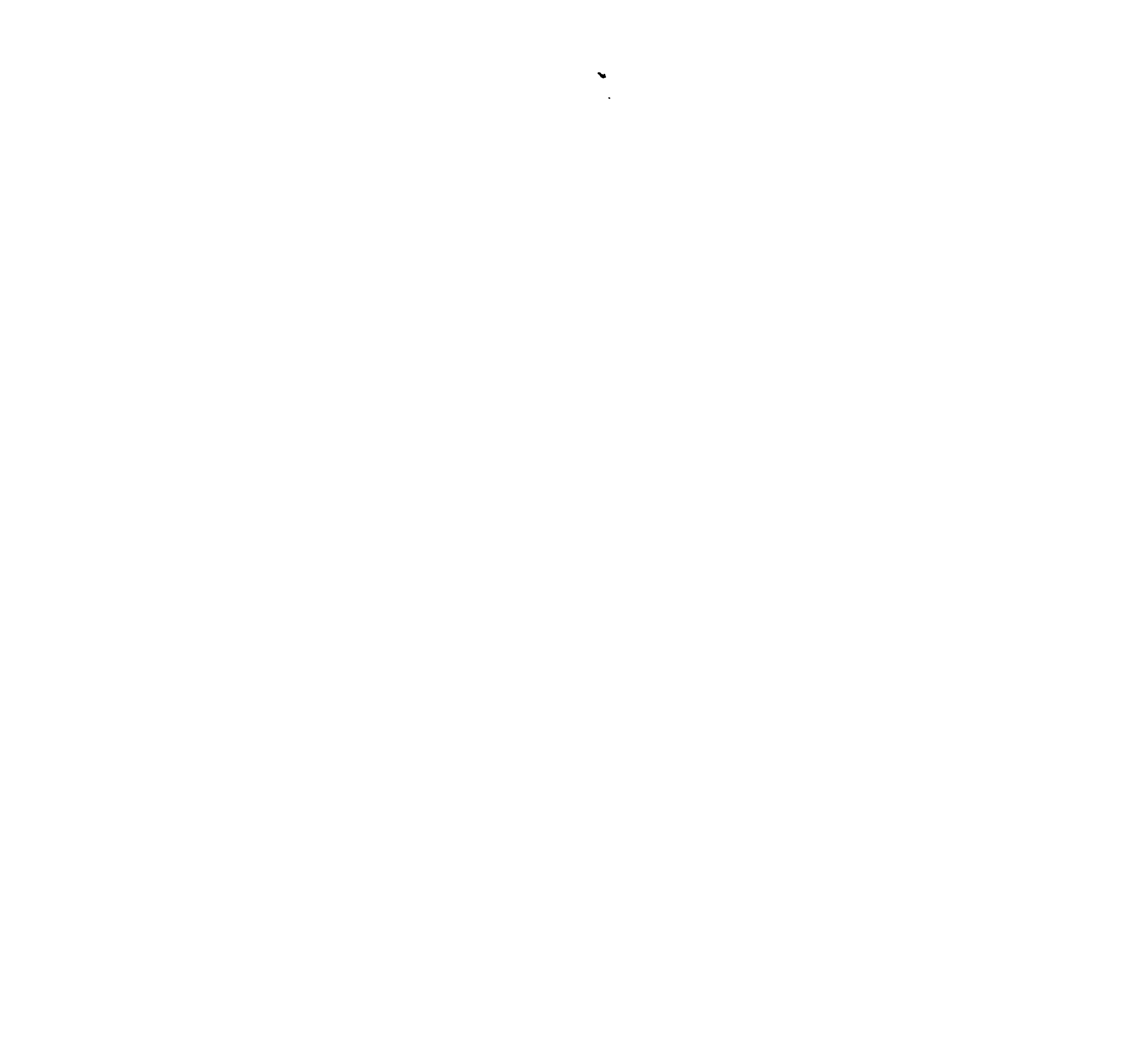
—Cumple á mi derecho—exclamó D. Carlos, revestido de la mayor seriedad—expresar que me uno y estrecho íntimamente á lo manifestado con tanta razón y justicia por el Sr. D. Luis.

—Amigos míos— exclamó D. Alvaro, — duéleme en el alma cuanto habéis manifestado, y por ello sólo tengo que expresar el profundo sentimiento de que rebosa mi corazón al creer, como justamente creo y afirmo, que alguno de vosotros bien pudiera ser el autor de esta comedia que se nos prepara, y cuya introducción ha sido tan hábilmente representada por ese desconocido que con el carácter de escudero se nos ha presentado. Declaro y juro haber

sospechado, desde la presentación de ese supuesto escudero del no menos ficticio caballero de la Blanca Luna, que se trata por mis respetables amigos de una broma andantesca; y como tal idea me asaltó desde los primeros momentos, fingí, como lo habéis visto (no sin empacho), el asociarme á ella, lo cual motivó la seriedad de que me revestí al contestar al Escudero del de la Blanca Luna; y esto que os acabo de decir será sustentado en todos los tonos donde los caballeros saben mantener la nobleza de sus acciones.

Iba á contestar D. Carlos como el más joven y fogoso de los tres amigos, cuando entreabiéndose la puerta del aposento presentóse en el umbral de la misma el caballero anunciado como el de la Blanca Luna, armado de todas armas, aunque levantada la visera de su vistoso y reluciente casco, y haciéndole entrega á Pedro Alonso de la lanza

y del escudo que llevaba en sus manos, se adelantó hacia los tres caballeros, en cuyos semblantes se significaba una mal reprimida cólera.



CAPÍTULO VIII

DEL DIÁLOGO MANTENIDO POR LOS TRES CABALLEROS GRANADINOS CON EL DE LA BLANCA LUNA.

La llegada de nuestro Bachiller tranquilizó algún tanto los agitados pechos de aquellos amigos.

—Acabo de recibir—dijo el recién llegado—por conducto de mi Escudero la muy grata nueva del honroso recibimiento prometido; y como cumple á los deberes que mi profesión impone, me he creido en la necesidad de saludar á mis compañeros de hospedaje, para ofrecerles mis servicios, recibiendo alta

honra del acogimiento que de mí haréis.

La impresión que á los tres caballeros les causó la llegada y frases dichas por el de la Blanca Luna, vinieron á trocar súbitamente el concepto que respecto de él habían formado. Creyendo D. Alvaro que á él le correspondía el contestar las muy atentas palabras que el Bachiller acababa de pronunciar, por creer, como era lo cierto, que á sus amigos les embargaba el ánimo la vacilación y la duda, se decidió á responder atentamente á lo que aquél acababa de expresar, y así, mostrando una agradable sonrisa, hablóle en los siguientes términos:

—Muchas y encarecidas gracias doy á vuesa merced, señor caballero, en nombre mío y en el de mis amigos, por vuestras sentidas frases llenas de ofrecimientos, que acogemos muy agradablemente, atendida la sinceridad con que se nos hacen,

y aceptándolos, nos prometemos corresponderlos cual pide la calidad de su persona, lo que bien se hecha de ver á tiro de ballesta.

A estas últimas palabras, expresadas por D. Alvaro con tanto agrado y dulzura, dirigiéronse una mirada de inteligencia sus otros dos amigos, á virtud de la duda que aún invadía sus ánimos.

—Los ofrecimientos que acabo de haceros — repuso el de la Blanca Luna, — como nacidos de lo más profundo de mi corazón, llevan el sello de la verdad, y espero que mis actos harán verdadero este mi sentir: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

A medida que se expresaba el Bachiller iban tranquilizándose los ánimos de nuestros caballeros, los cuales habían ocupado sus asientos después de haberle invitado para que lo efectuara.

Estimando D. Carlos que era de

su deber, ante las leyes de la cortesía, dirigirse al nuevo caballero, díjole:

— Me felicito en el día de hoy y será siempre en la memoria mía el recuerdo de este momento; porque si bien yo venía estimando desde que tuve uso de razón que las historias de los caballeros andantes eran concepciones de los grandes talentos que en épocas pasadas las publicaron y difundieron para entretenimiento de los que las acogían, hoy me inclino á creer que algunas, si no muchas, deben de haber sido relatos verdaderos.

—No hay que dudar—exclamó el Bachiller — ni por un solo instante de la verdad que en todas esas historias resplandece; y si en otros tiempos abrigué semejante duda, hoy puedo declarar ante la faz del mundo que he visto y tratado al que en las futuras edades será tenido como el modelo (que en vano trato

de imitar) de los más perfectos caballeros. Triste es la edad en que vivimos, porque no resplandece en ella ni uno sólo de aquellos seres que alcanzaron la más alta gloria que llevan al hombre al templo de la inmortalidad. ¡Cuán difícil es en el día hallar un Tirante el Blanco, un Don Girongilio de Tracia, un Laucalco, Señor de la Puente de Plata, un Micocolembo, gran Duque de Quirocia, un jamás temeroso Brandabarbarán de Boliche, un Timonel de Carcajona, ó un Espartafilardo del Bosque! Pero el alto cielo, que bien supo disponer suavemente las cosas, quiso que en la edad presente brillaran en un solo hombre las extraordinarias virtudes que en todos aquellos separadamente se ostentaron.

Bien entendieron los tres amigos que el que los visitaba no tenía sano el juicio, y así se convinieron por instinto en no hacerle una contra

demasiado acentuada, sino más bien averiguarse en parte con él, y como lo expresaba el sentido que envolvía la observación que D. Carlos acababa de hacerle.

Creyendo D. Luis que á él le correspondía terciar en la conversación promovida, díjole al Bachiller:

—Yo he creído y sustentado siempre que esas maravillosas historias de caballeros andantes han tenido su oportunidad en los pasados tiempos, tiempos cuyas huellas ha venido borrando el nuevo sentir de los hombres. Las costumbres guerreras que se mantenían en nuestro país á virtud de la Reconquista; la ardiente fe religiosa sentida por la clase principal de nuestra sociedad, y el respeto convertido casi en adoración hacia la mujer, fueron las causas que originaron el aparecimiento de la orden de caballería, institución que, como toda cosa humana, tuvo

su principio, su desenvolvimiento y alcanzó su fin.

—¡Cepos quedos, señor mío!—exclamó el Bachiller, interrumpiendo á D. Luis;—aún hay sol en las bardas, y Dios que me oye sabe lo que me digo. No son los tiempos presentes los más adecuados para que se propague el acogimiento de las grandes instituciones; pero basta que un solo hombre se sienta lleno de la más ardiente fe por resucitar la noble institución de la andante caballería, para no considerarla extinguida por el delirio de nuestro tiempo. Un solo hombre basta para mantener la idea, y tal y tan poderoso puede ser, que logre, como la chispa, inflamar montañas de pólvora.

—El símil—repuso D. Luis—de que vuesa merced se vale, hiere más á los sentidos que á la fría razón. Una idea grandiosa, llevada á la práctica, puede tropezar con muchos inconvenientes.

—Mucho podría argüirse—expresó D. Alvaro—en contra del parecer del Sr. D. Luis; pero habré de limitarme á decir que el hombre actual se desenvuelve y vive bajo el amparo de que carecieron anteriores generaciones.

—Me asocio de todo corazón—exclamó D. Carlos—al parecer del Sr. D. Alvaro, si bien disiento en algunos extremos. Sólo en un justo medio consiste la virtud, porque toda exageración produce fatales consecuencias. Pero dejando en suspenso este punto en que nos venimos ocupando, siquiera sea por el deber en que nos hallamos de atender y obsequiar al Caballero de la Blanca Luna, propongo que se le ofrezcan algunas pastas y fruslerías de las que hicimos un razonable acopio á nuestra salida de Granada, las cuales bien quisiéramos verlas sustituídas por perdices de Morón, el faisán de vistoso plumaje, la tru-

cha de la Irlanda y el salmón de la Noguera, que estimulan á saborear el Treviano, el Monte Frascón, el Asperino, el Candía y el Soma, juntamente con los de Madrigal, Coca, Alaejos, Esquivias y Ciudad Real.

No bien comenzaron á saborear nuestros caballeros las pastas, exclamó nuestro Bachiller en la siguiente forma; pero esto debe tomarse por asunto de otro capítulo.

CAPÍTULO IX

EN EL QUE SE CONTINÚA LA CONVERSACIÓN MANTENIDA POR EL DE LA BLANCA LUNA CON LOS TRES CABALLEROS.

AL mediar el refrigerio que los tres caballeros ofrecían á á nuestro Bachiller, exclamó éste:

—Hállome, señores caballeros, bajo la impresión más agradable de mi vida. Las atenciones de que estoy siendo objeto, dispensadas por personas cuya principalidad es bien notoria; la muy discreta conversación aquí mantenida, y, por último, este suntuoso banquete, lejos, muy lejos de las populosas ciudades, me transportan henchido de inefable gozo á uno de aquellos palacios de

que nos cuentan las historias, para merecer, por el solo concepto de llamarme caballero andante, las infinitas atenciones que siempre se dispensaron á los de mi clase en las moradas de príncipes y poderosos reyes.

—No quiero ni debo—expresó don Luis—unirme estrechamente á todas vuestras palabras, porque si bien es un hecho la sinceridad de nuestros ofrecimientos, no pueden ni deben elevarse éstos á la categoría de reales muestras de afectos, porque éstas son patrimonio exclusivo de los príncipes. Podrán las de éstos estimarse por la importancia de los que las ofrecen, pero las que hemos rendido á vuesa merced llevan el sello de la mayor admiración y del respeto que merecen aquellos seres que se consagran por sólo su voluntad al noble ejercicio de las armas para sacar triunfantes en toda ocasión la virtud y la justicia.

—Soy del parecer de nuestro amigo D. Luis—dijo D. Álvaro;—y no dude el señor Caballero de la Blanca Luna que hallará en mí y en todo tiempo un amigo leal y sincero que coadyuvará con sus escasas fuerzas al mejor logro de sus empresas.

—Bien quisiera—exclamó D. Carlos—que en esta ocasión, altamente honrosa para nosotros, se hallara presente el invicto caballero Don Quijote de la Mancha, cuyas proezas, bien conocidas de mis amigos, le han hecho merecedor de la inmarcesible gloria que muy pocos, ó quizás ninguno de los pasados caballeros logró alcanzar por su intrepidez en el acometer, su perseverancia en el resistir, y, en los casos de adversidad, por su resignación paciente, no hallando medios para contrarrestar el poder de los encantadores que constantemente le perseguía. Grande fué para mis amigos y para mí la satisfacción que expe-

rimentamos al conocer y tratar á tan ínclito caballero; pero el extraordinario ímpetu que empleaba en sus empresas le obligó á que lo recluyesen en Toledo en la muy respetable casa del Nuncio.

—¡Falso de toda falsedad!—gritó el Bachiller poniéndose en pie.—Acojo con verdadero entusiasmo las frases aquí emitidas en elogio de tan renombrado caballero, pero rechazo con toda la fuerza de mi convicción el hecho de hallarse recluído en parte alguna. Mal puede asegurarse que se halle en semejante sitio—dijo volviendo á ocupar su asiento,—cuando el más grande hombre de estos tiempos dejó de existir no há muchos días..... ¡Y Dios perdone á su matador!

—¡Cómo! ¿Qué decís? ¿Que ha muerto Don Quijote de la Mancha? —exclamó D. Álvaro altamente sorprendido.

—Seguro estoy de ello—expresó

el Bachiller, significando profundo pesar; — y al dejar esta miserable vida, halló su alma el consuelo, elevándose á la mansión de los justos, de que rodeasen su cadáver parientes y amigos en cuya memoria vivirá eternamente su recuerdo. Murió, vuélvolo á decir, rindiendo este tributo á la naturaleza; porque, aun habiendo sido el más grande hombre de nuestros tiempos, no pudo eximirse de ello; que como dijo el poeta latino: *Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas regunque turres.*

Al pronunciar el de la Blanca Luna estas últimas palabras, dirigiéronse una mirada de inteligencia D. Carlos y D. Luis, por haberles asaltado de nuevo la idea de estar siendo objeto de una broma; y más aún pensaban de esta suerte al observar la sorpresa de D. Alvaro por la fatal nueva que el Bachiller hubo de comunicarles.

—Pero—exclamó D. Alvaro, dudando de lo que acababa de expresar el de la Blanca Luna, —¿no pudiera ser ese triste acaecimiento una ilusión de vuestra mente?

—¡Ojalá fuese un sueño de mi fantasía! — exclamó el Bachiller. — Murió el solo, el único Don Quijote que ha ensanchado los límites, no ya de la Mancha, sino de todo el mundo. Él fué el solo, repito, el único Don Quijote, por sus virtudes y por su valor.

—Vuesa merced, señor caballero —añadió D. Alvaro,—afirma haber visto y tratado á un Don Quijote de la Mancha, que mis amigos aquí presentes no han conocido de modo alguno; por el contrario, estos señores sostienen, como verdad innegable, haberse comunicado con otro del mismo nombre, cuyos atrevimientos le han conducido á la casa del Nuncio en Toledo; el Don Quijote de vuesa merced, según vues-

tra declaración, ha dejado de existir; el de mis amigos vive todavía; el de vuesa merced fué digno de la mayor admiración, al paso que el de mis amigos no pasa de merecer el calificativo de un verdadero demente; el uno deberá figurar en la historia de la humanidad como el hombre más glorioso de nuestros tiempos, á diferencia del otro que sólo merecerá el desdén de los hombres por sus acciones extravagantes; aquél vivirá la eterna vida de la gloria, éste logrará el eterno olvido; y estos términos en que me expreso son debidos á mi profunda convicción de que el uno es falso y el otro verdadero.

—Muy bien dicho, señor D. Alvaro,—repuso el de la Blanca Luna. Los grandes hombres siempre han tenido émulos y envidiosos, si no es que á éstos les ha movido el deseo de adornarse con plumas ajenas para lograr lo que no merecen. No

basta el apropiarse nombre glorioso para ser acreedor á la eterna fama; y como ésta pregonaba ya por todos los ámbitos de la tierra los esclarecidos hechos del héroe de la Mancha, habrá habido sin duda quien con inaudito atrevimiento quiera reemplazarlo en su tercera salida, creyendo que sus acciones como fingido Don Quijote de la Mancha pueden ser hijas del que ha sido solo y único en los anales manchegos.

—No convencen las palabras—exclamó D. Carlos—si los hechos no las comprueban.—Nuestros pareceres, amigo D. Alvaro, no pueden en modo alguno avenirse. En la contienda entablada entre nosotros, las pruebas más evidentes habrán de presentársele al señor D. Luis para que dicte su fallo en términos de justicia. Las palabras del señor Caballero de la Blanca Luna y las vuestras mismas podrían

inclinar la balanza de la justicia en vuestro favor; pero á juicio de todo juez deberán acumularse mayores pruebas para decidir la contienda. Creo llevar en mi favor sucesos comprobados; y estimando de mi deber alegar en este momento las razones en que me fundo, quisiera hacer un breve relato de los hechos más culminantes, que servirán de base para resolver esta cuestión.

—Vuesa merced, señor D. Carlos —exclamó D. Alvaro,—alegará en este momento los hechos que á su juicio deberán servir de base para la resolución de nuestra contienda; pero quédame el derecho de estimarlos como una ilusión de vuestra mente. Concretando la cuestión entre nosotros mantenida, puede reducirse á los siguientes términos: ¿Fué una verdad ó una ilusión de nuestra mente lo que nos acaeció en Argamesilla después de nuestra salida de Granada, y más tarde en

Zaragoza y Madrid? ¿Fueron seres reales y efectivos, ó creaciones fantásticas que forjara nuestra mente, aquel Don Quijote, aquel su escudero Sancho, aquella reina Cenobia que resultó llamarse Bárbara y ser una mondonguera de Alcalá, aquel Bramidán de Tajayunque, rey de Chipre, y siéndolo vuestro secretario, y aquel Archipámpano, y aquella Archipampanesa, que lo eran un titular y su esposa? Hablemos claro, amigos míos: si la realidad de los hechos y de las cosas marcha estrechamente unida á las ilusiones de nuestra mente, ¿quién será bastante osado á determinar el límite que las separa? ¿Quién ha logrado ver triunfante la verdad sin percibir muy cerca de ella alguna sombra que obscurezca su reluciente brillo?

—Me permito, señores y amigos —exclamó el de la Blanca Luna,— deciros mi opinión por lo que valga, acerca del punto en que os ocupáis,

después de haber escuchado lo expuesto por el señor D. Alvaro. Si mal no he comprendido, trátase de diferenciar las ilusiones de la mente humana de los hechos reales y efectivos, y, dejando aparte las teorías, me limitaré á exponer lo siguiente: La mente del hombre se ha visto perturbada por causas extrañas á su propia naturaleza; así, pues, debo decir que el encanto de que muchos hombres se han visto poseídos ha sido de todo punto irrefutable, teniendo por base la magia y los sortilegios. Por medio del encanto pertúrbanse los sentidos y dejan de funcionar libremente; sirvan de demostración los siguientes ejemplos. La vista sufre los efectos de la magia al considerar que está ladeada una caña introducida en un caldero de agua, siendo ella perfectamente recta; lo mismo acontece con una media naranja que, flotando sobre el agua, la estimamos entera, cuan-

do en realidad no es más que media; por medio del oído creemos percibir la voz de un amigo, cuando esa misma voz ha sido emitida por una persona extraña para nosotros; y lo mismo podemos decir respecto de los otros tres sentidos. De suerte que, siendo la magia y los encantos los agentes promovedores de esta perturbación, puede asegurarse que algún enemigo mortal les hizo ver, oir y entender á vuesas mercedes lo que en términos generales es llamada una ilusión.

—Respeto el parecer del Caballero de la Blanca Luna—dijo don Carlos.—Pero ¿podrá dudarse de que fué un hecho real y positivo la llegada á la Argamesilla por D. Alvaro y por mí, acompañados de otros dos caballeros granadinos, cuando nos dirigíamos á Zaragoza para tomar parte en las justas que iban allí á celebrarse? ¿Fueron ó no hechos reales la conversación de

que más tarde nos dió cuenta el señor D. Alvaro, mantenida con el señor Don Quijote, su alojamiento en la casa de éste, el gusto que recibiera por el diálogo que hubo con Sancho Panza, el conocimiento que tuvo de los amores de Don Quijote con una tal Aldonza Nogales, y de la impresión que á D. Alvaro le causara semejante noticia cuando, á su juicio, no podían creerse sentidos tales amores por un hombre que pasaba de los cincuenta años? ¿Fué una verdad ó una ilusión el depósito, que más tarde se convirtió en una donación, que D. Alvaro hizo á Don Quijote de unas armas que creyó fuera de propósito llevar á Zaragoza? ¿Fué una verdad ó una ilusión nuestra el hecho de que nos ha dado cuenta nuestro amigo D. Alvaro, de haber conseguido la libertad de Don Quijote cuando en Zaragoza lo iban á sacar de la cárcel para azotarlo públicamente en razón de

sus atrevimientos? ¿Podrá negarse la parte activa que nuestro amigo tomó para que Don Quijote asistiera á la fiesta de la sortija, siendo yo uno de los jueces en ella, y lo que todos se holgaron con la parte que tomó Don Quijote en dicha fiesta? ¿Fué una ilusión nuestra la llegada á Madrid para concertar el matrimonio de mi hermana Lucrecia con un titular de la corte? ¿Y el hallarnos allí con Don Quijote, acompañando á la reina Cenobia, la ya indicada mondonguera de Alcalá? ¿Fueron ó no hechos reales y positivos, entre otros muchos, nuestra asistencia en la Casa de Campo de Madrid, donde iba á efectuarse el desafío pendiente entre Don Quijote y Bramidán de Tajayunque, rey de Chipre, como así lo fingimos, y cómo resultó en aquel acto haberse convertido este gigante, al parecer de Don Quijote, en la princesa Burlerina, que tan hábil y dis-

cretamente representó mi propio secretario? ¿Fueron hechos supuestos por D. Alvaro la reclusión de Bárbara en las Arrepentidas á costa del titular, el quedar Sancho Panza al servicio del mismo en unión de Teresa Cascajo, su mujer, llevada á la corte, y cómo D. Alvaro logró, por medio de un engaño, conducir á Don Quijote á la casa del Nuncio, donde fué recluído para su curación? Si tales hechos, que han pasado á nuestra vista; si todos los personajes reales y fingidos se asociaron para realizar las burlas de que Don Quijote fué objeto; si todo cuanto hemos visto y presenciado, tomando nosotros mismos una parte activa en los acontecimientos; si todos estos hechos, repito, ó algunos de ellos, en resolución, pudieran ser objeto de la menor duda, me rendiría ante los efectos que produce una ilusión señoreándose de la misma realidad.



CAPÍTULO X

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO ANTERIOR

Los efectos de la magia — expuso el Caballero de la Blanca Luna — son tan ostensibles como los del encanto mismo; así que nada nuevo sería en los tiempos presentes lo que de antiguo se ha visto y tocado como una realidad. Muchas y repetidas veces se ha nombrado al señor Don Quijote por el señor Don Carlos en su breve y compendioso relato; hase expuesto por su merced una serie de hechos acaecidos á tan ínclito caballero, los cuales, por su naturaleza y por sus consecuencias, no pueden merecer el concepto de verdaderos;

antes bien, yo protesto de la certeza de cuanto se ha referido. Tales hechos no merecen más crédito que los milagros de Mahoma. Si partimos de la falsa creencia de haber existido á un tiempo mismo dos Don Quijote de la Mancha, tendríamos que convenir en que el uno era falso y el otro verdadero; y como tengo suficientes pruebas de que mi convecino Alonso Quijano, á quien se le denominó *el Bueno*, dictado merecido por sus acciones, fué el único Don Quijote que produjo esta región de la Mancha, declaro ante la faz del mundo que ese otro Don Quijote, cuya historia nos ha relatado brevemente el Sr. D. Carlos, es un sér imaginario. Porque no es posible que haya habido quien con inaudito atrevimiento haya venido á suplantarlo para merecer una admiración que sólo al verdadero se le rinde. No es, ciertamente, el señor D. Alvaro el que deba contes-

tar á las manifestaciones del señor D. Carlos; porque de la misma suerte que han sido relatadas las mal llamadas aventuras de ese fingido Don Quijote, incúmbeme señalar, aunque de pasada, algunas de las en que, corriendo los días, se ocupará la historia.

—Presto toda mi atención—expresó D. Alvaro,—como no dudo que así lo harán mis compañeros, á las palabras de vuesa merced; porque los términos en que os habéis expresado inducen á creer que habéis tenido la ocasión de ser testigo presencial de los acaecimientos.

—Comenzaré preguntando á vuesas mercedes—dijo el Bachiller.—¿Con qué nombre y apellido lo designa la historia de que nos ha dado cuenta el Sr. D. Carlos? ¿Cuál es la familia del mismo? ¿Puede alguno de vuesas mercedes contestar á estas preguntas?

—Puedo hacerlo—expresó don

Carlos,—y de la verdad de mi contestación atestiguará el Sr. D. Alvaro.

—Me abstengo—exclamó éste—de aseverar hecho alguno de los que pueda dar cuenta el Sr. D. Carlos. He dicho y repito que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado; y estas palabras mías son las mismas que pronuncié ante la presencia de mi verdadero Don Quijote.

—El nombre—repuso D. Carlos—del Don Quijote que hemos conocido y tratado en el Argamesilla es el de Martín Quijada; y este caballero no tiene ya familia, por habérsele muerto no há muchos días, según tengo entendido, su último pariente, una sobrina llamada Magdalena.

—Vean vuesas mercedes—expresó el de la Blanca Luna—cómo desde el comienzo de la historia que relata el Sr. D. Carlos se aparta en un todo de la verdad. El verdadero

Don Quijote llamábase Alonso Quijano; su familia la componían él y una sobrina, que aún vive, llamada Doña Antonia, al cuidado de una buena y cariñosa ama, y de un mozo de campo y plaza que tenían á su servicio. Los nobles sentimientos que llenaban su corazón le obligaron á abrazar con verdadero entusiasmo la carrera de las armas, á la manera de los antiguos paladines que las historias refieren.

Mientras se expresaba de esta suerte nuestro Bachiller, los demás caballeros prestaban la mayor atención á sus palabras, significándose en sus semblantes una curiosidad muy marcada por conocer los hechos de que iba á hablar el de la Blanca Luna.

¡Véase — dice el autor de la presente historia — cuán poderoso influjo ejerce entre los hombres la voz de la convicción cuando llega á dominar los ánimos!

El juicio que habían formado aquellos amigos acerca de nuestro Bachiller pareció desvanecerse ante la sinceridad y firmeza que mostraba éste en sus palabras.

—Seguro estoy—continuó diciendo el de la Blanca Luna—de que asaltará á vuestra mente la sospecha de que mi relato se aparte de lo cierto; mas juro que es una verdad cuanto voy á referir. Ya lo tengo expresado en ocasión oportuna al Cura de mi lugar, el señor Pero Pérez.....

—Precisamente—interrumpióle D. Carlos—esos mismos nombres y apellidos lleva el Cura del Argamesilla, donde estuve con mis amigos.

—Bien puede ser—exclamó el de la Blanca Luna.—Podrán ser iguales sus nombres y apellidos, pero no lo serán ciertamente sus condiciones y sus cualidades; porque para que tal igualdad exista hay que presuponer que ambos fueran seres

reales y efectivos. Ya le tengo manifestado al Cura de mi lugar, repito, que el aparecimiento en estos tiempos de un hombre tan extraordinario como Don Quijote fué debido á un decreto de los altos cielos, y que movido á impulsos sobrenaturales, realizó aquél los justos designios de la Providencia. Así prestó su amparo al menesteroso muchacho Andrés, habló con los mercaderes toledanos y tomó parte en la batalla que libraron entre sí el Rey de los Garamantas y el emperador Alifanfarrón. Prosiguiendo su camino, le ocurrió la aventura del cuerpo muerto que llevaban á enterrar; le avino luego la muy célebre de los batanes, en la que Sancho, su escudero, mostró el mayor miedo que tuvo en toda su vida; y á poco, y sucesivamente, la del Yelmo de Mambrino; la de la libertad que dió á los Galeotes; el encuentro habido con Cardenio; los sucesos ocurridos

en Sierra Morena é intervención en ellos de la princesa Micomicona, y otros muchos más de que la historia hablará en su día, sin pasar en silencio los que al referido caballero y á Sancho les acontecieron en la tierra de Aragón, en la cual logró Sancho Panza el gobierno de una Insula, y los ocurridos en la ciudad de Barcelona, siendo el más memorable el que le acaeció en la playa de aquella ciudad incomparable, y cuyo triste recuerdo le ocasionó la muerte.

Al pronunciar estas últimas palabras, el Bachiller inclinó la cabeza hasta tocar su barba con el peto de la armadura, como significando haber sentido el peso enorme de un remordimiento.

Admirados quedaron nuestros tres caballeros al observar la actitud que tomó el de la Blanca Luna después de pronunciadas sus últimas palabras, sin osar interrumpir el silencio en que había quedado.

Aunque todos ellos participaban de la misma impresión que les había causado el relato del de la Blanca Luna (porque no podían creer que éste fuera una invención de momento), logró D. Luis sobreponerse más prontamente que sus otros dos amigos, y dirigiéndose á aquél, que ya había recobrado su anterior actitud, díjole:

—Infinitas gracias doy á vuesa merced por el interesante relato de esas famosas aventuras hasta ahora de nosotros ignoradas, y que vuesa merced dice le acaecieron al que disputa por el verdadero Don Quijote. Mis amigos han conocido y tratado á un Don Quijote muy distinto de ese otro de que vuesa merced nos habla, teniendo ambos por escudero á un tal Sancho Panza, é imagino que se ha complicado la contienda entre ellos mantenida, de tal suerte, que se hace necesario practicar las convenientes indaga-

ciones para el esclarecimiento de la verdad. Soy de parecer que hoy mismo salgamos para el Argamesilla, en donde podrán acumularse pruebas probadas para decidir de esta cuestión.

Aceptado el parecer de D. Luis, acordaron los tres amigos salir luego para el lugar indicado.

Muchos y expresivos ofrecimientos mediaron entre nuestros caballeros y el de la Blanca Luna; rogáronle aquéllos que los acompañase en el viaje que proyectaban; pero, excusándose con que particulares razones le obligaban á emprender distinto camino, se despidió de los tres caballeros, ordenando á Pedro Alonso que aparejara las caballerías, y á poco salieron de la venta.

Cuando se hallaron solos los tres amigos aún bajo la impresión del relato que acababa de hacerles el de la Blanca Luna, creyeron oportuno, antes de emprender su mar-

cha, hacer comparecer al ventero para que éste les diera cuenta de quién pudiera ser aquel que, por lo visto y oído, lo había de los cascos, y cuál el motivo que le obligara á llamarse caballero andante. Compa-recido aquél á la presencia de los tres amigos, y estrechado por las infinitas preguntas que le dirigieron, sólo pudo referirles lo que le ocu-rrió con el Bachiller á su llegada á la venta.

Al breve rato, D. Alvaro, D. Car-los y D. Luis, seguidos de sus pajes y criados, emprendieron el camino de la Argamesilla.



CAPÍTULO XI

DE LO QUE LES SUCEDIÓ Á LOS TRES CABALLEROS GRANADINOS Á SU LLEGADA Á LA ARGAMESILLA.

Separados marchaban D. Alvaro y sus amigos del Caballero de la Blanca Luna. Aquéllos, ansiosos de ver realizadas sus esperanzas; éste, por alcanzar el término de su peregrinación; y como la historia nada relata de verdadero interés de cuanto le ocurrió al de la Blanca Luna, hasta su debido tiempo, creyó el autor de la presente dejarle proseguir su camino para relatar lo que les aconteció á D. Alvaro y á sus compañeros á la llegada del Argamesilla.

No bien hubieron de entrar por

la ancha calle prolongación del camino por donde aquéllos habían venido, cuando dirigiéndose D. Alvaro á una mujer que volvía de llenar su cántaro de agua de la fuente, preguntóle:—«¿Dónde de la posada?»—A lo que contestóle aquélla: —«A la iglesia.»—Llegados á ella, apeáronse de sus caballos, pidiéndole al huésped el mejor acomodo que en la misma hubiese y que les preparase la mejor comida que la venta pudiera ofrecer.

La llegada de los tres caballeros con el lucido acompañamiento de los pajes movió la curiosidad de algunos vecinos de la aldea por conocer quiénes fueran los recién llegados; y como quiera que el deseo de ver y de saber se muestra más acentuado en los lugares de corto vecindario que en las populosas ciudades, no pudo menos de rendirse á ella el mismo Cura, el cual acercóse á los recién llegados.

Era el Cura susodicho bajo de cuerpo, de apacible semblante, ojos vivos, aunque pequeños; ancho de cogote, más que medianamente obeso, vestido de su sotana y calado el bonete, el cual, dirigiéndose á los caballeros, díjoles:

—Bien venidos sean á este miserable lugar en donde, si son escasos los recursos que podemos ofrecerles, no dejarán sus mercedes de acoger los buenos deseos que de serviros tenemos.

Altamente sorprendidos quedaron D. Alvaro y D. Carlos á la llegada de aquel eclesiástico, y creyendo el último de ellos que deberían de haber padecido una equivocación de lugares, preguntóle al Cura:

—¿Podrá vuesa merced decirnos si este lugar en que nos hallamos es realmente la Argamesilla, ó hay no lejos de aquí otro del mismo nombre?

—Sólo existe—contestóle el Cura —en toda la Mancha este lugar nombrado así; y puedo asegurar á vuesa merced que en ningún tiempo pasado se le ha dado otro nombre.

Miráronse de nuevo los dos amigos, si bien observó D. Carlos una sonrisa muy significativa en los labios de D. Alvaro.

Como quiera que D. Luis presenciaba esta conversación, hubo de participar de la sorpresa experimentada por D. Carlos, y, terciando en ella, creyó oportuno expresarles á sus amigos que deberían invitar á comer al Cura, á fin de obtener de su merced todos los antecedentes que pudieran lograrse acerca del asunto que les había movido á dirigirse á aquel lugar.

Hecha la invitación, aceptado el convite y ocupados los respectivos asientos, díjole D. Carlos:

—Altas y poderosas razones nos han movido á emprender un viaje á

este lugar, en donde hemos creído ver realizadas las esperanzas de hallar las suficientes pruebas para decidir una cuestión entre nosotros mantenida. No há largo tiempo que en unión de varios amigos pasé una tarde con su noche en este mismo lugar, y habiéndonos acomodado cada uno de nosotros en la casa de un vecino, cúpole en suerte al señor D. Alvaro Tarfe, aquí presente, haberse alojado en la casa de Martín Quijada, denominado Don Quijote de la Mancha. A la mañana siguiente emprendimos nuestra marcha para Zaragoza, adonde derechamente nos dirigimos, quedando satisfechos del acogimiento que aquí se nos hizo. Ruego, pues, á vuesa merced se sirva de manifestarnos qué ha sido del Cura Pero Pérez, del referido Martín Quijada y de Sancho Panza, su criado; del Barbero Maese Nicolás, de un tal Miguel Aguineldo, sacristán de esta

iglesia, y de un tabernero llamado Juan Pérez.

A medida que D. Carlos iba relatando los nombres de las personas que designaba, sorprendíase más y más el reverendo Cura, y sonriéndose díjole á aquél:

—El relato que vuesa merced acaba de hacer, señor caballero, más bien parece un cuento de hadas que una realidad. Há más de veinte años que sirvo esta iglesia, y como no he visto ni conocido á ninguno de cuantos me habéis nombrado, sospecho que fuisteis objeto de una broma, ó que estáis viviendo en esos mundos que forjan las ilusiones.

Miráronse fijamente los tres amigos, sintiéndose poseído D. Carlos de un terror involutario, D. Alvaro sonreía, no sin experimentar un natural sobrecogimiento, y D. Luis significaba con sus miradas dirigidas al Cura y á sus amigos una va-

cilación que no cuidó de disimular.

Repentinamente asaltó á la mente de D. Luis la misma idea que concibió en la venta, de ser juguete de sus amigos, y sin guardar consideración alguna á la persona del Cura, exclamó:

—Por segunda vez, amigos míos, me veo en el caso de advertir á vuesas mercedes que he salido de Granada con el propósito deliberado de resolver la cuestión pendiente entre vuesas mercedes rindiéndome á sus ruegos. Por segunda vez toco, de una manera muy señalada, la decepción que sufro, y así les ofrezco no seguir adelante y sí separarme en un todo de este asunto para que vuesas mercedes tengan más libertad en continuar su propósito. Parto, pues, para Granada, y allí tendréis en mí un amigo para serviros en todo aquello que en nada se relacione con la andante caballería.

Las palabras que acababa de pro-

nunciar D. Luis impresionaron el ánimo de sus amigos; pero siendo D. Carlos al que más vivamente hirieron, por haber expresado ingenuamente su sentir ante aquel eclesiástico que á la mesa los acompañaba, exclamó poseído del mayor enojo:

—La presencia ante quien nos hallamos, cuyo estado pide y reclama los mayores miramientos; la verdadera amistad que siempre he sentido por nuestro amigo D. Luis, y el acuerdo seriamente concertado entre nosotros desde antes de nuestra salida de Granada, tienen y atan las manos de mi justo enojo. No soy yo uno de aquellos que se rinden ante los efectos de las primeras impresiones; y así, conteniendo la fogosidad hija de mis años, contestaré á lo expresado por el Sr. D. Luis, diciendo:

—Las preguntas que acabo de dirigir al señor Cura, aquí presente,

son hijas de la profunda convicción que abrigo de haber estado en un lugar de este mismo nombre no há muchos días y de haber conocido y tratado en él á un Don Quijote de la Mancha, si bien observo que este señor Cura no es el que vimos y tratamos en la ocasión referida; y como veo que se complica cada vez más este asunto en que nos hemos empeñado, siento debilitarse mis fuerzas ante los insuperables obstáculos que se oponen para llegar á un feliz término en nuestra cuestión. Así, pues, sin apelar á violentos medios, que sin fundamento alguno destruyan nuestro concierto, convengamos seria y formalmente en señalar el breve plazo de sólo un día para terminar esta contienda; breve término que someto á vuestro juicio, antes de rendirnos ante la imposibilidad de hallar una solución.

—No es patrimonio exclusivo de

los años, Sr. D. Carlos—exclamó D. Alvaro,—el tacto y la prudencia que deban emplearse en ciertos asuntos de la vida, y así me felicito de haber escuchado á vuesa merced en la forma en que lo ha hecho. Acepto el aplazamiento de sólo un día que habéis señalado para finalizar nuestro concierto; mas debo deciros que ese término no será bastante poderoso para destruir mis esperanzas, porque desligado de vuesas mercedes, y en completa libertad de proceder por mí mismo, practicaré por cuantos medios se me alcancen las gestiones que estime oportuno para lograr la palma de la victoria ó el más cruel de los desengaños.

Las manifestaciones que acabaron de hacer los dos amigos tan juiciosas y razonablemente expresadas, hirieron profundamente el ánimo de D. Luis, quien creyó oportuno acoger la proposición indicada,

volviendo á mostrar en su semblante la expresión de la más sentida amistad que pareció haberse debilitado por sus anteriores manifestaciones.

—Siento, señores míos—exclamó el Cura,—haber presenciado la cuestión promovida entre tan respetables caballeros. He escuchado, no sin pena, lo expuesto por cada uno de vuesas mercedes en este asunto, que, si mal no he comprendido, redúcese á hallarse buscando á la ventura á un personaje que bien pudiera ser imaginario, porque vuestras palabras, unidas á los desengaños sufridos por vosotros mismos, inducen á creer que habéis sido objeto de una inocente burla relacionada con la andante caballería.

—Bien pudiera ser—expresó don Alvaro—todo cuanto habéis manifestado, señor Cura, y así, acogiendo vuestras palabras, me prometo influir en el ánimo de mis amigos

para dar por terminado este asunto.

Muy bien comprendieron D. Carlos y D. Luis que lo expresado por D. Alvaro era un medio de que se valía para no hacer intervenir á personas extrañas en la cuestión por ellos mantenida.

Trataron después de cosas indiferentes, y siendo llegada la hora de recogerse, fuese cada uno á su aposento, después de saludar y hacer muchos ofrecimientos al Cura.

CAPÍTULO XII

DEL ENCUENTRO HABIDO POR LOS TRES CABALLEROS CON UN MOZO QUE CONDUCÍA Á UN LUGAR INMEDIATO DOS BESTIAS CARGADAS.

De mañana, y antes de emprender su marcha los tres caballeros de aquel lugar, tan memorable para ellos, acercóseles el Cura para saludarlos y desearles un viaje feliz.

Tristes, pensativos y cabizbajos marchaban aquellos amigos, sin osar romper el silencio que guardaban, y pasada una media hora llegaron á un sitio en el cual se cruzaban dos caminos. En tal momento vieron que se les acercaba por la otra senda un mocetón como de

veinte años, el cual iba sobre un mulo, llevando de la mano el ronzal de otro cargado de mercancías, y cantando la siguiente copla:

> Todo es mudable en el mundo,
> Y vanidad sin cimiento,
> Y no es cumplido contento
> Tener en él mucha sobra.

—¡Bien, por Dios!—exclamó don Alvaro, observando que aquel muchacho cambiaba de camino acercándose á los caballeros.—¡Buena voz y buena presencia para sochantre! Pero decidme, ¿adónde lleváis tales mercancías, que no parece sino que vais á venderlas en alguna feria inmediata?

—No compro para vender, señor caballero— contestóle el mozalbete;—llévolas, sí, á un lugar no lejos del sitio en que nos hallamos y por orden de su merced el señor Cura.

—Y ¿cómo es eso? —repuso don Alvaro. —¿Le es permitido á su

merced negociar y traficar en semejantes mercancías?

—No trafica el señor Cura—contestó el muchacho.—¡Harto hace con llenar los deberes de su iglesia! Y júrole á vuesa merced, señor caballero, que lo hace á maravilla. Precisamente se desvive en el día por ordenar lo necesario para el recibimiento de los señores Duques, cuya llegada deberá efectuarse esta misma tarde.

—¿Y qué Duques son ésos?—replicó D. Alvaro.—¿Es posible que residan títulos y grandes señores en una aldea?

—Los señores Duques que se esperan—repuso el muchacho—no viven en este lugar; vienen, sí, de la tierra de Aragón, donde residen, movidos por el deseo de costear y de asistir á las más solemnes y grandiosas honras que ha visto la Mancha, en memoria y honor del más grande de sus hijos, Alonso

Quijano *el Bueno*, conocido por Don Quijote de la Mancha.

—¡Cómo! ¿Cómo es eso?—exclamó D. Alvaro.

—¿Qué habéis dicho?—expresó D. Carlos, interesado por lo que el muchacho acababa de expresar.

—Dije la verdad—contestó éste, —y muy en breve tendrán vuesas mercedes las pruebas de cuanto les he dicho.

Don Luis quedó por un momento pensativo, y al fin se dijo á sí mismo: «Esta Mancha será memorable en los siglos futuros, y si este muchacho alargase su relación más de lo conveniente, tendríamos que decir: «hijo, que volváis presto de Tembleque.»

—Y ¿cómo te llamas, buen mozo? —le preguntó D. Carlos.—¿En qué te ocupas y cuáles son tus esperanzas?

—Mi nombre es, señor caballero, el de Tomás Balbastro, hijo del

herrero de un lugar; ayudo á mi padre en su oficio, y espero que la fortuna me favorezca para lograr ver más tierras de las que ya conozco.

—¿Cómo es eso? — preguntóle D. Carlos.—¿Has salido tú alguna vez de la aldea?

—Sí he salido—contestóle el muchacho,—porque he acompañado al Bachiller Sansón Carrasco en un viaje que hizo á Barcelona á fin de hallarse en un encuentro con el señor Don Quijote, en el cual encuentro quedó vencedor.

—¿Y habéis dicho—preguntó don Alvaro—que ha muerto ese caballero llamado Don Quijote?

—Sí, señor—repuso Tomasillo,—y Dios habrá recogido en su santo seno el alma de tan renombrado caballero.

Al observar D. Alvaro la seguridad que mostraba aquel mozo en sus palabras, se le avivó la pena por

la triste noticia que acababa de darles, y quedó envuelto en una profunda melancolía que llamó la atención de sus amigos.

De pronto cruzó por la mente de Don Luis la sospecha que por tercera vez invadía su ánimo; pero desvanecida ésta por la consideración que él mismo se hizo de ser de todo punto injustificada, díjole á Tomasillo:

—Voy creyendo que todo lo que has referido puede muy bien tener algún fundamento; pero como han pasado ante mi vista, en estos últimos días, cosas tan extraordinarias, no habré de rendirme á las palabras, que suelen ser engañosas.

—Vuesa merced, señor caballero—repuso Tomasillo,—se halla en el caso de aquél Apóstol del que varias veces nos ha hablado el señor Cura, el cual no quería creer lo que el mismo no viera por sus ojos ó tocara con sus manos.

—Paréceme—repuso D. Luis,—que has prestado mucha atención á las palabras del señor Cura.

—Es mucha verdad—díjole Tomasillo,—y así tengo muy presente todo cuanto nos ha dicho acerca de los mártires: de San Lorenzo, que fué asado; de San Bartolomé, que fué desollado; de Santa Catalina, que fué pasada por la rueda de las navajas, y de otros muchos santos.

De esta suerte continuaban su camino los tres caballeros. Don Alvaro, impresionado por haber tenido noticia por segunda vez del fallecimiento de Don Quijote; D. Carlos, dudoso y vacilante de cuanto les había manifestado aquel muchacho que los acompañaba, y D. Luis, considerando que aquella situación no podía dilatarse más allá de unas cuantas horas, atendido el concierto que los tres amigos habían celebrado.

Apenas divisaron el lugar adonde

el muchacho los conducía, experimentaron D. Alvaro y D. Carlos una extraña sensación de la que no supieron darse cuenta.

Llegaron á la puerta del único mesón que en la aldea había, y prometiéndoles volverlos á ver muy en breve para su mejor acomodo, despidióse Tomasillo de los caballeros.

CAPÍTULO XIII

QUE TRATA DE LA LLEGADA DE LOS DUQUES Á LA ALDEA Y DE OTROS VARIOS SUCESOS DIGNOS DE RECORDACIÓN.

APENAS atravesaron la ancha puerta del mesón montados en sus caballerías, observaron los tres caballeros que eran objeto de las miradas de dos eclesiásticos allí alojados, y dirigiéndose á ellos D. Carlos, díjoles, después de descender de su cabalgadura:

—Dios guarde á vuesas mercedes, y les ruego se sirvan manifestarme si alguno de vosotros es el señor Cura de este lugar.

Uno de los reverendos contestóle con el mayor agrado:

—Ninguno de nosotros, señor caballero, tiene la honra de ser cura do esta aldea; hemos, sí, llegado á ella á virtud de la invitación de quien este curato sirve, llamado Pero Pérez, para asistir y tomar parte en unas solemnes honras por el alma de Alonso Quijano.

—Y ¿pudiera vuesa merced decirme—preguntóle D. Carlos—si ese Alonso Quijano era conocido por algún otro nombre?

—Ciertamente, señor caballero—contestóle el otro Cura;—más que por su verdadero nombre era designado por el de Don Quijote de la Mancha.

Al pronunciar este nombre aquel eclesiástico, acercáronse los otros dos caballeros, á fin de tomar parte en la conversación promovida por D. Carlos, y D. Luis les habló de esta suerte:

—Si vuesas mercedes no lo llevan á mal, ¿se servirán decirnos, por el

alto interés que en ello tenemos, si el nombre que se acaba de pronunciar aquí de Don Quijote de la Mancha pertenecía á un hombre de carne y hueso ó á un sér fantástico de los que, según parece, produce la Mancha?

—¡Cómo! ¡Qué decís! — exclamó uno de los curas, que era D. Miguel. — ¿Qué razones podrá vuesa merced alegar para suponer que Alonso Quijano *el Bueno* fuese un sér fantástico? Pues qué, ¿podrían ser objeto de una burla carnavalesca los señores Duques, que de tan luengas tierras vienen á honrar esta aldea con su presencia, para asistir á las más solemnes honras que se han celebrado en toda la Mancha y en honor del más esclarecido de sus hijos? Apartad, señores míos, de vuestra mente toda idea de que tantas y tan ilustres personas como llegarán de un momento á otro vienen á mantener una burla, haciendo

intervenir en ella á los ministros de nuestra santa religión y obligándolos á que se unan á mundanales propósitos que son ajenos en un todo de la santa fe que profesamos.

—¡Según decís—exclamó D. Alvaro—habéis conocido á Don Quijote de la Mancha, cuyo nombre verdadero era el de Alonso Quijano!

—No lo he tratado ni conocido—dijo el Cura á quien se dirigió don Alvaro, — mas puedo asegurar á vuesa merced haber visto aquí el cadáver de un caballero así llamado rodeado de mi amigo y compañero Pero Pérez, cura de este lugar, de su sobrina D.ª Antonia, del que fué su escudero Sancho Panza, de un amigo suyo llamado el Bachiller Sansón Carrasco, de Maese Nicolás, barbero de esta aldea, y del ama á cuyo cargo estaba el cuidado de la casa.

La seguridad y firmeza que mos-

traba aquel eclesiástico en sus palabras, hirieron profundamente el ánimo de D. Carlos, y dirigiéndole una expresiva mirada á D. Alvaro, díjole:

—Conozco, amigo mío, que se debilitan mis fuerzas, y juro á vuesa merced que me siento muy próximo á rendirme en la contienda por nosotros mantenida.

—Participo—exclamó D. Luis—de igual creencia que D. Carlos; pero aún no se han acumulado todas las pruebas para dictar el fallo defi nitivo.

En medio de esta conversación vieron los tres amigos que se les acercaba el muchacho Tomasillo, batiendo las palmas y exclamando:

—¡Venid, luego luego, señores caballeros; venid, que ya llegan sus excelencias los señores Duques! ¡Venid, ya bajan la altura próxima á la aldea!

A estas palabras pronunciadas

por Tomasillo salieron á la puerta del mesón los dos eclesiásticos y nuestros tres caballeros, á los cuales rodeaban los pajes y servidores; observando todos ser una verdad cuanto aquel muchacho acababa de decirle, y así quedaron esperando la llegada de la comitiva que por allí habría de pasar para dirigirse á la casa de D. García de Torres, en donde tenían su alojamiento los señores Duques y parte de su servidumbre.

No tardó en ofrecerse á la vista de los tres caballeros granadinos grande aglomeración de gentes en toda clase de cabalgadura, apareciendo luego dos carrozas tiradas por seis poderosas mulas, viéndose al lado de la primera de aquéllas, y próximos á las portezuelas, al señor Cura, Sancho Panza, maese Nicolás, el Médico del lugar y varios vecinos, entre los cuales se contaban Teresa Panza y Sanchica su hija,

las que mostraban en sus semblantes un gozo y una satisfacción de todo punto indescriptibles.

Muy cerca de este grupo iban los pajes y servidores de sus Excelencias, presididos por el personaje italiano y el paje que lo acompañaba en la aldea, montados unos en sus cabalgaduras y conduciendo otros numerosos carros que contenían el repuesto y abastecimiento de tan principales señores.

Ocupaban los Duques la primera de las dos carrozas, acompañados de un reverendo eclesiástico, y la segunda la servidumbre femenina de la señora Duquesa.

Al pasar la comitiva por delante de D. Alvaro y sus amigos, tocaron éstos la realidad que les hicieron columbrar las nuevas de que les habían dado cuenta los dos eclesiásticos que les acompañaban.

El cura Pero Pérez no dejó de ver el grupo formado á la puerta del

mesón. Saludó á los dos eclesiásticos, á quienes conocía, pero no daba en el hito de quiénes fuesen don Alvaro y sus amigos; y como los diputase por gente acomodada y muy principal, no se le cocía el pan hasta saber el cuándo de su llegada y el motivo de su viaje.

Cuando todos los vecinos de la aldea dejaron á sus Excelencias en la casa de D. García de Torres, fuéronse retirando á sus respectivas moradas, ponderando la grandeza de tan principales señores y haciéndose lenguas de su pompa y boato.

Habló el Cura con Sancho Panza y maese Nicolás acerca de los forasteros que había visto al pasar la comitiva á la puerta del mesón y en compañía de dos eclesiásticos amigos suyos, y les manifestó su deseo de saber quiénes eran y cuál fuese el motivo de su venida á la aldea.

La más grande curiosidad hinchó las medidas de Sancho y de maese

Nicolás, los cuales se ofrecieron al señor Cura para acompañarlo al mesón donde aquéllos estaban, y llegando á la puerta de éste halláronlos hablando con los dos reverendos curas.

Al reconocer Sancho á uno de los caballeros recién llegados, sin poderse contener, y quitándose su caperuza, exclamó:

—¡Ah, mi Sr. D. Tarfe! ¡Ah, mi Sr. D. Tarfe! ¿No reconoce vuesa merced á Sancho Panza, escudero que fué del Señor Don Quijote, mi amo y señor querido?

—Sí, Sancho amigo—exclamó D. Alvaro, obligándole á que se cubriera;—os reconozco; pero decidme, ¿dónde está vuestro amo? ¿Será cierta la noticia del fallecimiento de tan ínclito caballero?

—¡Señor D. Tarfe!—exclamó de nuevo Sancho Panza, mostrando sus ojos preñados de lágrimas.—Murió mi amo y señor querido, y

éste su escudero recibió sus últimos alientos.

—Es mucha verdad—dijo el cura Pero Pérez—cuanto afirma el bueno de Sancho; y bien creo, señor caballero, que podrá servirle á vuesa merced como la prueba más concluyente de esa triste verdad, no ya mi palabra de eclesiástico, sino el grito general de dolor de todos los vecinos de esta aldea, grito á que se une el de las ilustres personas de los señores Duques que acaban de llegar.

—La humildad de mi persona—aguzó maese Nicolás,—no es causa bastante para que mi testimonio pudiera estimarse de poco valimiento. Uno mis palabras á las del señor Cura y á las de mi amigo Sancho, pudiendo declarar en todo tiempo la certeza de tan triste acontecimiento.

—Si de algo puede servir mi declaración—añadió el otro de los cu-

ras, llamado D. Felipe, manifiesto ante vuesas mercedes que he visto el cadáver de Alonso Quijano *el Bueno.*

Atentísimamente habían escuchado todas estas manifestaciones don Carlos y D. Luis, y rendido éste ante las aseveraciones de personas que no podían tacharse por interesadas en la cuestión mantenida entre sus dos amigos, exclamó:

—Declaro, señores (y ruego á vuesas mercedes se consideren testigos de este fallo que formulo en la contienda entablada entre el señor D. Alvaro y el Sr. D. Carlos); declaro que no ha podido existir más que un solo Don Quijote de la Mancha, como el verdadero, el real y el positivo, y éste es aquel de quien asegura el Sr. D. Alvaro que lo vió y trató, aunque muy breve tiempo, al regreso de un viaje y en una venta; estimando que el otro Don Quijote que conocieron ambos

amigos en la ciudad de Zaragoza, fué sólo una ilusión por algún tiempo sostenida, y de la cual dióse cuenta el Sr. D. Alvaro al tratar y conocer al verdadero; fortuna que no logró alcanzar el Sr. D. Carlos, manteniéndose por él hasta este momento la falsa creencia que abrigaba.

—Ríndome—exclamó D. Carlos—ante los hechos aseverados por tantas personas como han venido casualmente á hacer luz en esta contienda, y no sólo acato el fallo dictado, sino que repito las mismas palabras varias veces emitidas por mi amigo D. Alvaro: «no he visto lo que he visto, ni pasado por mí lo que ha pasado» (1).

Diéronse las manos los tres caballeros, y queriendo D. Alvaro celebrar su triunfo, hizo entrega al se-

---

(1) Capítulo LXXII. Parte segunda. *Don Quijote de la Mancha.*

ñor cura Pero Pérez de los dos mil ducados recibidos de manos de don Luis, rogándole los aceptase para remediar las más urgentes necesidades de los vecinos pobres de la aldea.

Alegráronse todos los circunstantes por aquel generoso desprendimiento de D. Alvaro, y aunque mostrábase en todas las personas allí reunidas la más viva satisfacción, no pudieron dilatar aquella entrevista (como hubiera sido su deseo) por la llegada de un paje con un pliego para el señor Cura, y en el cual le rogaban los Duques que se sirviera de invitar en su nombre á acompañarlos en la mesa á los tres caballeros granadinos, de cuya llegada á la aldea tenían noticia.

Aceptado el convite, fué comisionado el señor Cura para que en nombre de los tres amigos diese las gracias á sus Excelencias.



CAPÍTULO XIV

QUE TRATA DE LO QUE VERÁ EL QUE LEYERE

SENTADOS á la mesa los Duques, vestidos de riguroso luto, el Eclesiástico que los acompañaba, el cura Pero Pérez y los tres caballeros granadinos, se expresó el Duque en la siguiente forma:

—Me felicito, señores caballeros, en unión de mi señora la Duquesa, de hallarnos rodeados de personas que tuvieron la dicha de conocer y tratar á mi inolvidable amigo Don Quijote de la Mancha. Hoy es para mí un día de luto y de tristeza; pero unamos nuestros corazones para rendir tributo á su memoria.

—Me asocio íntimamente—exclamó D. Alvaro—á las muy sentidas frases de su excelencia el señor Duque, y no dudo que mis amigos acogerán estas mis palabras, á pesar de no haber tenido éstos la ocasión que el cielo me reservó de haber conocido y tratado al hijo esclarecido de esta afortunada región de nuestra España.

—Doy las más expresivas gracias—manifestó el cura Pero Pérez—en nombre de la señora D.ª Antonia, sobrina de Alonso Quijano *el Bueno*, por las muy sentidas frases que se acaban de pronunciar en este momento en honor y en memoria de tan ilustre hijo de esta aldea.

—Las palabras aquí pronunciadas por el Duque mi marido—añadió la Duquesa,—tanto son suyas como mías, porque nacidas de su corazón no pueden menos de significar mi honda pena, ya que en él viven y se

enlazan íntimamente y por igual mis penas y mis alegrías.

—Yo, caballeros—exclamó el reverendo que habían traído los señores Duques,—debo significar en este instante un pequeño remordimiento que por varios días atormentó mi conciencia, poco después de haber conocido en ocasión memorable para mí al caballero aquí nombrado como Don Quijote. Reconozco que sólo los altos juicios de Dios llevan el sello de la verdad, y que el hombre fácilmente se engaña en aquellos que forma. Así, pues, sirva esta mi declaración como ejemplo que ofrezco al hombre mismo de cuán fácilmente se extravía la mente humana apartándose de la verdad. Acatemos con el debido respeto los altos decretos de la Providencia llamando á sí el alma de aquel que, al ser juzgado por los hombres logró, tal vez inmerecidamente, un falso é injustificado concepto.

—Como la debilidad humana—exclamó el Duque—es de todo punto notoria, confieso y declaro ante vuesas mercedes que un día, que si fué para mí de contento será en adelante y mientras me dure la vida de remordimiento y de pena, me dejé arrastrar por mundanales propósitos, muy lejos de todo sentir cristiano, asociando á ellos, ¡oh desgraciado de mí!, á mi señora la Duquesa y á multitud de servidores á quienes agobia también el peso de un remordimiento. Confieso mi culpa, y así vengo hoy á postrarme de hinojos ante la tumba del que fué objeto de unas burlas impropias y contrarias á nuestra santa religión.

—Soy—dijo la Duquesa bajando los ojos—del sentir de mi señor el Duque, y digo también, por ser éste el tiempo oportuno: *mea culpa, mea culpa*.

Admirados estaban D. Carlos y D. Luis escuchando las palabras de

todas aquellas personas, y estimando éste que debía tomar parte en la conversación mantenida, dijo dirigiéndose al Duque:

—Cada momento que pasa, señor Duque, me confirma más y más en la justa creencia que abrigo de haber sido objeto mi buen amigo el Sr. D. Carlos de una alucinación inexplicable para mí, cuanto real y efectiva para él. Vuestras excelencias, como igualmente los reverendos eclesiásticos aquí reunidos, apenas se han dado cuenta de nuestra llegada á esta aldea, y cumple á mi propósito decirles cuál ha sido el motivo que aquí nos trae.

Don Luis refirió en buenas y atinadas palabras la apuesta mantenida entre D. Alvaro y D. Carlos, su intervención como juez, su viaje por varios lugares de la Mancha, entre ellos el Toboso y la Argamesilla, sin haber encontrado huella, rastro, ni resquicio por donde columbrar

prueba alguna para el pleito de la existencia del verdadero Don Quijote de la Mancha, con otros particulares muy de ser tenidos en cuenta.

Mientras hablaba D. Luis, entró un paje del Duque, y acercándose Cura, hablóle al oído. Pero Pérez salió á seguida, volviendo á poco acompañado de D.ª Antonia, la cual, toda vestida de luto, mostraba en su semblante y en su actitud la turbación propia de una inocente aldeana que por vez primera se veía ante tan excelsas personas, como lo eran los señores Duques.

—Presento á vuesas excelencias —dijo el Cura— á mi señora D.ª Antonia, sobrina del que fué nuestro amigo Alonso Quijano *el Bueno*.

Pusiéronse en pie todos los presentes, dando á entender por la expresión de sus semblantes la natural impresión que les causaba la llegada de D.ª Antonia, y dirigiéndose

á ésta la señora Duquesa, díjole antes de que ella acertase á balbucear palabra:

—Venid á mis brazos, hija mía.

Inclinóse D.ª Antonia toda temblorosa y turbada, y asiendo á la Duquesa de ambas manos, besóselas una y cien veces, dejando salir de sus ojos dulces lágrimas que así revelaban el dolor de su pecho como la gratitud de su alma.

La Duquesa hízola sentar luego á su lado, y el Duque le dijo con dulzura:

—Huélgome mucho, mi señora D.ª Antonia, de conocer á la sobrina del ilustre caballero á quien tuve por muy mi amigo y á quien albergué en mi castillo de Aragón. No he de decir á vuesa merced que soy muy servidor vuestro y que participo de los duelos que os afligen.

—Gracias, señor, mil gracias por tantas bondades—se atrevió á decir

D.ª Antonia, enjugando las últimas lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Sentimientos de amistad y deberes de conciencia—prosiguió el Duque—me traen á esta aldea á rendir un tributo á la memoria de vuestro tío, á quien, no sin razón, apellidaron *el Bueno;* que bueno era, y de sus bondades, muy singularmente de su resignación y mansedumbre, acaso mejor que otro hombre alguno, pudiera yo hablar muy por extenso.

Atentamente escuchaban los circunstantes, y en particular los caballeros granadinos, la conversación que mantenían los Duques con la sobrina de su perseguido y en vano buscado Don Quijote, convencidos ya, sin sombra alguna de duda, de que estaban en el soñado lugar de la Mancha, cuna del Caballero de la Triste Figura, ante la sobrina de éste, y á la presencia de personas que habían tratado día por

día y año por año á Alonso Quijano *el Bueno*.

Siguieron los Duques en su conversación con D.ª Antonia, y entre otras cosas díjole la Duquesa, que cada vez se interesaba más por aquella joven tan modesta y discreta, que no parecía sino que era imagen de la modestia y de la discreción misma:

—Vuestro señor tío era, según tengo entendido, muy cristiano; mas no he leído en su historia que rezase el santo Rosario.

—Sí, señora Duquesa, muy cristiano era mi señor tío. Rezaba á menudo el santo Rosario por uno que hizo de agallas de alcornoque; porque ha de saber su Excelencia que en cierta vez que quiso rezar estando en Sierra Morena, como no tuviese rosario á mano, «vínosele al pensamiento cómo lo haría, y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa que andaban colgando,

y dióle once nudos, el uno más gordo que los demás» (1), el cual rosario lo tuvo algún tiempo por de su uso, hasta que habiéndolo visto en cierta ocasión el señor cura Pero Pérez, le reprendió por la materia no muy limpia de que estaba formado; y á mí me dijo mi señor tío que, si algún día se publicaba su historia, ojalá no hiciera el historiador mérito del tal rosario.

—Cierto—interrumpió el Cura—que reprendí á vuestro tío por lo que decir acabáis; pero de veras digo que no estuve puesto en lo prudente: la intención es la que salva ó mata, y Alonso Quijano tuvo la intención más buena.

—Verdaderamente—añadió la Duquesa,—no fué suya la culpa. Tuviese á mano perlas ó brillantes, y habría con ellos engarzado su rosa-

---

(1) *Don Quijote*, Parte 1.ª, cap. XXVI.

rio; que para él, como para todo buen cristiano, á Dios y á la santísima Virgen débese en tributo todo lo más rico de los cielos y la tierra. Pero, dejando esto aparte, ¿no sería bien acordado hacer venir al bueno de Sancho Panza, acompañado de su familia, especialmente de Teresa, á quien tengo vivísimas ganas de conocer?

—Precisamente—dijo el Cura—se hallan ahí, y esperando sólo la venia de vuestras excelencias para honrarse rindiéndoles el debido homenaje.

—¡Bien, bien!—exclamó el Duque.—Ordenad que se presenten.

Salió el Cura, para volver luego con Sancho y su familia.

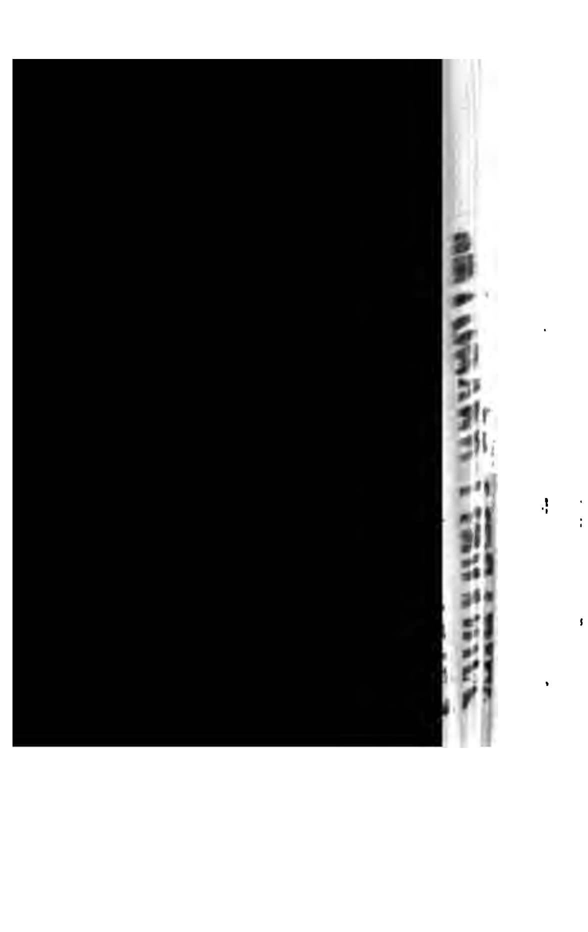
—¡Que me place!—exclamó don Carlos.—Ardo en ansias de conocer á Teresa y Sanchica.

¡Quién tuviera, exclama al llegar á este punto el autor de la presente historia, la bien tajada pluma del

arábigo historiador Cide-Hamete-Benengeli, para pintar, porque más que pluma era pincel, y pincel incomparable, la turbación y la alegría de Sancho, el mal contenido orgullo de Teresa, el sobresalto de Sanchica, la satisfacción de los Duques y la curiosidad y el interés de D. Alvaro y sus amigos! ¡Quién pudiera describir la figura de Sancho, ennoblecida ya con sombras y lejos de su pasado gobierno; la rechoncha y abotargada de Teresa, la encogida de Sanchica, que vestía vestido de saya y cuerpo verde, y llevaba al cuello una sarta de corales con extremos de oro; quién las cortesías y zalemas que hizo á los Duques el bueno de Sancho, las reverencias de Teresa, que provocaban á risa, y las muestras de cariñosa correspondencia por parte de los Duques!

Aquí el autor se aterra y detiene el curso de su relación, esperando

que al escribir el siguiente capítulo el alma inmortal del arábigo historiador, famoso en los ámbitos del mundo, le envíe un soplo de su aliento con que reanimar las desmayadas fuerzas.



CAPÍTULO XV

DE LA SABROSA PLÁTICA MANTENIDA POR LOS DUQUES CON SANCHO, TERESA Y SANCHICA.

PASADOS aquellos primeros momentos, D. Carlos y sus amigos despidiéronse con corteses razones de los Duques, comprendiendo que éstos gustarían de hablar á solas con Sancho, Teresa y Sanchica, y siguiéndoles Pero Pérez, que dijo iba á acompañar á D.ª Antonia, la cual no salió de la cámara sin mostrar antes con atentísimas palabras su gratitud y reconocimiento á cuantos honraban la memoria de su señor tío, y en especial á sus Excelencias.

Antes de esta despedida que á los

Duques les hicieran cuantos habían asistido en la mesa durante la comida, ocurrió en el antesala un incidente, el cual no quiso pasar en silencio el autor de las presentes líneas; y ello fué, que hallándose Sancho Panza y su familia esperando el momento oportuno para saludar á sus excelencias, hubo de pasar muy cerca de él uno de los pajes de los Duques, y reconociendo Sancho en él al que en la tierra de Aragón hubo de representar el papel del Doctor Pedro Recio de Agüero, que tanto le mortificó privándole de toda clase de alimentos, exclamó arrojándose en los brazos de Teresa:

—¡Jesús, María y José! ¡Dios mío, Dios mío!

—¿Qué vos pasa, marido mío?—exclamó aquélla.—¿Qué ha venido á promover esa ansiedad en que os halláis.

—Calla, Teresa mía. ¡Pero él es

miradlo!—y señalaba todo amedrentado al referido paje, el cual detuvo su marcha, y acercósele á Sancho, diciéndole:

—Tranquilizaos, amigo Sancho, y dispensadme que os llame amigo siendo ésta la vez primera que os dirijo la palabra;—y esto lo expresó el paje con toda malicia y firmeza para desvanecer las sospechas de aquél.

Sancho miróle atentamente, no queriendo dar crédito á sus palabras, y le preguntó:

—¿Pero no sois vos el Doctor Pedro Recio, á quien un día llamé de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caraqüel á Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, y á quien ordené en aquel día que se me quitara delante, cuando yo fuí Gobernador en la tierra de Aragón?

—No soy ese Pedro Recio de

que habláis—díjole el paje,—ni he conocido doctor alguno que lleve semejante nombre y apellido, que más bien que simpatías debe de infundir en los pacientes el temor y la desconfianza.

—Vuestras palabras me tranquilizan—repuso Sancho,—pero por mi santiguada, tal semejanza hallé entre vuesa merced y ese doctor, á quien en mal hora conocí, que empecé á temer por mi vida al veros cerca de mí.

En tal momento, entró otro paje anunciándoles á Sancho y su familia que sus Excelencias deseaban recibirlos.

Solos ya los Duques, Sancho, su mujer y su hija, díjole la Duquesa, tomando de las manos á la mujer de Sancho:

—¿Os acordáis, amiga mía, de que os dije en mi carta que tiempo vendría en que nos habíamos de conocer y comunicar? Ved, pues,

cómo se ha cumplido mi deseo, aunque deploro la causa de mi venida á esta aldea. Habladme, habladme, amiga Teresa, que yo sé que no tenéis pelos en la lengua.

—¡Qué buena, qué llana y qué humilde señora!—exclamó Teresa, mirando á su marido.

—Paréceme—dijo la Duquesa, clavando sus ojos en Sanchica—que esos corales.....

—Son los mismos que vuesa excelencia le envió con el paje—interrumpió Teresa.

—Y el vestido que viste—añadió Sancho—está formado de aquel de cazador con que me agasajó vuecencia.

—Y por cierto que le viene como pintado. ¿Cuántos años tenéis, Sanchica?

Sanchica, toda medrosa y casi sin levantar la vista del suelo:

—¿Cuántos años tengo, padre?—preguntó á Sancho.

—Hogaño, como quien dice, cumplió catorce.

—¿Y no tenéis más hijos?—preguntó la Duquesa.

—Sí tenemos—contestó Teresa,—y hermoso como un sol. Sanchico se llama, y está en casa de su tío el abad, que vive en una aldea vecina y le ha de dejar hecho de la Iglesia.

—Quisiera yo—dijo el Duque—que el bueno de Sancho nos dijera de qué enfermedad murió mi buen amigo Alonso Quijano; porque, á la verdad, á mis noticias sólo ha llegado la nueva de su fallecimiento.

Lanzó Sancho un profundo suspiro, y dijo:

—Señor Duque, juro por estas cruces (é hizo cinco con los dedos de ambas manos, cruzándolas) que mi amo y señor Don Quijote no murió de enfermedad alguna.

—¡Pues cómo!—exclamó el Duque.—¿Es posible que se muera un

hombre sin enfermedad, Sancho amigo?

—Sin enfermedad del cuerpo digo —añadió Sancho;—pero sí le acabaron enfermedades del alma, tristezas y melancolías.

—¿Tristezas y melancolías, tal vez porque no quisisteis desencantar, dándoos los azotes que os impuso el sabio encantador Merlín, á la simpar Dulcinea del Toboso?

—No por cierto, señor Duque; que me dí aquellos azotes y aun algunos más de añadidura. Y ¡Dios sabe si es verdad lo que digo!

—¿Y fueron muchos esos azotes?— preguntó Teresa, interrumpiendo á su marido.

—Tres mil y tantos, mujer—contestó Sancho,—sin los de añadidura.

—Blandos y suaves debieron de ser, marido mío—añadió Teresa,— porque yo no he visto en vuestras espaldas las señales del cordel.

—Y ¿podría decirnos el bueno de

Sancho—preguntó el Duque—
fué la causa de esas melancolía
tristezas, ya que en ellas no to
parte lo del desencanto de la seño
Princesa del Toboso?

—Sí, lo diré á vuecencia. Mi am
y señor murió de mal de venc
miento—exclamó Sancho.

—¿Y qué mal es ése?—preguntó
la Duquesa.

—El que acaba con los caballeros
andantes; el que llevó á la fuesa al
más bueno y valeroso de todos.

—¿Por ventura—preguntó el Duque—vuestro amo y señor fué vencido; él, nata de los caballeros, el
primero en acometer, vencedor
siempre, cuando no molido por yangüeses ú otra gente de la misma estofa?

—Lo fué, señor, y en la playa de
Barcelona.

—Diga, diga, Sancho—exclamaron á un tiempo el Duque y la Duquesa, que por primera vez oían

hablar del vencimiento de Don Quijote.

Miró Sancho á un lado y otro, como receloso de que otras personas pudieran escucharle, y dando á sus palabras tono de gravedad y misterio, dijo:

—Pues han de saber vuestras Excelencias que, estando en Barcelona mi señor Don Quijote, desafióle á singular combate uno que parecía ser caballero andante y dijo llamarse el de la Blanca Luna, para probar la fuerza de los brazos de mi amo y hacerle conocer y confesar que su dama era, sin comparación, más hermosa que Dulcinea del Toboso; siendo condición, si Don Quijote era vencido, que había de dejar las armas y recogerse y retirarse á este lugar por tiempo de un año, sin echar mano á la espada. Vencido fué, por flaquezas de Rocinante, mi amo y señor, que confesó, molido y aturdido, y sin alzarse la visera, que

Dulcinea era la más hermosa mujer del mundo, y él el más desdichado caballero de la tierra. Vínose á esta aldea, después de haber saludado á vuestras Excelencias, y apesadumbrado por su vencimiento, ó, lo que yo más bien creo, por no poder seguir en sus desventuradas aventuras, según la ley del vencedor, dió con sus huesos en el lecho y murió como un bendito, mejor diría, como un santo.

Y Sancho interrumpió su relato para limpiarse con el dorso de la mano derecha gruesos lagrimones que saltaban de sus ojos y corrían á emboscarse entre las marañas de sus desaliñadas barbas.

—Mucho extraño, Sancho amigo —dijo el Duque,—que vuestro amo y señor nada nos dijera ni á mi señora la Duquesa, ni á mí, cuando pasó por mi palacio de regreso de Barcelona, tocante al malhadado lance de su vencimiento.

—Ello sería—dijo Sancho—por la natural vergüenza, amén de la mucha pena que le causaba su mísero estado; pudiendo decirse, y no sin razón, que mi amo y señor no estaba entonces para darle migas á un gato.

—¿Y no habéis logrado saber—preguntó el Duque—quién fuera el Caballero de la Blanca Luna, que, por mi fe, debió de ser muy valeroso cuando venció á la flor y nata de la caballería? Nada he leído en las historias de ese caballero, ni á mis oídos han llegado hasta ahora las nuevas de sus famosos hechos.

Volvió Sancho á mirar á todos lados como temiendo que por otras personas que los Duques fuesen oídas sus palabras, y cierto de que no le escuchaban otros oídos:

—Señor, el Caballero de la Blanca Luna era el bachiller Sansón Carrasco—dijo en voz muy baja y con solemne acento.

—¡El Bachiller! — exclamó sorprendida Teresa

—El mismo; y ¡ojalá que mi amo hubiese hecho caso de mí cuando lo venció en el bosque! Hubiérale ensartado entonces con la lanza, y no habría salido en buenas de la muy desventurada aventura que dió en tierra con mi señor y con su vida.

—¿Y quién es ese Bachiller? — preguntó la Duquesa.

—Un nuestro convecino — contestó Sancho,— zumbón y un tanto maleante, que una vez fué, disfrazado de caballero andante y llamándose el del Bosque, en busca de mi amo para vencerle y así curarlo (pero fué por lana y salió trasquilado); y perseverando en su propósito, ó más bien llevado por el demonio de su vanidad, y deseoso de tomar el desquite, so capa de curarlo venciéndolo, lo venció y lo curó matándolo; que matarlo fué

cortar de raiz el árbol de sus imaginaciones.

—Hanme dicho, Sancho—exclamó la Duquesa,—que no todos fueron duelos y llantos durante la enfermedad y en los últimos momentos de la vida de vuestro amo y señor, y que, aun cuando la casa andaba alborotada, comía Doña Antonia, brindaba el ama y vos os regocijabais.

Quedó Sancho como sorprendido y con tanta boca abierta al oir á la Duquesa, la cual, según llegó á averiguar el autor de esta historia, no había sabido tal cosa, sino que, llevada de su natural malicia, metía mentira, como vulgarmente se dice, para sacar verdad y con el intento también de ver hasta dónde alcanzaba el cariño de Sancho al que fué su amo y señor.

—¡Miente el bellaco, ruin y mal nacido que tal cosa dijo á vuestra excelencia!—exclamó Sancho montando en cólera.—¿Que Doña An-

tonia comía? No diré yo que no; é hizo bien, porque de no haber comido, quizá y sin quizá se hubiera muerto antes que su señor tío. Yo no vi brindar al ama, lo juro por mi santiguada; y fálteme la tierra que piso si yo me regocijé; antes bien, tanto me apesadumbró la enfermedad y muerte de mi señor, que á poco más no lo cuento.

— Es cierto, señora Duquesa — exclamó Teresa, — Sancho enfermó del dolor de haber perdido á su amo, y hasta há pocos días no ha recobrado la salud.

—Impostor debió de ser sin duda alguna — añadió el Duque — quien dió tan descabellada noticia á mi señora la Duquesa, porque si bien es verdad que

. . . . esto
Del heredar algo, borra
Ó templa en el heredero
La memoria de la pena
Que es razón que deje el muerto (1),

(1) Capítulo último. *Don Quijote de la Mancha*

no lo es menos que esta sentencia no reza con almas tan bien templadas como la de Sancho, nuestro amigo, y con corazones tan enteros y generosos como el suyo.

En esto de la conversación iban cuando se presentó en la cámara un paje, é inclinándose reverentemente:

—Señor Duque—dijo,—el italiano que diputasteis á esta aldea pide vuestra venia para hablaros.

—Decid que pase—dijo el Duque.

Entró á poco el aludido personaje y habló algunas palabras con el Duque (en tanto que afable departía la Duquesa con Sancho, Teresa y Sanchica).

—Tenedlo dispuesto y aparejado todo para mañana luego que terminen las honras y sufragios — dijo el Duque, dispidiendo al recién llegado; y, dirigiéndose á Sancho, exclamó:

—No vos acongojéis por las pala-

bras de mi señora la I
que repito que impos
le dió la noticia que
apesadumbrado. Disp
todos á pedir por el ete
del alma de Alonso Qu
no, olvidando las mise
mundo y ciertos de q
de lo más íntimo de n
zón, llegarán nuestras
trono del Padre de la
dias.

En esto oyóse claro
toque de ánimas que a
zaba la esquila de la i
aldea; y, poniéndose to
rezaron tres *pater no*
eterno descanso de las
purgan en la otra vida
que cometieron en ésta

—Hora es ya de desc
luego el Duque.—Y de
juntamente con la Duqu
cho, Teresa y Sanchica
la cámara donde les ha

rado cómodos lechos Hemerencia y Altisidora.

Cuando Teresa, acompañada de su marido y su hija salió á poco de la casa de D. García de Torres, iba diciendo y repitiendo:

—¡Qué buena, qué llana y qué humilde señora!

CAPÍTULO XVI

DE LO QUE SUCEDIÓ AL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA Y Á SU ESCUDERO AL DÍA SIGUIENTE DE SU ENCUENTRO CON LOS CABALLEROS GRANADINOS.

APENAS había transcurrido una media hora después de la separación de los caballeros granadinos del de la Blanca Luna, acercósele á éste su escudero Pedro Alonso, diciéndole:

—Bueno sería, amo y señor mío, que regresáramos á la venta que acabamos de dejar, porque, debiendo cuidar de vuestra persona, creo lo más acertado el volver allí, donde hallaréis el reposo que necesitáis para lograr el fin que os proponéis.

—No, Pedro. Estas privaciones á que me veo sometido no tan sólo fortifican mi cuerpo, sino que también alientan mi espíritu. La comodidad, el regalo y la indolencia quédense para los cortesanos y palaciegos que visten la seda y el brocado sólo en el nombre se llaman caballeros. Así, pues, diferenciándome de ellos, repetiré lo que dijo el otro:

> Mis arreos son mis armas,
> Mi descanso el pelear.

—Bien dice vuesa merced; pe
yo, señor, que ni soy caballero a
dante, ni llevo trazas de serlo, si
un pobre escudero, cargado de añ
y obligaciones, menester he, no d
regalos ni de comodidades, sino d
reposo, para reponer mis desmay
das fuerzas. Considere vuesa me
ced que há dos noches no pego lo
ojos, que soy un padre de famili
que debo guardarme para los m

y atender á mi menester. Volvamos, señor, á la venta, que está cercana, y en tanto que yo duermo, lo que haré á pierna tendida, vuesa merced podrá darse á sus cavilaciones amorosas y á lo demás que es propio de desvelados caballeros andantes.

—Tenéis razón, Pedro—exclamó el Bachiller.—Ensimismado en mis pensamientos, no considero que sois de carne flaca. Volvamos á la venta, que ahora me ha venido al pensamiento el pasar la noche componiendo mis coplas á la ingrata y desdeñosa amiga mía, y en tanto que yo invoco á las hijas de Apolo y con ellas departo, vos dormiréis, para reponeros de las fatigas pasadas.

Volvieron los pasos á sus cabalgaduras, enderezándolos hacia la venta, adonde llegaron al comenzar de la noche. Pasáronla amo y escudero como éste deseaba, esto es, durmiendo Pedro á más y mejor, y en-

hilando aquél versos amorosos que repetía una y mil veces para que no se le fuesen de la memoria. Mas como quiera que no basta la voluntad del hombre para contravenir las leyes de la naturaleza, fué lo cierto que rendido el cuerpo, si bien encendida la fantasía, al despuntar del alba Sansón Carrasco cayó en el más profundo de los sueños.

Muy entrado el día, Pedro Alonso, que había dormido más que su amo, despertó á éste, quien juró y perjuró que el sueño no había, no ya cerrado, pero ni tan siquiera entornado sus ojos. Almorzaron luego unas manos de puerco, tan sabrosas, que de gusto Pedro Alonso se relamió las suyas; unas bellotas avellanadas y sendas rajas de queso del país, rociado todo con tragos del tinto de Ciudad Real. Terminado el almuerzo, cuidó mucho Pedro Alonso de embutir los restos en

sus alforjas; pareciéndole poco, las aprovisionó mejor de cuanto había en la venta, procurando así que no le faltase que comer hasta su llegada á la aldea, adonde intentaba conducir á su amo, temeroso de que la locura de éste, que iba creciendo por instantes, llegase á su colmo y aconteciese algún desgraciado suceso para ambos.

Despidiéronse del ventero y de su mujer, y tomaron, por indicación de Pedro, el camino que conducía á la aldea, sin que el Bachiller, embebecido en sus pensamientos, se percatase de por dónde caminaban.

Anduvieron un buen rato amo y escudero sin decirse palabra, al cabo del cual Sansón Carrasco, deteniendo el paso á su cabalgadura:

—Aquí—dijo—hemos de descansar un buen espacio, Pedro. Asáltanme al pensamiento versos y canciones, y no quiero que el caminar me los borre de la memoria. Lo apacible

de este lugar, el susurro de estos árboles, cuyas ramas la blanda brisa mueve, y el murmurio de esa fuente que entre guijas se desata, partes son, oh mi buen escudero, para que las musas más estériles se muestren fecundas.

Y de un salto se apeó de su caballo y fuése á sentar al pie de una frondosa encina.

—Puedes, Pedro amigo—añadió, en tanto que yo me doy á componer versos, pasear y discurrir por estos parajes, y aun dilatar la vista y el corazón subiendo á ese cerro vecino, desde donde, ó mucho me equivoco, ó deben de divisarse las cuatro partes del mundo.

Quedó el Bachiller al pie de la encina, y Pedro Alonso, montado en su asno, subió el cerro que le señaló su amo, no movido por la curiosidad, que harto conocía él todos aquellos lugares, sino para obedecer á su amo y matar el tiempo, como

decir se suele. Ya en la altura, vió Pedro Alonso á lo lejos como una inmensa polvareda que rápidamente avanzaba por el camino. Poco á poco fuése haciendo perceptible la causa de aquélla, y divisó clara y distintamente coches, carros y caballos, dos carrozas tiradas por hacaneas y mucha gente como servidumbre de algunos que, á juzgar por lo que veía, debían de ser grandes caballeros, excelsos y muy principales señores. Cayó luego en la cuenta de que todo aquel tropel de gentes no podía ser sino la comitiva de los Duques, y que éstos serían los que en las carrozas iban; porque ¿quiénes sino ellos irían con tanta pompa y tanto séquito por aquel camino que á la aldea llevaba?

—Los Duques, los Duques son, sin duda alguna—dijo para su coleto: —los Duques que se encaminan á la aldea para asistir en las honras fúnebres de Alonso Quijano *el Bueno.*

Permaneció en lo alto del cerro hasta que á lo lejos fué perdiéndose la comitiva y desvaneciéndose la polvareda, y luego pensó:

—Bueno es que lleguen los Duques, los cuales antes de la noche estarán en la aldea, á juzgar por lo precipitado de su marcha; bueno es, porque ó mucho me equivoco, ó yo sé ya cómo reducir á Sansón Carrasco para que vuelva al lugar de donde nunca debió salir.

Bajó luego al pradillo donde había quedado el Bachiller, y halló á éste que, dando paseos, recitaba con estentóreas voces el siguiente madrigal, parto de su calenturiento magín:

Un nombre peregrino
El ave canta al exhalar su trino;
Recógelo contento
En sus alas el viento;
Lo murmuran las linfas de la fuente
Al deslizarse en plácida corriente,
Y presto pasa al río caudaloso
Que lo arrastra en sus ondas majestuoso

Al ancho mar y á la apartada orilla.
¡Quién al dolor se humilla!
¡Quién se rinde al pesar y á la tristeza,
Si aqueste nombre süave
«Cloris» lo canta el ave,
Y extiende su grandeza
El viento, el río, el mar!..... ¡Naturaleza!

—¡Que me maten—pensó Pedro Alonso—si la locura de este pobre Bachiller no va en aumento! Y dirigiéndose á Sansón Carrasco le dijo, tratando de volverlo á su acuerdo:

—O yo no entiendo de versos, señor, ó juro por el santo de mi nombre que los de vuesa merced son peregrinos cual no otros; pero si va á decir la verdad, ésta no sale muy bien librada de vuestras manos, porque si bien es cierto que en las ramas de estos árboles que los últimos rayos del sol doran, cantan algunos pájaros, yo no oigo que ninguno diga «Cloris», ni cosa que lo valga, ni veo que el viento tenga

alas y menos oigo murmurar á las «ninfas» de la fuentes, aunque de esto no dudo, porque por lo que tienen de femeninas gustarán de la murmuración, ni advierto, en conclusión, que el riachuelo que por aquí corre arrastre en su corriente ese nombre, que de ver sería arrastrado un nombre por un río.

—¡Bellaco, harto de ajos! — gritó encolerizado el Bachiller.—¡Qué entiendes tú, rústico, de madrigales! Bien dijo el que dijo que no se hizo la miel para la boca del asno. La poesía, dón del cielo, no bajó á la tierra para aposentarse en las casas de villanos, sino en los palacios de los señores. Y cuenta, hombre mal nacido, que esto de villanos y señores, cuando de la poesía hablo, ha de entenderse como si quisiera decir talentos esclarecidos y cabezas sin seso.

Largo rato departieron sobre el mismo tema amo y escudero, en el

colmo de la exaltación el Bachiller y zumbón y apicarado Pedro Alonso, y separados luego no mucho trecho el uno del otro, se sentaron sobre la fresca hierba. Requirió Pedro Alonso las alforjas, brindó á su amo, que no quiso probar bocado, y á poco el blando sueño rindió á ambos.

CAPÍTULO XVII

DE LO QUE Á PEDRO ALONSO LE SUCEDIÓ EN LA ÚLTIMA NOCHE QUE SIRVIÓ DE ESCUDERO AL DE LA BLANCA LUNA.

Muy entrada la noche, Pedro Alonso se despertó sintiendo en su frente y mejillas el contacto de unas frías manecillas como las de alguna alimaña. Abrió los ojos, y no reconociendo qué clase de animal pudiera ser el que aparecía ante su vista, y creyendo que sólo el diablo, en tal figura representado, podría venir á tentarlo, comenzó á santiguarse rápidamente, exclamando: «¡*Vade retro*, Satanás, que soy cristiano viejo y no te han de valer tus afiladas uñas!» Púsose en pie, y sacando su espada,

exclamó: «Ahora lo veredes, dijo Agrajes.» Mas observando que aquella alimaña, lejos de acometer, se acurrucaba entre las mantas de su mal provista cama, quedóse en guardia como para rechazar cualquier acometimiento. Durante el breve tiempo que en tal actitud quedara Pedro Alonso, siempre implorando la protección del cielo con oraciones y plegarias, hubo de acercársele precipitadamente un muchacho que parecía haber venido en seguimiento de la alimaña.

Le rogó encarecidamente que le hiciera entrega de la misma. Hízole Pedro Alonso señas para que la recogiera y para que no interrumpiese las oraciones y plegarias que rezaba, como también para que no despertara á su amo y señor, á fin de que no tuviese aquel sucedido por mal presagio en sus venideros propósitos.

Recogió el muchacho lo que co

tanto deseo pretendía, regresando por sus mismos pasos y llevando sobre los hombros su endiablada carga.

Quedó Pedro Alonso extático y pasmado por cuanto había sucedido, proponiéndose pasar la noche en continuas oraciones antes que consentir que de nuevo se le apareciera el demonio.

Refiere la historia que habiendo tenido conocimiento Ginesillo de Pasamonte, convertido más tarde en maese Pedro (el cual con su retablo y su mono, no tan sólo ganaba su vida, sino que además evitaba la persecución de la justicia, después que Don Quijote de la Mancha hubo de proporcionarle la libertad en unión de otros muchos que llevaban á galera), de que á la aldea próxima á aquel lugar habían de llegar unos excelsos Duques para celebrar una gran fiesta religiosa, creyó oportuno encaminarse á ella por ver si



[illegible]

Sabedor maese Pedro p[illegible]
el muchacho le refirió de [illegible]
cerca de él se hallaban [illegible]
ros, púsose de nuevo el pa[illegible]
cubría su ojo izquierdo (po[illegible]
para dormir se lo quitaba[illegible]
gióse hacia el lugar que el[illegible]
cho le señaló.

Pedro Alonso, que no cer[illegible]
ojos temiendo que de nue[illegible]

apareciera el diablo, vió que se le acercaba sigilosamente un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubón, el cual suspendió su marcha al observar que no lejos de él poníase de pie uno de aquellos hombres de los que el muchacho le había dado cuenta, y con voz temblorosa preguntó:

—¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura del número de los valientes ó del de los temerosos?

—De los temerosos—exclamó el recién llegado.

—Pues véngase á mí—dijo Pedro Alonso,—que aún no me llega la camisa al cuerpo por haber visto no há mucho al mesmo Lucifer en persona.

En acabando de decir Pedro Alonso estas palabras, acercósele aquel desconocido, é invitado para que tomase asiento, le preguntó cuál era el objeto de su llegada, alegrándose de ver y hablar con humana persona.

Sentóse maese
á Pedro Alonso:

—Extraño, señor
semejante lugar y
cuando no veo merca
alguna que os obligue á
che en despoblado.

—Ni compro, ni vend
venme á pasar las malas no
peores días, comercio alg
sé si por malos de mis pe
por mi buena suerte (que est
está por averiguar), ando busc
tres pies al gato; no sé si á la
á la postre del negocio que ten
entre manos he de lograr que m
lleve el diablo, aunque esta misma
noche lo he tenido muy cerca
de mí.

Por estas palabras coligió el re-
cién llegado que aquel aldeano hubo
de tomar á su mono por el mismo
Satanás, y creyendo oportuno ex-
plicarle lo sucedido, díjole que él
era el dueño del mono, con el cual

y un retablo que allí mismo tenía, ganaba honradamente su vida, todo lo cual llevaba á un lugar inmediato para dar algunas funciones en su provecho.

Después le preguntó:

—Y ¿cómo os llamáis vos, buen hombre?

Sorprendióse Pedro Alonso por semejante pregunta; mas como viejo y experimentado no quiso darle su nombre verdadero, creyendo que podría fácilmente engañarle; díjole que se llamaba Sancho Panza.

—¡Cómo! ¿Sancho Panza habéis dicho? En verdad de verdad que nadie lo creería, porque si tal fuerais, me diríais quién sospecháis que fué el que hurtó á vuesa merced el rucio en las entrañas de Sierra Morena, y más tarde lo rescatasteis dando muestra de muy grande alegría.

—En verdad, señor, que habéis hablado, sin duda alguna, con vuestro mono, que debe ser el mesmo

dió Merlín lo que aquel
quiso. Perdonad' su falta
bemos dicho la verdad.
Pedro Alonso, y sirvo de
á un malhadado caballer
su mala ventura le lleva
además sólo Dios podrá s

—¿Y qué ha sido del ju
se debe aludido caballero
jote de la Mancha?

—Murió, señor—conte
dro Alonso,—y precisa
este mismo día habrán l
aldea los señores Duques
con las más suntuosas h
el descanso de su alma.

—¿Luego esos Duques
antes os hablé son los m
van á la aldea de Don Q
honras que en esa aldea
rán son por el descanso d

so—á mi aldea en ocasión de unas honras fúnebres con el intento de ganar algunos ducados?

—¡Y tanto! Pasadas las honras, amigo mío, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Yo busco á la gente, y claro es que no he de hacer mis títeres ni armar mi retablo en la iglesia. Y ahora os pregunto yo á mi vez: ¿quién es ese hombre que no lejos de nosotros yace tendido á lo largo, y, por lo que á la luz de la luna alcanzo á ver, parece que está armado de todas armas?

—Ese es—contestó Pedro Alonso—el malhadado caballero andante á quien antes me referí, el mismo bachiller Sansón Carrasco.

—¿Pero es posible que haya hoy caballeros andantes?

—No los hay ni los ha habido; pero éste, como Don Quijote, lo ha de los cascos.

Siguieron Pedro Alonso y Ginesillo departiendo amigablemente

hasta que los rindió el sueño, que fué luego, aconteciendo que en el punto que ellos se durmieron se despertó el Bachiller, el cual ya no volvió á pegar los ojos en el resto de la noche, antes bien túvolos muy abiertos y desencajados, como si viese muchas y portentosas cosas. Veíalas realmente en su exaltada fantasía, que le representaba en los troncos de las encinas, nudosos y retorcidos, gigantes, endriagos y monstruos que se disponían á acometerle. Estas visiones, verdaderos entes de razón, representábanle las venganzas que imaginaba habían de tomar contra él los Duques, en busca de los cuales salió de la aldea, y montando en cólera, paseaba y gesticulaba sin darse punto de reposo.

Apenas se mostraron á los mortales los primeros albores del siguiente día, retiróse maese Pedro hacia el lugar donde se hallaban el muchacho, su mono y su retablo, sa-

liendo en breve en dirección á la aldea.

Pedro Alonso acercóse á su amo, y observando el extraño aspecto que éste mostraba con su descompuesto y pálido semblante, unido á sus frases incoherentes y violentos movimientos de todo su cuerpo, parecióle que era necesario de toda necesidad inducirlo á que volviese á su lugar. Viendo que eran inútiles las observaciones que le hacía para lograr su intento, apeló al último recurso, y se decidió á comunicarle la nueva de la llegada á la aldea de los Duques con toda su comitiva.

Atentamente lo escuchó nuestro Bachiller, y abriendo desmesuradamente los ojos, corrió hacia su caballo y saltó sobre él precipitadamente, empuñó la lanza, hundió las aceradas espuelas en los ijares del bruto y salió disparado en vertiginosa carrera hacia la aldea, sin que fueran parte á detenerle los incesan-

...oneando s
luego le perdió de

CAPITULO XVIII

DE CÓMO ACABA LA RELACIÓN DE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN LA ALDEA CON EL MÁS INAUDITO DE TODOS LOS QUE REGISTRAN LOS ANALES MANCHEGOS.

Apenas «había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos», cuando la esquila de la iglesia de la aldea comenzó á convocar á los fieles para que asistiesen á las solemnes honras fúnebres que los Duques habían dispuesto en sufragio del eterno descanso del alma de Alonso Quijano *el Bueno*. Pequeña y pobre era la iglesia, como iglesia de aldea, sin más que un altar, y en él una imagen del crucificado, es-

cultura tosca, muy embadurnada y poco provocante á la devoción. En el centro cuatro bancos, y en el coro un facistol desvencijado. Los suelos sin esteras ni ladrillos, húmedos y fríos; las paredes enjalbegadas, con las cruces del *vía crucis* y alguno que otro lienzo representando pasajes de la vida del santo bajo de cuya advocación estaba el templo, obras de pinceles no menos diestros que los cinceles que tallaran la imagen del Crucificado. Pero en el día á que esta verídica historia se refiere, gracias á los desvelos del cura Pero Pérez, del Sacristán, de cuyo nombre nada dicen los anales manchegos, y de Tomasillo, el hijo del herrero, la iglesia se había transformado como por arte de encantamento. Muchas candelas en el altar, blandones en el centro y paños negros en las paredes, señales inequívocas de las honras que iban á celebrarse.

Fueron, desde las primeras horas de la mañana, concurriendo á aquel santo lugar los moradores de la aldea, que en todos vivía la memoria gratísima de Alonso Quijano, y todos querían aplicar misas por el sufragio del alma del nobilísimo caballero antes de que comenzasen las honras.

Verdaderamente andaba revuelto todo en la aldea. No había casa ni lugar donde no se hablase con encomio del muerto y de los generosos personajes que á manos llenas daban sus dineros para honrar al hidalgo Don Alonso. Los Duques, dejando á las primeras luces de la mañana las ociosas plumas, apercibíanse para ir al templo, vistiendo trajes de riguroso luto; Sancho, Teresa y Sanchica andaban de acá para allá, impacientes porque llegase la hora convenida. El cura Pero Pérez asistía en la iglesia, disponiéndolo y acomodándolo todo, para que nada

cayese en falta, mucho antes de que amaneciese; Maese Nicolás iba de casa en casa haciendo la barba al todo correr de la mano, y los caballeros granadinos, D. Alvaro, don Luis y D. Carlos, esperaban impacientes también la hora de las ceremonias religiosas.

A medida que el tiempo transcurría aumentaba á la puerta del templo la concurrencia de los vecinos de la aldea, que, con curiosidad propia de villanos, esperaban la llegada de los muchos y principales señores que habían de asistir en la fiesta.

Uno de los pajes que formaba parte de la servidumbre de los señores Duques era aquel que tan hábilmente representó el papel que se le encomendó, cantando al són de una arpa las estrofas que volvieron á la vida á la muerta Altisidora; y es de saber que el ceguezuelo del Amor, que no pierde ocasión alguna

para arrojar sus dardos, flechó al dicho mancebo aquella mañana cuando de parte de sus señores los Duques fué á la casa de Don Quijote para saludar á Doña Antonia; pormenor que no quiere pasar en silencio el autor de esta verdadera historia, porque es buen ejemplo de que el amor hace de las suyas aun allí donde reina la muerte misma.

La rara habilidad del mozo, su buen juicio y discreción le hacían merecedor de las particulares distinciones de sus excelencias, amén de ser segundón de una familia principal del reino de Aragón.

Sancho y su familia, el médico y el barbero, y muchos vecinos que vestían sus más pulidos trajes de riguroso luto, unidos á los caballeros granadinos, cuchicheaban no muy lejos del pórtico de la iglesia, volviendo algunos de ellos la vista hacia un lugar no distante del que ocupaban y en el cual habíanse rea-

lizado, durante los anteriores
unos trabajos no vistos por nad
dirigidos por el personaje italia

Propúsose por D. Alvaro Ta
que, siendo llegada la hora de c
menzar las honras, fuesen algun
vecinos con él y sus dos amigos
la casa donde se hallaban alojados
los señores Duques, á fin de acom-
pañarlos en su tránsito hasta la igle-
sia, y así se hizo con asentimiento
de todos.

Salieron los Duques, llevando en
su compañía, y en medio de ellos
dos, á Doña Antonia, y seguidos
del eclesiástico de su casa y de toda
su servidumbre.

Al llegar la comitiva á la puerta
del santo templo, descubriéronse
todos los allí aglomerados, dando
muestras del mayor respeto y reco-
gimiento.

Entraron todos en la iglesia, ocu-
paron sus respectivos lugares y co-
menzó el santo sacrificio de la Misa.

No parecía sino que á la pena y sentimiento de la sobrina de Don Quijote se unía el de todos los vecinos de la aldea.

Llegado el momento oportuno, y en medio del religioso silencio que todos guardaban, ocuparon sus puestos los señores celebrantes, y poniéndose en pie el cura Pero Pérez, dirigió su palabra á todos, encomiando las muchas y relevantes virtudes de Alonso Quijano, las que le hicieron merecedor del dictado de *Bueno*.

Terminada la misa de *Réquiem* y las demás preces propias del caso, fué saliendo de la iglesia aquella muchedumbre allí apiñada para ver pasar de nuevo á los Duques, que departían con Doña Antonia rodeados de los caballeros granadinos y de otras muchas personas, entre ellas, y en primer término, Sancho, Teresa y Sanchica.

Apenas se incorporaron á esta

comitiva el cura Pero Pérez y los otros dos celebrantes, acercóse á sus Excelencias el italiano pidiéndoles la venia para el acto que debía celebrarse luego.

Dadas las órdenes oportunas, dirigiéronse los Duques, llevando siempre á su lado á Doña Antonia y seguidos de cuantos habían asistido en las honras, al lugar donde se habían verificado los trabajos por aquel misterioso personaje dirigidos.

Llegados allí, descubrióse el italiano y puso en manos de su Excelencia la Duquesa un ancho cordón de seda y oro entretejidos, el cual entregó ésta á Doña Antonia.

Con mano temblorosa tiró Doña Antonia del cordón, y desprendiéndose de sus ligaduras las trabas que sujetaban las cortinas que ocultaban á la vista lo que con ellas se encubría, vieron todos los circunstantes una estatua ecuestre, de bronce y

mármol fabricada, representando la misma figura de Don Quijote de la Mancha, armado de todas armas y montado en Rocinante, tan fielmente representado, que la obra produjo una exclamación general de admiración y de sorpresa.

A punto estuvo de sufrir un desmayo Doña Antonia, lanzando muchos de los circunstantes un mal reprimido grito por la impresión que recibieran ante la vista de aquella copia fiel y exacta de Don Quijote de la Mancha; siendo tan grande la admiración causada en aquel concurso de gente, que no hubo quien fijara su atención en el camino que á la aldea conducía. Descendía por él, á todo el correr de su poderoso caballo, un caballero cubierto de todas armas, calada la visera de su vistoso casco y llevando en el ristre poderosa lanza.

Cuando la concurrencia apiñada alrededor de la estatua logró darse

cuenta de aquel alud que se le venía encima, todos los allí reunidos prorrumpieron en una exclamación de sorpresa y asombro.

Cerca ya aquel caballero del lugar en que se hallaba la estatua ecuestre, no hubo ni uno solo de los circunstantes que tratara de oponerse al terremoto que amenazaba; y así dividióse en dos mitades la muchedumbre, dejándole el paso franco.

Apenas llegó á detener su ímpetu aquel Belerofonte poderoso, que con mano diestra contuviera su caballo, y cerca ya de la estatua, alzó su vista el caballero, y reconociendo á Don Quijote de la Mancha, abrió los brazos, desprendióse de su mano la lanza que llevaba y, cayendo de espaldas sobre la grupa de su caballo, vino de momento á dar en tierra,

Rápidamente llegaron á él el Duque, Sancho, los tres caballeros granadinos con el cura Pero Pérez, el médico y algunos servidores de sus

excelencias. Al punto, y ansiosos de conocer quién podría ser tal caballero, desatáronle las ligaduras de su luciente casco, y un grito de sorpresa y dolor se escapó de todos los labios.

En tal momento declaró el médico, allí presente, que una fuerte conmoción cerebral había producido la muerte instantánea de aquel vecino de la aldea.

Hincándose de rodillas el cura Pero Pérez, cerca del cadáver, rezó una breve plegaria y alzó los brazos al cielo, exclamando:

— Altos designios de la Providencia. Respetemos su santa voluntad.

—¿Quién es ese hombre?—exclamó el Duque.

—Señor—dijo el Cura,—el bachiller Sansón Carrasco, el Caballero de la Blanca Luna.

Hallándose cerca de Pero Pérez Sancho Panza, é hincándose igual-

mente de rodillas al lado del Cura, exclamó en voz baja:

—Quien á hierro mata á hierro muere. La Providencia me ha salvado de cometer un crimen.

El Duque dispuso que aquella misma tarde se le diera cristiana sepultura al cadáver del matador de Don Quijote, y alejándose todos de aquel lugar de muerte y de tristeza, regresaron á sus hogares respectivos, ordenando lo conveniente su Excelencia para salir luego de la aldea y encaminarse á Madrid.

Altamente impresionados los caballeros granadinos, se ofrecieron á acompañar á sus Excelencias hasta el punto en el cual habrían de separarse para regresar ellos á Granada, y, aceptado por los Duques, salieron todos muy luego, visiblemente acongojados y pesarosos.

Antes de separarse los caballeros granadinos de sus sxcelencias, preguntó D. Luis al Duque:

—¿Podría decirme su Excelencia cuál sea el nombre del lugar en que hemos presenciado tan estupendos sucesos?

—Sólo puedo manifestaros—contestó el Duque—que es *un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme*, porque son tantos los recuerdos que de él llevo y vivirán en mi memoria, cuanto los sentimientos que llenan mi corazón.

FIN



ÍNDICE

Páginas.

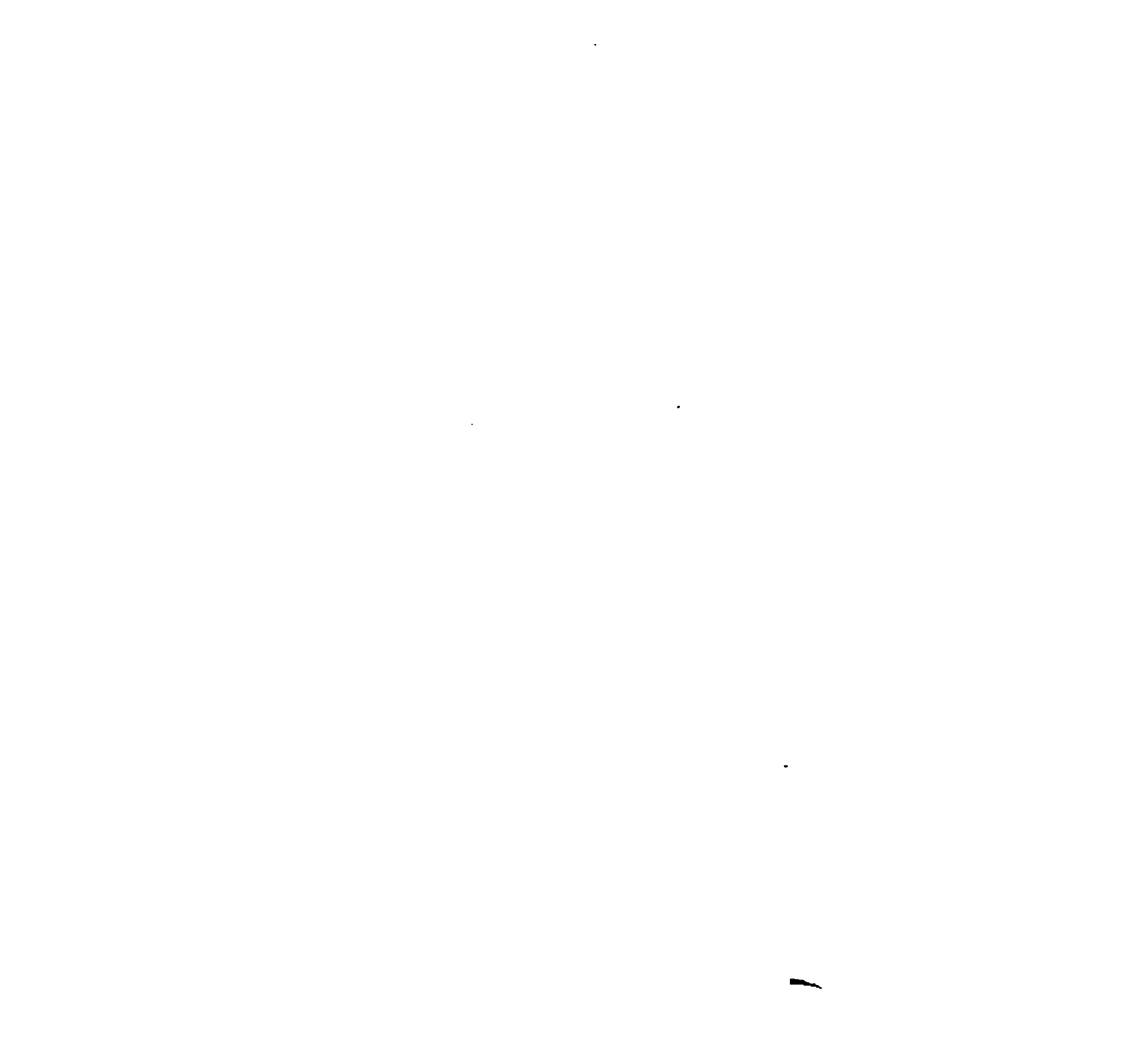
Páginas.

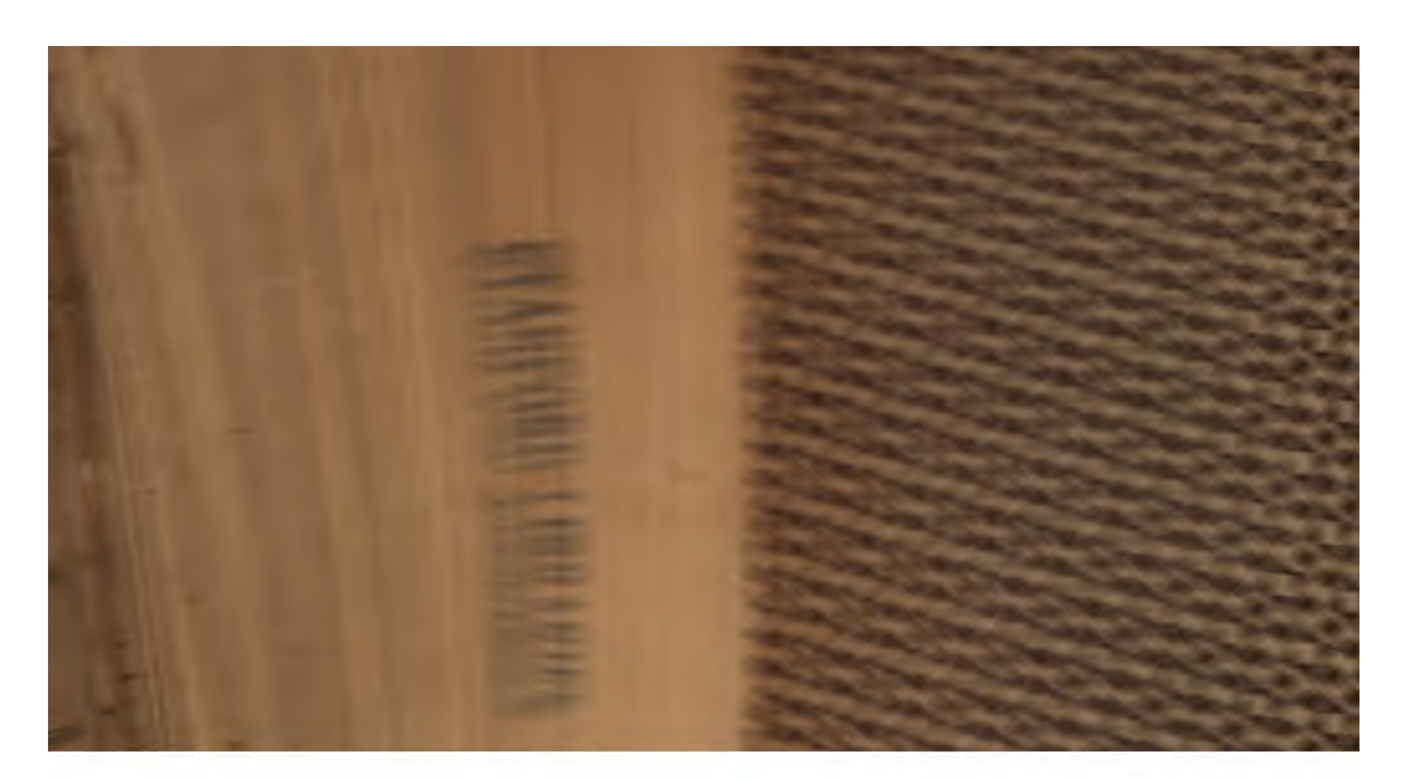
Páginas.












DATE DUE
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305

